

Las Ilusiones Perdidas I

Los Dos Poetas

Por

Honoré de Balzac

***Free*editorial** 

En la época en que comienza esta historia, la prensa de Stanhope y los rodillos distribuidores de tinta no estaban aún en uso en las pequeñas imprentas de provincias. En Angulema, a pesar de la especialidad que la mantiene en contacto con las tipografías parisienses, se seguía utilizando prensas de madera, a las que la lengua debe la expresión «hacer gemir las prensas», hoy caída en desuso. La vieja imprenta utilizaba todavía las balas de cuero, entintadas, con las que uno de los prensistas impregnaba los tipos. La plataforma móvil en la que se coloca la «forma» llena de letras, sobre la cual se aplica la hoja de papel, era aún de piedra y justificaba su nombre de «mármol». Las voraces prensas mecánicas han hecho hoy olvidar hasta tal punto este mecanismo, al que debemos, pese a su imperfección, los bellos libros de los Elzevir, Plantin, Aldo y Didot, que se hace necesario mencionar el viejo utillaje por el que Jérôme-Nicolas Séchard sentía un afecto supersticioso, porque desempeña su papel en esta pequeña gran historia.

El tal Séchard era un ex prensista que, en su jerga tipográfica, los operarios encargados de ensamblar las letras llaman un «oso». Sin duda el movimiento de vaivén, que se asemeja bastante al de un oso en la jaula, mediante el cual los prensistas se desplazan del depósito de tinta a la prensa y de la prensa al depósito de tinta, les ha valido este remoquete. Pero, en revancha, los osos han llamado a los componedores «monos», por el continuo ejercicio que hacen tales señores para coger las letras en los ciento cincuenta y dos cajetines en que se guardan. En el desastroso período de 1793, Séchard, de unos cincuenta años de edad, estaba casado. Su edad y su matrimonio le permitieron librarse de la gran movilización que llevó a casi todos los obreros a filas. El viejo impresor se quedó solo en la imprenta, cuyo propietario, también conocido como el Ingenuo, acababa de morir, dejando una viuda sin hijos. El establecimiento pareció amenazado de desaparición inmediata: el oso solitario era incapaz de transformarse en mono, porque en su calidad de impresor nunca supo leer ni escribir. Sin tener en cuenta estas incapacidades, un representante del pueblo, que deseaba dar a conocer enseguida los bonitos decretos de la Convención, concedió al operario la licencia de maestro impresor, requisándole su tipografía. Después de aceptar tan peligrosa licencia, el ciudadano Séchard indemnizó a la viuda entregándole los ahorros de su mujer, con los que pagó el material de la imprenta por la mitad de su valor. Pero esto no era todo. Había que imprimir sin la menor dilación los decretos republicanos. En tan apurada coyuntura, Séchard tuvo la suerte de encontrar a un noble marsellés que no quería emigrar para no perder sus tierras y mucho menos ponerse en evidencia para no perder la cabeza, y que únicamente podía ganarse el pan haciendo un trabajo cualquiera. El señor conde de Maucombe, pues, vistió la humilde blusa de regente de una imprenta de provincias: compuso, leyó y corrigió él mismo los decretos que condenaban a muerte a los ciudadanos que escondían a nobles; y el oso, convertido ya en el Ingenuo, los imprimió e hizo fijar en las esquinas; así ambos salvaron el pellejo. En 1795, una vez pasado el vendaval del Terror, Nicolas Séchard se vio obligado a buscar a otro plebeyo que pudiera hacer de cajista, corrector y regente. Fue esta vez un abate, destinado a convertirse en obispo bajo la Restauración y que entonces se negaba a prestar juramento, quien ocupó el puesto del conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restableció la religión católica. Conde y obispo se reencontraron más tarde en el mismo banco de la Cámara de los Pares. Aunque en 1802 Jérôme-Nicolas Séchard no sabía leer ni escribir mejor que en 1793, había ganado dinero suficiente para poder pagarse un regente. El operario tan despreocupado de su porvenir se había convertido en muy temible para sus osos y monos. Y es que la avaricia empieza cuando se acaba la pobreza. El día en que el impresor entrevió la posibilidad de hacer fortuna, el interés desarrolló en él una inteligencia profesional que, aunque rudimentaria, era ávida, suspicaz y aguda. Su sentido práctico se mofaba de cualquier teoría.

Conseguía ya calcular de un solo vistazo el precio de una página y de una hoja, según el cuerpo de cada carácter. Demostraba a sus ignorantes clientes que las letras grandes costaban más de manejar que las pequeñas, mientras que de las pequeñas decía que eran más difíciles de manejar. Como no entendía nada de composición, por miedo a equivocarse hacía siempre unos contratos leoninos. Si sus cajistas trabajaban por horas, no les quitaba nunca ojo de encima. Si se enteraba de que algún fabricante se encontraba en apuros, le compraba el papel a un precio irrisorio y lo almacenaba. Así, desde aquella época, ya poseía en propiedad la casa donde estaba instalada la imprenta desde tiempos inmemoriales. La suerte le colmó de venturas: quedó viudo y tuvo sólo un hijo, hijo al que mandó al instituto de la ciudad, más que para darle instrucción, para prepararse un sucesor; lo trataba con severidad a fin de prolongar la duración de su poder paterno; por eso durante las vacaciones le hacía trabajar en la caja diciéndole que debía aprender a ganarse la vida para que un día pudiera recompensar a su pobre padre, que se deslomaba para darle una educación. A la marcha del abate, Séchard eligió como regente a aquel de sus cuatro cajistas que el futuro obispo le señaló como el más dotado tanto de honestidad como de inteligencia. De este modo el buen hombre estuvo en condiciones de esperar el momento en que su hijo pudiera dirigir el establecimiento, que bajo la guía de unas jóvenes y diestras manos seguramente prosperaría. David Séchard hizo unos brillantes estudios en el instituto de Angulema. Aunque oso, advenedizo sin cultura ni educación y despreciara considerablemente la ciencia, papá Séchard envió a su hijo a París para que estudiara allí el arte tipográfica, pero le recomendó con tanta energía que amasara una buena suma en una región que él llamaba el paraíso de los obreros, diciéndole que no contara con la bolsa paterna, que, sin duda, veía un medio de conseguir sus fines en esa estancia en el país de la Sabiduría. Mientras aprendía su oficio, David terminó su educación en París. El regente de los Didot se volvió un sabio. Hacia finales del año 1819, David Séchard abandonó París sin haberle costado un céntimo a su padre, quien lo reclamaba para poner en sus manos el timón de los negocios. La imprenta de Nicolas Séchard contaba por aquel entonces con el único diario de anuncios judiciales que existía en el departamento, y trabajaba para la Prefectura y el Obispado, tres clientelas que habían de proporcionar una gran fortuna a un joven emprendedor.

Justo por aquella época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron la segunda licencia de impresor con residencia en Angulema, que hasta entonces el viejo Séchard había sabido reducir a la más completa inactividad, favorecido por las crisis militares que, bajo el Imperio, paralizaron toda actividad industrial, razón por la cual no la había adquirido, y su tacañería fue una de las causas de la ruina de la vieja imprenta. Al enterarse de esta noticia, el viejo Séchard pensó con alegría que la lucha que se entablaría entre su establecimiento y los Cointet sería sostenida por su hijo y no por él. «Yo sucumbiría —se dijo—, pero un joven educado con los Didot saldrá adelante.» El septuagenario suspiraba por el momento en que pudiera vivir a su antojo. Si bien tenía escasos conocimientos del arte tipográfica, pasaba en cambio por ser extremadamente ducho en un arte que los operarios han dado en llamar humorísticamente «el bebercio», arte muy estimado por el divino autor de Pantagruel, pero cuyo culto, perseguido por las sociedades llama-das «de templanza», es cada vez menos practicado. Jérôme-Nicolas Séchard, fiel al destino que su nombre le había marcado, estaba dotado de una sed inextinguible. Durante muchos años su mujer había contenido dentro de sus justos límites esta pasión por la uva prensada, gusto tan natural a los osos que monsieur de Chateaubriand lo observó en los verdaderos osos de América; pero los filósofos han observado que las costumbres de la edad temprana retornan con fuerza en la vejez del hombre. Séchard confirmaba esta ley moral: cuanto más envejecía, más le gustaba beber. Su pasión dejaba en su fisonomía de oso unas huellas que le daban cierta originalidad: su nariz había adquirido el desarrollo y la forma de una A mayúscula de cuerpo de triple

cañón, sus dos mejillas venosas se parecían a esas hojas de vid llenas de protuberancias violáceas, purpurinas y a veces abigarradas; se hubiera dicho que era una monstruosa trufa envuelta en pámpanos otoñales. Escondidos bajo dos espesas cejas, semejantes a dos arbustos cargados de nieve, sus ojillos grises, en los que chispeaba la astucia de una avaricia que mataba cualquier otro sentimiento en él, incluso el de la paternidad, conservaban su viveza hasta en plena borrachera. Su cabeza, calva en la parte superior, pero orlada de canos cabellos que aún se rizaban, recordaba a los franciscanos de los Cuentos de La Fontaine. Era bajo y barrigudo, como muchas de esas viejas lamparillas que consumen más aceite que mecha, porque los excesos, de cualquier tipo que sean, acentúan en el cuerpo las tendencias de la naturaleza. La embriaguez, como el estudio, engorda más aún al hombre gordo y adelgaza al hombre delgado. Jérôme-Nicolas Séchard llevaba desde hacía treinta años el famoso sombrero de tres picos, que vemos aún en algunas provincias en la cabeza del pregonero municipal. Su chaleco y su pantalón eran de una pana verdosa. Por último, llevaba una vieja levita marrón, medias de algodón de chiné de mezclilla y zapatos con hebilla de plata. Esta indumentaria, que hacía aún entrever al obrero en el burgués, se adaptaba tan bien a sus vicios y a sus costumbres, expresaba tan perfectamente su forma de vida, que el buen hombre parecía haber sido creado ya vestido; era tan imposible imaginarlo sin sus ropas como pensar en una cebolla sin sus velos. Si el viejo impresor no hubiera dado ya desde hacía tanto tiempo la medida de su ciega codicia, su abdicación habría sido suficiente para pintar su carácter. A pesar de los conocimientos que su hijo debía adquirir de la gran escuela de los Didot, se propuso hacer con él el buen negocio que venía rumiando desde hacía tiempo. Si el padre lo hacía bueno, el hijo debía hacerlo malo. Pero para el buen hombre, en cuestión de negocios, no había ni padres ni hijos. Si bien al principio había visto en David sólo a su hijo único, con el tiempo lo consideró como un adquiriente natural con intereses opuestos a los suyos: él quería vender caro. David tenía que comprar barato; su hijo pasaba, por consiguiente, a ser un enemigo al que vencer. Esta transformación del sentimiento en interés personal, de ordinario lenta, tortuosa e hipócrita en las personas de buena crianza, fue rápida y directa en el viejo oso, quien demostró hasta qué punto el astuto bebercio ganaba la partida al arte tipográfica. Cuando llegó su hijo, el buen hombre le dio muestras del afecto interesado que las personas hábiles sienten por sus víctimas: se preocupó por él como un amante se habría ocupado de su querida; le dio el brazo, le dijo dónde era necesario poner los pies para no enfangarse; había hecho calentar su cama, encender el fuego y preparar una cena. A la mañana siguiente, después de haber intentado embriagar a su hijo durante una opípara cena, Jérôme-Nicolas Séchard, bastante achispado, le dijo un «¿Hablamos de negocios?» que pasó con tanta dificultad entre dos hipos que David le rogó que dejaran los negocios para el día siguiente. El viejo oso sabía aprovechar demasiado bien su embriaguez para abandonar una batalla preparada desde hacía mucho tiempo. Además, después de haber cargado con la cruz durante cincuenta años, dijo, no quería cargar con ella ni una hora más. Mañana su hijo sería el Ingenuo.

Quizá sea necesario decir aquí unas palabras sobre el establecimiento. La imprenta, emplazada en el lugar donde la rue de Beaulieu desemboca en la place du Mûrier, se había establecido en aquel inmueble hacia finales del reinado de Luis XIV. Así, desde hacía mucho tiempo, el lugar había sido ya adaptado para la explotación de esta industria. La planta baja formaba una inmensa estancia que recibía luz de la calle a través de unas viejas ventanas y, por una claraboya, de un patio interior. Se podía llegar al despacho del dueño por un corredor. Pero en provincias, la actividad de la tipografía es siempre objeto de tal curiosidad que los clientes preferían entrar por una puerta acristalada, abierta en la fachada que daba a la calle, si bien había que bajar unos escalones, dado que el suelo del taller se encontraba por debajo del nivel de la calzada. Los curiosos estaban demasiado embobados para preocuparse de las

dificultades a la hora de pasar a través de los estrechos pasadizos del taller. Si miraban las enramadas formadas por las hojas extendidas para secarse en las cuerdas fijadas al suelo, se daban contra las hileras de cajas o se despeinaban con las barras de hierro que sustentaban las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un cajista, que escogía sus letras de los ciento cincuenta y dos cajetines de su caja mientras leía su copia, releía la línea en su componedor y colocaba en él una interlínea, se tropezaban con una resma de papel mojado y prensada por los adoquines o bien se daban con la cadera contra la esquina de un banco; todo ello para gran regocijo de osos y monos. Nunca nadie había podido llegar sin percance alguno hasta las dos grandes jaulas que había en el fondo de esta cueva, que formaban dos exiguos pabellones en el patio, en uno de los cuales reinaban el regente y en el otro el maestro impresor. En el patio, las paredes estaban agradablemente adornadas con emparrados que, dada la reputación del dueño, tenían un sabroso color local. En el fondo, y adosado a la negra pared medianera, se alzaba un cobertizo en ruinas donde se mojaba y preparaba el papel. Allí estaba el lavadero, donde antes y después de cada tiraje se lavaban las formas, o, para decirlo en un lenguaje más corriente, las planchas de los tipos; se escapaba de allí una decocción de tinta mezclada con las aguas residuales de la casa que hacía creer a los campesinos que venían el día de mercado en que el diablo se lavaba en aquella casa. Este cobertizo estaba flanqueado por un lado por la cocina y por el otro por una leñera. El primer piso de esta casa, por encima del cual no había más que dos habitaciones abuhardilladas, se componía de tres cuartos. El primero, tan largo como el corredor, menos la caja de la vieja escalera de madera, recibía la luz de la calle por medio de un ventanillo oblongo, y la del patio por un ojo de buey, y servía tanto de antesala como de comedor. Con un simple encalado, destacaba por la descarada sencillez de la avaricia comercial: el sucio cristal de la ventana nunca había sido limpiado; el mobiliario lo formaban tres sillas baratas, una mesa redonda y un aparador situado entre dos puertas que daban entrada a un dormitorio y a un salón; las ventanas y la puerta estaban renegridas de mugre; papeles blancos o impresos lo atestaban la mayor parte del tiempo; a menudo, el postre, las botellas o los platos de la cena de Jérôme-Nicolas Séchard se veían sobre los fardos. El dormitorio, cuya ventana tenía un bastidor emplomado que dejaba pasar la luz del patio, estaba revestido con una de esas viejas colgaduras que, en provincias, se cuelgan fuera de las casas el día del Corpus. Asimismo había una gran cama con columnas, provista de cortinas, cenefas y un cubrepíés de sarga encarnada, dos sillones apolillados, dos sillas de nogal y tapizadas, un viejo escritorio, y sobre la chimenea un reloj Cartel. Esta habitación, en la que se respiraba una paz patriarcal y llena de tonalidades oscuras, había sido arreglada por monsieur Rouzeau, predecesor y maestro de Jérôme-Nicolas Séchard. El salón, modernizado por la difunta madame Séchard, presentaba un espantoso revestimiento de madera, pintado de un azul chillón; los entrepaños estaban adornados con un empapelado de escenas orientales, coloreadas en bistre sobre fondo blanco; el mobiliario consistía en seis sillas tapizadas de badana azul cuyos respaldos representaban liras. Las dos ventanas, burdamente cimbradas, a través de las cuales la vista abarcaba la place du Mûrier, carecían de cortinas; la chimenea no tenía ni bujías, ni reloj, ni espejo. Madame Séchard había muerto en pleno plan de embellecimiento y el oso, incapaz de comprender la utilidad de unas mejoras que no proporcionaban beneficio alguno, las había abandonado. Fue allí donde Jérôme-Nicolas Séchard, pede titubante, llevó a su hijo y le enseñó sobre la mesa redonda un inventario del material de la imprenta que, siguiendo sus instrucciones, había preparado el regente.

—Lee esto, hijo mío —dijo Jérôme-Nicolas Séchard, desplazando sus ebrios ojos del papel a su hijo y de su hijo al papel—. Podrás ver la joya de imprenta que te dejo.

—Tres prensas de madera sostenidas por unas barras de hierro, con una platina de fundición...

—Es una mejora que he introducido —dijo el viejo Séchard interrumpiendo a su hijo.

—Con todo su utillaje: depósitos de tinta, balas y bancos, etcétera, ¡mil seiscientos francos! Pero, padre —dijo David Séchard dejando caer el inventario—, sus prensas son unos viejos cacharros que no valen ni cien escudos y que para lo único que sirven es para echarlas al fuego.

—¿Unos viejos cacharros?... —gritó el viejo Séchard—, ¿unos viejos cacharros?... ¡Coge el inventario y bajemos! Vas a ver si vuestras invenciones de forja barata funcionan como esos viejos aparatos de probada eficacia. Luego no tendrás el valor de ofender a unas honestas prensas que van rápidas como los coches correos y que seguirán funcionando durante toda tu vida sin necesitar la menor reparación. ¡Unos viejos cacharros! ¡Sí, son unos viejos cacharros los que te ayudarán a ganarte el puchero! Unos viejos cacharros que tu padre ha manejado durante veinte años y que le han servido para hacer de ti lo que eres.

El padre corrió precipitadamente abajo por una madera nudosa, desgastada y tambaleante, pero sin perder el equilibrio; abrió la puerta que daba al taller, corrió hacia la primera de sus prensas, engrasadas y limpiadas a hurtadillas, y mostró las recias patas de madera de roble, a las que su aprendiz había sacado brillo.

—¿Acaso no es una preciosidad de prensa? —preguntó.

Había en ella una participación de boda en aquel momento. El viejo oso bajó la frasqueta sobre el tímpano y el tímpano sobre la platina, que hizo rodar debajo de la prensa; tiró de la barra, desenrolló la cuerda para hacer retroceder la platina, y levantó tímpano y frasqueta con la agilidad que habría puesto en ello un joven oso. Así maniobrada, la prensa lanzó un gemido tan alegre como el de un pájaro que, tras golpearse contra un cristal, lograra alzar de nuevo el vuelo.

—¿Hay una sola prensa inglesa capaz de imprimir a este ritmo? —preguntó el padre a su sorprendido hijo.

El viejo Séchard corrió acto seguido a la segunda y a la tercera prensas, en cada una de las cuales hizo idéntica maniobra con igual destreza. La última ofreció a su vista enturbiada por el vino una parte que había sido descuidada por el aprendiz; el borracho, tras haber lanzado una retahíla de tacos, cogió uno de los faldones de su levita para frotarla como un chalán que lustra el pelaje de un caballo que ha de vender.

—Con estas tres prensas, sin regente, puedes llegar a ganar nueve mil francos al año, David. Como futuro socio tuyo, me opongo a que las reemplaces por esas malditas prensas de fundición que desgastan los tipos. En París habéis gritado milagro al conocer el invento de ese condenado inglés, un enemigo de Francia que ha querido hacer la fortuna de los fundidores. ¡Ah!, ¡habéis querido unas Stanhope!; pues gracias por vuestras Stanhope, que cuestan cada una dos mil quinientos francos, casi el doble de lo que valen mis tres joyas juntas y que destrozan la letra por su falta de elasticidad. No soy instruido como tú, pero ten en cuenta siempre esto: la vida de las Stanhope es la muerte del tipo. Estas tres prensas te prestarán un buen servicio, el tiraje se hará rápido y los anguleminos no te pedirán más. Ya imprimas con hierro o con madera, con oro, o con plata, no por ello te pagarán un ochavo más.

—Item —prosiguió David—, cinco millones de libras de tipos procedentes de la fundición de monsieur Vaflard...

Al leer este nombre, el alumno de los Didot no pudo dejar de sonreír.

—¡Ríete, ríete! Al cabo de doce años, los tipos siguen nuevos. ¡A eso es a lo que yo llamo un

fundidor! Monsieur Vaflard es un hombre honrado que suministra un material resistente, y para mí el mejor fundidor es aquél a cuya casa se va lo menos a menudo posible.

—Tasados en diez mil francos —prosiguió leyendo David—. ¡Diez mil francos, padre mío! ¡Pero si eso significa cuarenta sueldos la libra, y los señores Didot venden su cíceros nuevo a sólo treinta y seis sueldos la libra! Sus tipos usados no valen más que el precio del hierro, diez sueldos la libra.

—Llamas tipos gastados a las bastardillas, y a las negritas y a las redondas de monsieur Gillé, que fue impresor del Emperador, tipos que valen seis francos la libra, obras maestras del grabado compradas hace cinco años y muchas de las cuales todavía conservan el blanco de la fundición, ¡mira!

El viejo Séchard abrió algunos cajetines con tipos que nunca habían sido utilizados y se los enseñó.

—No soy ningún sabio, no sé leer ni escribir, pero aún sé lo suficiente para comprender que los tipos de escritura de la casa Gillé han sido los padres de los ingleses de tus señores Didot. Aquí tienes una redonda —dijo señalando una caja y cogiendo una M—, una redonda de cíceros que no ha sido aún estrenada.

David se dio cuenta de que no había forma de discutir con su padre. Había que aceptarlo o rechazarlo todo; se encontraba entre un no y un sí. El viejo oso había incluido en el inventario hasta las cuerdas de tender. La más pequeña rama, las tablas, los cuencos, la piedra y los cepillos de limpiar, todo estaba valorado con la escrupulosidad de un avaro. El total ascendía a treinta mil francos, incluidas la licencia de maestro impresor y la clientela. David se preguntaba si el negocio era o no viable. Viendo a su hijo atónito ante aquella suma, el viejo Séchard se inquietó, pues prefería una discusión violenta a un acuerdo tácito. En este tipo de tratos, la discusión revela a un negociante capaz que defiende sus intereses. «Quien consiente en todo —decía el viejo Séchard— no paga nada.» Mientras trataba de leer el pensamiento de su hijo, hizo el recuento de los mediocres utensilios, necesarios para la explotación de una imprenta en provincias; seguidamente condujo a David ante una prensa de satinar, una guillotina para hacer los trabajos ocasionales y le ponderó su utilidad y solidez.

—Las viejas herramientas son siempre las mejores —dijo—. En el negocio de la imprenta habría que pagarlas más caras que las nuevas, como se hace entre los batidores de oro.

Unas horrendas viñetas que representaban Himeneos, Amores o muertos que levantaban la losa de sus tumbas describiendo una V o una M, enormes cuadros de máscaras para los carteles de espectáculos, se convirtieron, por efecto de la elocuencia vinosa de Jérôme-Nicolas, en objetos de sumo valor. Le dijo a su hijo que la costumbre de los provincianos estaba tan fuertemente arraigada que en vano trataría él de ofrecerles mejores cosas que aquéllas a las que estaban acostumbrados. ¡Él mismo, Jérôme-Nicolas Séchard, había tratado de venderles mejores almanaques que el Double Liégeois, impreso en papel de azúcar! Pues bien, el verdadero Double Liégeois había sido preferido a los más magníficos almanaques. No tardaría David en reconocer la importancia de esas antiguallas, vendiéndolas más caras que las novedades más costosas.

—¡Ja, ja! Hijo mío, la provincia es la provincia y París es París. Si se te presenta un hombre del Houmeau para encargarte su participación de boda y tú se la imprimes sin un amorcillo con unas guirnaldas, no se considerará casado y no se la llevará si sólo ve una M como en la imprenta de tus señores Didot, que son la gloria de la tipografía, pero cuyas invenciones no serán adoptadas en provincias antes de cien años. Así son las cosas.

Las personas generosas son malos comerciantes. David tenía uno de esos caracteres pudorosos y

afectivos que se espantan ante una discusión y que ceden en el momento en que el adversario les toca la fibra sensible. Sus elevados sentimientos y el dominio que el viejo borracho había conservado sobre él le hacían aún menos apto para discutir con su padre de dinero, sobre todo cuando él creía que iba con las mejores intenciones, porque en un principio atribuyó la voracidad de su interés al apego que tenía el impresor por sus herramientas de trabajo. Sin embargo, como Jérôme-Nicolas Séchard lo había obtenido todo de la viuda Rouzeau por diez mil francos en asignados, y dado que en el actual estado de cosas treinta mil francos eran un precio exorbitante, el hijo exclamó:

—¡Padre, me estrangula!

—¿Yo, que te he dado la vida...? —dijo el viejo borracho levantando la mano y señalando el tendedero—. Pero, David, ¿en cuánto valoras tú la licencia? ¿Sabes lo que vale el diario de anuncios, a diez sueldos la línea, privilegio que, por sí solo, ha dado quinientos francos el último mes? ¡Muchacho, abre los libros de contabilidad y mira lo que rinden los carteles y los registros de la Prefectura, los encargos del Ayuntamiento y del Obispado! Eres un vago de siete suelas que no quiere hacer fortuna. Discutes el precio del caballo que te llevará a alguna buena propiedad, como la de Marsac.

Este inventario iba acompañado de una escritura de constitución de una sociedad entre el padre y el hijo. El buen padre alquilaba a la sociedad su casa por una suma de mil doscientos francos, por más que la hubiera comprado por no más de seis mil libras, reservándose una de las dos habitaciones acondicionadas en la buhardilla. En tanto David Séchard no hubiera devuelto los treinta mil francos, los beneficios se repartirían a medias; el día que reembolsara esa suma a su padre, pasaría a ser el único propietario de la imprenta. David calculó el valor de la licencia, de la clientela y del diario sin preocuparse de los útiles de trabajo; creyó que podría salir adelante, y aceptó estas condiciones. Acostumbrado a las trapacerías de los campesinos y perfecto desconocedor de los grandes cálculos de los parisienses, el padre se extrañó de una conclusión tan rápida.

«¿Se habrá hecho rico mi hijo —se dijo—, o piensa quizás en este momento en la forma de no pagarme?» Movido por este pensamiento, le estuvo preguntando para saber si traía dinero consigo a fin de que le diera algo a cuenta. La curiosidad del padre despertó la desconfianza del hijo. David guardó la máxima reserva. A la mañana siguiente, el viejo Séchard hizo que su aprendiz trasladase a la habitación del segundo piso todos sus muebles, que esperaba hacer llevar a su casa de campo con los carros que volvieran de vacío. Le dejó a su hijo las tres habitaciones del primer piso completamente vacías, al tiempo que le hacía tomar posesión de la imprenta sin darle un céntimo con que pagar a los operarios. Cuando David le rogó a su padre que, en su calidad de socio, contribuyera a los gastos necesarios para la puesta en marcha de la explotación común, el viejo impresor se hizo el desentendido. Dijo que no se había comprometido a entregar dinero alguno al dar su imprenta; su aportación de fondos había sido ya hecha. Presionado por la lógica de su hijo, le respondió que al comprarle la imprenta a la viuda Rouzeau él había sacado adelante el negocio sin un céntimo. Si él, pobre operario sin instrucción, había tenido éxito, seguro que un discípulo de Didot lo haría aún mejor. Por otra parte, David había ganado dinero procedente de la educación pagada con el sudor de la frente de su anciano padre; bien podía emplearlo ahora.

—¿Qué has hecho de tus semanadas? —le dijo volviendo a la carga a fin de aclarar el problema que el silencio de su hijo había dejado irresuelto la víspera.

—Pero ¿es que no tenía que vivir, no he comprado libros? —respondió David, indignado.

—¡Ah!, ¿comprabas libros? Harás malos negocios. Las personas que compran libros no sirven para

imprimirlos —respondió el oso.

David sintió la más horrible de las humillaciones, la que causa la bajeza de un padre: tuvo que aguantar el diluvio de viles, lacrimosas, ruines y comerciales razones por medio de las cuales el viejo avaro formuló su negativa. Se guardó su dolor para sí viéndose solo, sin apoyo, constatando que su padre era un especulador, a quien, por curiosidad filosófica, quiso conocer a fondo. Le hizo saber que jamás le había pedido cuentas de la dote de su madre. Si esta dote no podía bastar para pagar el precio de la imprenta, debía al menos servir para la explotación en común.

—¿La dote de tu madre? —dijo el viejo Séchard—. ¡Pero si eran sólo su inteligencia y su belleza!

Ante esta respuesta, David comprendió por completo el carácter de su padre y se dio cuenta de que para conseguir una valoración de la misma tendría que iniciar un proceso interminable, costoso y deshonesto. Aquel noble corazón aceptó la carga que iba a pesar sobre él, pues sabía a costa de cuántos esfuerzos lograría cumplir los compromisos contraídos con su padre.

«Trabajaré —se dijo—. Después de todo, si a mí me cuesta, también le costó a él. Por otra parte, siempre será trabajar para mí mismo.»

—Te dejo un tesoro —le dijo el padre, inquieto por el silencio de su hijo.

David preguntó qué tesoro era aquél.

—Marion —dijo el padre.

Marion era una robusta moza de campo, indispensable para la explotación de la imprenta: mojaba el papel y lo recortaba, hacía los recados y cocinaba, lavaba la ropa, descargaba los carros de papel, iba a realizar los cobros y limpiaba los tampones. De haber sabido Marion leer, el viejo Séchard la habría puesto a cargo de la composición.

El padre partió a pie para el campo. A pesar de que se sentía muy contento por aquella venta disfrazada de sociedad, estaba inquieto por la manera en que se le pagaría. Tras las angustias de la venta, vienen siempre las de hacerla efectiva. Todas las pasiones son esencialmente jesuíticas. Este hombre, que consideraba inútil la instrucción, se esforzó por creer en la influencia de la instrucción. Hipotecaba sus treinta mil francos en aras de las ideas del honor que la educación tenía que haber desarrollado en su hijo. Como joven de buena crianza que era, David sudaría tinta para cumplir sus compromisos, y sus conocimientos le ayudarían a encontrar soluciones; se había mostrado lleno de buenos sentimientos; ¡seguro que pagaría! Como muchos padres que actúan así, creyendo haber obrado paternalmente, también el viejo Séchard había acabado por convencerse de ello al llegar a su viñedo situado en Marsac, un pueblecito a cuatro leguas de Angulema. Esta propiedad, en la que su anterior dueño había construido una bonita vivienda, había ido acrecentándose de año en año desde 1809, época en la que el viejo oso la comprara. Cambió los cuidados de la prensa por los del lagar, y, como él decía, llevaba tanto tiempo entre viñas que las conocía bien. Durante el primer año de su retiro en el campo, Séchard padre no hizo sino mostrar un semblante de preocupación yendo por entre sus rodrigones; estaba siempre en su viñedo, como en otro tiempo permanecía en su taller. Aquellos treinta mil francos inesperados le embriagaban incluso más que el mosto septembrino, y en su imaginación jugaba con ellos entre los dedos. Cuanto menos se le debía, mayor era su deseo de embolsarse aquella suma. Por eso corría a menudo de Marsac a Angulema, movido por sus inquietudes. Trepaba por las cuevas del promontorio rocoso en cuyo alto se asienta la ciudad y entraba en el taller para ver si su hijo salía adelante. Las prensas se encontraban en su sitio. El único aprendiz, tocado con un gorro de papel, estaba

limpiando los tampones. El viejo oso oía rechinar una prensa sobre alguna participación de boda, reconocía sus viejos tipos y veía a su hijo y al regente, cada cual en su jaula, leyendo un libro que el oso tomaba por unas pruebas. Luego de haber comido con David, se volvía a sus tierras de Marsac, rumiando sus temores. La avaricia, como el amor, posee el don de la visión de los acontecimientos futuros, que presiente y adivina. Lejos del taller, donde el aspecto de sus máquinas le fascinaba retro trayéndole a los días en que hacía fortuna, el viñador encontraba en su hijo inquietantes síntomas de inactividad. El nombre «Cointet Hermanos» le espantaba, lo veía dominando al de «Séchard e hijo». En resumen, que el viejo presentía el viento de la desgracia. Tal presentimiento estaba justificado: la desgracia se cernía sobre la casa Séchard. Pero los avaros tienen un dios. Por una feliz coincidencia de circunstancias imprevistas, este dios tenía que hacer ir a parar a la bolsa del borrachín el precio de su venta usuraria. He aquí por qué la imprenta Séchard iba a menos, no obstante todos los factores para ser próspera. Indiferente a la reacción religiosa que la Restauración estaba produciendo en la política del Gobierno, y sin preocuparse tampoco por el Liberalismo, David mantenía la más perjudicial de las neutralidades en materia política y religiosa. Eran tiempos en que los comerciantes de provincias tenían que profesar un credo político para poder contar con una clientela, pues era menester optar entre la clientela de los liberales y la de los monárquicos. Pero un amor que había prendido en el pecho de David, sus inquietudes científicas y su buen carácter le impidieron desarrollar ese afán de lucro que constituye y forma el carácter del verdadero comerciante y que le habría hecho estudiar las diferencias que distinguen a la industria provinciana de la parisiense. Los matices, tan acusados en provincias, desaparecían en el gran tráfago de París. Los hermanos Cointet hicieron suyas las ideas monárquicas, cumplieron de forma ostensible con las abstinencias, frecuentaron la catedral, cultivaron la amistad de los curas y reimprimieron los primeros libros de religión cuya necesidad se hizo sentir. Los Cointet tomaron, pues, la delantera en este lucrativo ramo y difamaron a David Séchard, acusándole de liberalismo y ateísmo. ¿Cómo se podía dar trabajo —decían— a un hombre que tenía por padre a un setembrista, un borrachín, un bonapartista, un viejo avaro que más pronto o más tarde dejaría montones de oro? Ellos eran pobres, estaban cargados de familia, mientras que David era soltero y sería enormemente rico, y por eso sólo pensaba en su conveniencia, etcétera. Influidos por estas acusaciones lanzadas contra David, la Prefectura y el Obispado acabaron por dar el privilegio de sus impresiones a los hermanos Cointet. No tardaron estos ávidos antagonistas, enardecidos por la pasividad de su rival, en crear un segundo diario de anuncios judiciales. A la vieja imprenta le quedaron las impresiones de trabajos ocasionales, y el producto de su hoja de anuncios disminuyó a la mitad. Enriquecida con tan considerables beneficios obtenidos con los libros eclesiásticos y piadosos, la casa Cointet no tardó en proponer a los Séchard la compra de su diario a fin de tener los anuncios de la provincia y las sentencias judiciales en exclusiva. Tan pronto como David le comunicó esta noticia a su padre, el viejo viñador, ya asustado por los progresos de la casa Cointet, se desplazó de Marsac a la place du Mûrier con la celeridad de un cuervo que ha olfateado los cadáveres de un campo de batalla.

—Déjame a mí entendérmelas con los Cointet, tú no te metas en este asunto —le dijo a su hijo.

El anciano no tardó en intuir el interés de los Cointet y los aterró con la sagacidad de sus argumentaciones. Su hijo cometía una tontería que él habría impedido, decía. «¿Qué clientela nos quedará si él cede nuestro diario? Los abogados, los notarios, todos los comerciantes del Houmeau serán liberales; los Cointet han querido perjudicar a los Séchard al acusarles de liberalismo; les han preparado así una tabla de salvación, ya que todos los anuncios de los liberales quedaban en manos de los Séchard. ¿Vender el diario...? Ya tanto daba vender el material y la licencia.» Entonces les pidió a los Cointet sesenta mil francos por la imprenta, para no arruinar a su hijo: él quería a su hijo y lo

defendía. El viñador se sirvió de su hijo como los campesinos utilizan a sus mujeres: su hijo quería o no quería según las propuestas que arrancaba una a una a los Cointet, induciéndoles, no sin esfuerzos, a ofrecer una suma de veintidós mil francos por el Journal de la Charente. Pero David tuvo que comprometerse a no volver a imprimir nunca más un periódico, so pena de tener que pagar treinta mil francos en concepto de daños y perjuicios. Esta venta era el suicidio de la imprenta Séchard, pero esto al viñador le traía absolutamente sin cuidado. Tras el robo viene siempre el asesinato. El buen hombre pensaba invertir aquella suma en su heredad; y, con tal de tocarla, habría sido capaz de vender hasta al mismísimo David, teniendo sobre todo en cuenta, además, que ese incordio de hijo tenía derecho a la mitad de aquel inesperado tesoro. En compensación, el generoso padre le entregó la imprenta, pero manteniendo el alquiler de la casa en los famosos mil doscientos francos. Tras la venta del diario a los Cointet, el viejo fue raras veces a la ciudad, alegando su avanzada edad, pero la verdadera razón no era otra que el escaso interés que sentía por una imprenta que ya no le pertenecía. No pudo, sin embargo, repudiar completamente el afecto que sentía por sus antiguas herramientas de trabajo. Cuando algún asunto le traía a Angulema, habría sido muy difícil discernir cuál de las dos cosas le movían más a ir a su casa: si sus prensas de madera o su hijo, a quien iba a reclamar sus alquileres por respeto a la costumbre. Su antiguo regente, ahora de los Cointet, sabía a qué atenerse en cuanto a esta generosidad paterna; decía que aquel viejo zorro se preparaba así el derecho a intervenir en los negocios de su hijo, convirtiéndose en acreedor privilegiado por la acumulación de los alquileres.

La incuria de David Séchard tenía causas que explicarían el carácter de este joven. Unos días después de haberse instalado en la imprenta paterna, se había encontrado a uno de sus compañeros de colegio, entonces hundido en la más negra miseria. El amigo de David Séchard era un joven, por aquel entonces de veintiún años, llamado Lucien Chardon, hijo de un ex oficial médico del ejército republicano, retirado del servicio activo a consecuencia de una herida. La inclinación había hecho de Chardon padre un químico, y el azar le llevó a ser farmacéutico en Angulema. La muerte le sorprendió en medio de los preparativos necesarios para un descubrimiento lucrativo en cuya investigación había invertido muchos años de estudios científicos. Quería curar todo tipo de gota. La gota es la enfermedad de los ricos, y los ricos pagan a buen precio su salud cuando se ven privados de ella. Por eso el farmacéutico había elegido la solución de este problema entre las varias que se le habían ocurrido en sus meditaciones. Indeciso entre la ciencia y el empirismo, el difunto Chardon comprobó que la ciencia era lo único que podía asegurar su fortuna: había estudiado, por tanto, las causas de la enfermedad y basado su remedio en un determinado régimen que él adaptaba a cada constitución. Murió durante una estancia en París, adonde había ido para solicitar la aprobación de la Academia de las Ciencias, perdiendo así el fruto de todos sus trabajos. Presintiendo su fortuna, el farmacéutico no había escatimado nada en la educación de su hijo y de su hija, de suerte que el mantenimiento de su familia se fue tragando constantemente los beneficios de la farmacia. Así, no sólo dejó a sus hijos en la miseria, sino que además, para su desgracia, los había educado en la esperanza de un brillante porvenir, que se extinguió con él. El ilustre Desplein, que le asistió, le vio morir entre las convulsiones de la rabia. Esta ambición tuvo su origen en el apasionado amor que el antiguo cirujano sentía por su mujer, último vástago de la familia de Rubempré, milagrosamente salvada por él del cadalso en 1793. Sin que la muchacha se prestara a esta mentira, él había ganado tiempo diciendo que estaba encinta. Después de haberse creado en cierto modo el derecho a casarse con ella, la tomó por esposa a pesar de su común pobreza. Sus hijos, como todos los hijos del amor, tuvieron como única herencia la maravillosa belleza de su madre, presente muchas veces fatal cuando va acompañado de la miseria. Las esperanzas, los esfuerzos y las angustias con los que tan estrechamente vivió habían alterado profundamente la belleza de madame Chardon, así como la lenta

degradación de la indigencia había cambiado sus costumbres; pero su valor y el de sus hijos igualó a su infortunio. La pobre viuda vendió la farmacia, sita en la calle Mayor del Houmeau, el principal barrio de Angulema. El precio pagado por la farmacia le permitió contar con trescientos francos de renta, suma insuficiente incluso para mantenerse ella sola, pero tanto ella como su hija aceptaron su nueva situación sin sonrojarse y se dedicaron a hacer trabajos mercenarios. La madre asistía a las parturientas y gracias a sus buenos modales era preferida a cualquier otra en las casas ricas, donde vivía sin costarles nada a sus hijos y ganando veinte sueldos diarios. Para evitarle a su hijo el disgusto de ver a su madre en situación tan humillante, había adoptado el nombre de madame Charlotte. Las personas que solicitaban sus cuidados se dirigían a monsieur Postel, el sucesor de monsieur Chardon. La hermana de Lucien trabajaba en casa de una mujer muy honrada y considerada en el Houmeau, llamada madame Prieur, planchadora de prendas finas, vecina suya, y donde ganaba alrededor de quince sueldos diarios. Dirigía a las operarias y gozaba en el taller de una especie de supremacía que le hacía destacar un poco de la clase de las modistillas. Los modestos ingresos de sus trabajos, sumados a las trescientas libras de renta de madame Chardon, ascendían a unos ochocientos francos anuales, con los que estas tres personas tenían que vivir, vestirse y pagar el alojamiento. El estricto ahorro de este hogar apenas si hacía suficiente esta suma, absorbida casi íntegramente por Lucien. Madame Chardon y su hija Ève creían en Lucien como la mujer de Mahoma creyó en su marido; su abnegación por su porvenir no conocía límites. Esta pobre familia vivía en el Houmeau en un piso alquilado por una módica suma por el sucesor de monsieur Chardon, y emplazado en el fondo de un patio interior, encima del laboratorio de la farmacia. Lucien ocupaba allí una mísera habitación abuhardillada. Estimulado por un padre que, apasionado por las ciencias naturales, le había empujado en un principio por este camino, Lucien fue uno de los alumnos más brillantes del instituto de Angulema, donde se encontraba en cuarto de bachillerato cuando Séchard finalizaba allí sus estudios.

Cuando quiso la casualidad que los dos compañeros de colegio volvieran a encontrarse, Lucien, cansado ya de apurar la amarga copa de la miseria, estaba a punto de tomar una de esas decisiones extremas tan propias de los veinte años. Cuarenta francos mensuales que David pagó generosamente a Lucien, ofreciéndose a enseñarle el oficio de regente, por más que no necesitase un regente para nada, salvaron a Lucien de su desesperación. Los lazos de esta amistad de colegio, reanudados así, no tardaron en estrecharse por la similitud de sus destinos y por lo diferente de sus caracteres. Ambos, con el espíritu henchido de ansias de éxito, poseían esa elevada inteligencia que pone al hombre en un plano de igualdad con todas las eminencias, y se veían relegados a lo más bajo de la sociedad. Lo injusto de este destino fue un vínculo poderoso. Además, los dos habían llegado a la poesía por caminos distintos. Aunque destinado a las más elevadas especulaciones de las ciencias naturales, Lucien se sentía apasionadamente atraído por la gloria literaria; sin embargo, David, a quien su genio meditativo predisponía a la poesía, se inclinaba por gusto hacia las ciencias exactas. Esta inversión de papeles engendró una especie de fraternidad espiritual. Lucien no tardó en transmitirle a David los elevados conocimientos recibidos de su padre sobre las aplicaciones de la Ciencia a la Industria, y David le enseñó a Lucien los nuevos caminos que debería tomar en la literatura para hacerse un nombre y lograr el éxito. La amistad de estos dos jóvenes se convirtió en poco tiempo en una de esas pasiones que no nacen más que al dejar atrás la adolescencia. David no tardó en conocer a la bella Ève y se prendó de ella como hacen los espíritus melancólicos y meditabundos. El *Et nunc et semper et in secula seculorum* de la liturgia es la divisa de estos sublimes poetas desconocidos, cuyas obras constituyen magníficas epopeyas creadas y perdidas entre dos corazones. Cuando el enamorado hubo penetrado en las secretas esperanzas que la madre y la hermana de Lucien ponían en esta hermosa cabeza de poeta, cuando supo

de su ciega abnegación, le enterneció acercarse aún más a su amada, compartiendo con ella sus inmoluciones y esperanzas. Lucien fue, pues, para David un hermano elegido. Como los ultras que querían ser más realistas que el rey, David exageró la fe que la madre y la hermana de Lucien tenían en su genio, y le mimó como una madre mimosa a su hijo. Durante una de aquellas conversaciones en las que, acuciados por la falta de dinero que los tenía maniatados, rumiaban, como todos los jóvenes, los medios para obtener un éxito rápido sacudiendo todos los árboles despojados ya por quienes les habían precedido sin obtener ningún fruto de ellos, Lucien se acordó de dos ideas dejadas caer un día por su padre. Monsieur Chardon había hablado de reducir el precio del azúcar a la mitad mediante el empleo de un nuevo agente químico, y disminuir otro tanto el precio del papel, trayendo de América determinadas sustancias vegetales análogas a las empleadas por los chinos y que costaban poco. David, que conocía la importancia de esta cuestión, tratada ya en casa de los Didot, se apropió de esta idea viendo en ella una posibilidad de fortuna y consideró a Lucien como a un benefactor con quien siempre estaría en deuda.

Cualquiera puede intuir hasta qué punto los pensamientos dominantes y la vida interior de ambos amigos les hacían poco idóneos para dirigir una imprenta. Lejos de proporcionar de quince a veinte mil francos, como la de los hermanos Cointet, impresores-libreros del Obispado, propietarios del Courier de la Charente, el único diario ya del departamento, la imprenta de Séchard hijo apenas si rendía trescientos francos al mes, de los cuales había que deducir el sueldo del regente, el de Marion, los impuestos y el alquiler, lo cual dejaba limpios a David unos cien francos mensuales. Unos hombres activos y emprendedores habrían renovado los tipos, comprado prensas de hierro, habrían buscado en la biblioteca de París algunas obras que hubieran publicado a bajo coste; pero el dueño y el regente, perdidos en los absorbentes afanes de la inteligencia, se contentaban con los trabajos que les daban sus últimos clientes. Los hermanos Cointet habían acabado por conocer el carácter y las costumbres de David y ya no le calumniaban; al contrario, una prudente política les aconsejaba dejar sobrevivir a aquella imprenta y mantenerla en una honrosa mediocridad para que no cayera en manos de algún temible rival; ellos mismos le enviaban los trabajos llamados ocasionales. De este modo, y sin él saberlo, David Séchard sólo existía, comercialmente hablando, gracias a un hábil cálculo de sus competidores. Felices por lo que llamaban su manía, los Cointet tenían para con él un modo de proceder lleno de rectitud y lealtad, pero en realidad actuaban igual que la dirección de las Mensajerías, cuando simula una competencia para evitarse así una real.

El exterior de la casa de los Séchard armonizaba con la crasa avaricia reinante en el interior, donde el viejo oso no había arreglado nunca nada. La lluvia, el sol y las inclemencias de cada estación habían dado a la puerta de entrada el aspecto de un viejo tronco de árbol, hasta tal punto estaba surcada por unas grietas desiguales. La fachada, construida de cualquier manera con piedras y ladrillos mezclados sin la menor simetría, parecía doblarse bajo el peso de un tejado carcomido sobrecargado con esas tejas cóncavas que forman todos los tejados del Mediodía de Francia. Las ventanas corroídas estaban resguardadas por esos enormes postigos sujetos por unos gruesos travesaños, tal como exige lo caluroso del clima. Difícil habría sido encontrar en toda Angulema una casa tan destartada como aquélla, que sólo se mantenía en pie gracias a lo resistente del cemento. Imaginaos este taller claro en sus extremos y oscuro en el centro, con sus paredes cubiertas de carteles, ennegrecidas en su parte inferior por el roce de los obreros que durante treinta años habían desfilado por allí; sus cordajes en el suelo, sus pilas de papel, sus viejas prensas, sus montones de adoquines para presionar los papeles mojados, sus hileras de cajas, y a ambos extremos las dos jaulas donde, cada uno por su lado, se instalaban el dueño y el regente; comprenderéis entonces la vida de los dos amigos.

En 1821, en los primeros días del mes de mayo, David y Lucien se encontraban junto a la ventana del patio en el momento en que, a eso de las dos de la tarde, sus cuatro o cinco operarios dejaban el taller para ir a comer. Cuando el dueño vio que el aprendiz cerraba la puerta con campanilla que daba a la calle, se llevó a Lucien al patio, como si el olor a papeles, depósitos de tinta, prensas y viejas maderas le resultara insoportable. Se sentaron bajo un emparrado desde donde podían ver a cualquiera que entrara en el taller. Los rayos del sol, que se filtraban por entre los pámpanos del emparrado, acariciaron a los dos poetas, envolviéndolos con su luz como en una aureola. El contraste producido por la oposición de estos dos caracteres y de estos dos rostros fue entonces tan acusado que habría seducido al pincel de un gran pintor. Tenía David las formas que confiere la naturaleza a los seres destinados a grandes luchas, esplendorosas o secretas. Su amplio busto estaba flanqueado por unos fuertes hombros en armonía con la plenitud de todas sus formas. Su cara, de tez morena, colorada y gruesa, que descansaba sobre un cuello robusto y estaba cubierta por una frondosa selva de negros cabellos, se parecía a primera vista a la de los canónigos cantados por Boileau; pero un segundo examen os revelaba en los surcos de sus carnosos labios, en el hoyuelo de la barbilla, en la forma cuadrada de la nariz de perfil irregular, y sobre todo en los ojos, el fuego permanente de un único amor, la agudeza del pensador, la ardiente melancolía de un espíritu capaz de abarcar los dos extremos del horizonte, penetrando en todos sus recovecos, y que fácilmente se hastiaba de los goces totalmente ideales al aplicar a ellos la lucidez del análisis. Si en aquel semblante se adivinaban los destellos del genio que emprende el vuelo, igualmente se veían las cenizas junto al volcán; y la esperanza se extinguía en un profundo sentimiento de nulidad social, en la que los orígenes oscuros y la falta de fortuna mantienen a tantos espíritus superiores. Al lado del pobre impresor, a quien su profesión, a pesar de estar tan relacionada con la inteligencia, daba náuseas, al lado de este Sileno, pesadamente replegado en sí mismo, que bebía a grandes sorbos de la copa de la ciencia y de la poesía, embriagándose para olvidar las desdichas de la vida provinciana, Lucien se mantenía en la graciosa postura imaginada por los escultores para el Baco indio. Su rostro tenía la elegancia de líneas de la belleza antigua: una frente y una nariz griegas, la blancura aterciopelada de las mujeres, unos ojos negros de puro azules, ojos llenos de amor y cuyo blanco rivalizaba en frescura con el de un niño. Remataban estos bonitos ojos unas cejas que parecían trazadas por un pincel chino y los orlaban unas largas pestañas de color castaño. Brillaba en las mejillas un sedoso vello cuyo color armonizaba con el de una rubia cabellera de rizado natural. Una suavidad divina respiraba en sus sienes de un blanco dorado. Una incomparable nobleza animaba su corta barbilla, ligeramente respingona. La sonrisa de los ángeles tristes vagaba por sus labios de coral, realzados por unos bellos dientes. Tenía las manos de un hombre de buena cuna, unas manos elegantes, a un simple gesto de las cuales los hombres deberían obedecer y que las mujeres gustan de besar. Lucien era esbelto y de mediana estatura. Al ver sus pies, un hombre hubiera tenido todavía más la tentación de tomarle por una muchacha disfrazada, dado que, a semejanza de los hombres sutiles, por no decir astutos, sus caderas tenían la conformación de las de una mujer. Este indicio, que raramente engaña, era cierto por lo que respecta a Lucien: por su espíritu inquieto, a menudo, cuando analizaba el actual estado de la sociedad, se dejaba llevar por la típica depravación de los diplomáticos, convencidos de que el fin justifica los medios, por vergonzosos que estos sean. Una de las desgracias a las que se ven sometidas las grandes inteligencias es la de comprender por fuerza todas las cosas, tanto los vicios como las virtudes.

Estos dos jóvenes juzgaban a la sociedad desde tanta más altura cuanto más abajo se encontraban situados en la escala social, ya que los hombres desconocidos se vengan de lo modesto de su posición con su elevación de miras. Pero su desesperación era también tanto más amarga cuanto que de este

modo se encaminaban más rápidamente hacia donde los llevaba su verdadero destino. Mucho era lo que Lucien había leído y comparado; y también David había pensado y meditado mucho. Pese a su apariencia de persona de una robusta salud de hombre de campo, el impresor era de carácter melancólico y enfermizo, dudaba de sí mismo, mientras que Lucien, dotado de un espíritu emprendedor, pero voluble, era de una audacia que se compadecía mal con su talante blando, casi débil, pero lleno de gracia femenina. Lucien poseía en grado sumo el carácter gascón, osado, valiente, aventurero, que exagera lo bueno y minimiza lo malo, que no retrocede ante una falta si puede sacar algún provecho de ella y que es indiferente al vicio si éste puede servirle de escalón para ascender. Estas cualidades propias del ambicioso se hallaban entonces refrenadas por las bellas ilusiones de la juventud, por el ardor que le empujaba hacia los nobles medios que los hombres amantes de la gloria emplean antes que los demás. No se hallaba en lucha aún más que con sus propios deseos y no con las dificultades de la vida, con sus propias potencialidades y no con la cobardía de los hombres, que es un ejemplo fatal para los espíritus volubles. Vivamente seducido por la brillante inteligencia de Lucien, David lo admiraba, si bien corrigiendo los errores en los que le hacía incurrir la furia francesa. Este hombre justo tenía un carácter tímido que contrastaba con su fuerte complexión, pero no carecía en absoluto del tesón de los hombres del Norte. Si bien veía todas las dificultades, se prometía vencerlas sin descorazonarse; y pese a poseer la firmeza de una virtud verdaderamente apostólica, la atemperaba con la gracia de una inagotable indulgencia. En esta amistad, ya vieja, uno de los dos amaba con idolatría, y era David. Por ello Lucien mandaba como mujer que se sabe amada. David obedecía de buen grado. La belleza física de su amigo comportaba una superioridad que él aceptaba, porque se sabía torpe y corriente.

«Para el buey la paciente agricultura, para el pájaro la vida despreocupada —se decía el impresor—. Por tanto, yo seré el buey, y Lucien, el águila.»

Desde hacía alrededor de tres años, los dos amigos habían vinculado, pues, sus destinos, para los que entreveían un brillante porvenir. Leían las grandes obras aparecidas tras la paz en el horizonte literario y científico; las obras de Schiller, Goethe, Lord Byron, Walter Scott, Jean-Paul, Berzélius, Davy, Cuvier, Lamartine, etcétera. Se calentaban en estos grandes hogares, se ejercitaban escribiendo obras abortadas o comenzadas, dejadas y retomadas con entusiasmo. Trabajaban sin descanso, sin gastar todas las inagotables fuerzas de la juventud. Igual de pobres, pero devorados por el amor al arte y a las ciencias, olvidaban la miseria presente tratando de echar los cimientos de su fama.

—Lucien, ¿sabes qué acabo de recibir de París? —dijo el impresor sacándose del bolsillo un pequeño volumen en decimotercero—. ¡Escucha!

David leyó, como saben leer los poetas, el idilio de André de Chénier, titulado Néère; luego el del Joven enfermo y luego la elegía sobre el suicidio, compuesta al estilo antiguo, y los dos últimos yambos.

—¿O sea que éste es André de Chénier? —exclamó Lucien varias veces seguidas—. Es desesperante —repetía por tercera vez, cuando David, demasiado emocionado para continuar, le dejó coger el libro.

—¡Un poeta descubierto por otro poeta! —dijo al ver la firma del prefacio.

—Después de haber escrito esta obra —prosiguió David—, Chénier creyó que nada de lo que había escrito era digno de ser publicado.

Lucien, a su vez, leyó el épico pasaje de El ciego y varias elegías. Cuando llegó al fragmento:

No conocen la felicidad, pero ¿existe ésta en la tierra?,

besó el libro, y los dos amigos lloraron, porque ambos amaban con idolatría. Los pámpanos habían enrojecido, las viejas paredes de la casa, agrietadas, abombadas, desigualmente recorridas por unas innobles resquebrajaduras, se habían recubierto de acanaladuras, almohadillados, bajorrelieves e innumerables obras de arte de no sé qué arquitectura, por obra y gracia de un hada. La Fantasía había derramado sus flores y rubíes sobre el pequeño patio oscuro. La Camille de André Chénier se había convertido para David en su Ève adorada, y para Lucien en una gran dama a la que cortejaba. La Poesía había sacudido los pliegues majestuosos de su vestido estrellado en el taller en el que gesticulaban los monos y los osos de la tipografía. Daban las cinco, pero los dos amigos no tenían ni hambre ni sed; la vida era para ellos como un sueño dorado, tenían todos los tesoros de la tierra a sus pies, percibían ese rincón del horizonte azulado señalado por el dedo de la Esperanza a aquéllos cuya vida es un tormento y a quienes su voz de sirena dice: «Id, volad, escaparéis a la desgracia a través de este espacio de oro, plata o azur». En aquel preciso instante, un aprendiz llamado Cérizet, un pilluelo de París que David había hecho venir a Angulema, abrió la pequeña puerta acristalada que comunicaba el taller con el patio e indicó los dos amigos a un desconocido que avanzó saludándolos.

—Señor —dijo a David sacando de su bolsillo un enorme cuaderno—, aquí traigo una memoria que me gustaría imprimir, ¿podría decirme cuánto me costaría?

—No imprimimos, señor, manuscritos tan extensos —respondió David sin mirar el cuaderno—; vaya a casa de los señores Cointet.

—Pero tenemos un tipo muy bonito que tal vez podría irle muy bien —terció Lucien cogiendo el manuscrito—. Habría de tener la bondad de volver mañana, dejándonos su obra para calcular los costes de impresión.

—¿No es con monsieur Lucien Chardon con quien tengo el honor...?

—Sí, señor —repuso el regente.

—Me siento dichoso, señor —dijo el autor—, de haber podido conocer a un joven poeta llamado a tan altos desempeños. Me manda madame de Bargeton.

Al oír este nombre, Lucien se sonrojó y balbuceó unas frases para expresar su agradecimiento por el interés que le demostraba madame de Bargeton. David advirtió el rubor y la confusión de su amigo, a quien dejó mantener la conversación con el hidalgüelo, autor de una memoria sobre la cría del gusano de seda y a quien la vanidad movía a hacer imprimir su obra para que pudiera ser leída por sus colegas de la Sociedad de Agricultura.

—Bien, Lucien —dijo David cuando el gentilhombre se fue—, ¿acaso amas a madame de Bargeton?

—¡Perdidamente!

—Pero estáis más separados el uno del otro por los prejuicios que si ella estuviera en Pekín y tú en Groenlandia.

—La voluntad de dos enamorados triunfa sobre todo —dijo Lucien bajando los ojos.

—Nos olvidarás —replicó el tímido enamorado de la bella Ève.

—Al contrario, tal vez he sacrificado a mi amada por ti —exclamó Lucien.

—¿Qué quieres decir?

—Que, a pesar de mi amor y de los diversos intereses que me mueven a frecuentar su casa, le he dicho que no volvería a poner los pies allí si un hombre cuyo talento es superior al mío, cuyo porvenir será glorioso, si David Séchard, mi hermano y amigo, no era recibido por ella. En casa he de encontrar la respuesta. Pero aunque todos los aristócratas sean invitados esta noche para oírme recitar versos, si la respuesta es negativa, nunca más volveré a poner los pies en casa de madame de Bargeton.

David estrechó fuertemente la mano de Lucien tras haberse enjugado los ojos. Dieron las seis.

—Ève debe de estar inquieta, adiós —dijo bruscamente Lucien.

Y desapareció, dejando a David sumido en una de esas profundas emociones que sólo se sienten tan intensamente a esta edad, sobre todo en la situación en que se encontraban aquellos dos jóvenes cisnes, a quienes la vida de provincias no había cortado aún las alas.

—¡Un corazón de oro! —exclamó David siguiendo con los ojos a Lucien, que atravesaba el taller.

Lucien bajó al Houmeau por el bonito paseo de Beaulieu, por la rue du Minage y la Porte-Saint-Pierre. Si tomaba así el camino más largo, era porque la casa de madame de Bargeton se hallaba en este trayecto. Experimentaba tanto placer en pasar por debajo de las ventanas de aquella mujer, aun sin ella saberlo, que desde hacía dos meses no volvía ya al Houmeau por la Porte-Palet.

Al llegar bajo los árboles de Beaulieu, contempló la distancia que separaba Angulema del Houmeau. Las costumbres de la región habían levantado barreras morales mucho más difíciles de salvar que las cuevas por las que bajaba Lucien. El joven ambicioso que acababa de introducirse en el hôtel de los Bargeton, lanzando la gloria como un puente tendido entre la ciudad y el arrabal, estaba inquieto por la decisión de su amada, como un favorito que teme una desgracia tras haber intentado acrecentar su poder. Estas palabras podrán parecer oscuras a quienes no han observado aún las costumbres particulares de las ciudades divididas en parte alta y parte baja, pero es tanto más necesario dar aquí algunas explicaciones sobre Angulema cuanto que ayudarán a comprender mejor a madame de Bargeton, uno de los personajes más importantes de esta historia.

Angulema es una vieja ciudad, construida en lo alto de una montaña en forma de pan de azúcar, que domina los valles por los que discurre el Charente. Esta peña domina hacia la parte del Périgord una extensa colina que termina bruscamente en el camino de París a Burdeos, formando una especie de promontorio delimitado por tres pintorescos valles. La importancia que tenía esta ciudad en tiempos de las guerras de religión está atestiguada por sus murallas, sus puertas y los vestigios de una fortaleza situada en el pico de la montaña. Su situación hacía antaño de ella un punto estratégico, igual de precioso tanto para los católicos como para los calvinistas; pero su fuerza de otros tiempos constituye hoy su debilidad; al impedirle extenderse más allá del Charente, sus murallas y la pendiente demasiado empinada de la peña la han condenado a la más funesta inmovilidad. En los tiempos en que se desarrolla esta historia, el Gobierno trataba de extender la ciudad hacia la parte del Périgord construyendo a lo largo de la colina el palacio de la Prefectura, una escuela de Marina, establecimientos militares, y abriendo nuevos caminos. Pero el Comercio había tomado ya la delantera en otra parte. Desde hacía largo tiempo, el barrio del Houmeau había crecido como las setas al pie de la peña y en las márgenes del río, a lo largo del cual pasa el camino real de París a Burdeos. Nadie ignora la fama de las papeleras de Angulema, que desde hacía tres siglos se habían establecido forzosamente junto al Charente o sus afluentes, donde encontraron saltos de agua. El Estado había creado en Ruelle su más importante

fundición de cañones para la Marina. La oficina de transportes, la de correos, las posadas, la carretería, las empresas de coches públicos, todas las industrias que viven del camino y del río, se habían agrupado en la parte baja de Angulema, a fin de evitar los problemas que presentaban sus vías de acceso. Y, naturalmente, las curtidurías, los lavaderos y todos los establecimientos náuticos se quedaron en las cercanías del Charente; luego, los almacenes de aguardientes, los depósitos de todas las materias primas transportadas por el río, y finalmente todo el tráfico fue bordeando con sus establecimientos la orilla del Charente. El barrio del Houmeau se convirtió por tanto en una ciudad rica e industrial, en una segunda Angulema, que despertó celos en la ciudad alta donde quedaron la Prefectura, el Obispado, el Palacio de Justicia y la aristocracia. Así, el Houmeau, a pesar de su activa y creciente pujanza, no fue sino un apéndice de Angulema. En las alturas, la Nobleza y el Poder; abajo, el Comercio y el Dinero; dos esferas sociales que en todas partes son perpetuamente enemigas; por ello es difícil adivinar cuál de las dos ciudades odiaba más a su rival. Nueve años de Restauración habían agravado este estado de cosas bastante tranquilo bajo el Imperio. La mayoría de las casas de la alta Angulema están habitadas o por familias nobles o por antiguas familias burguesas que viven de sus rentas y forman una especie de nación autóctona en la que los extraños jamás son recibidos. Apenas si, después de doscientos años de convivencia, si después de un entronque con una de las principales familias, una familia llegada de alguna provincia vecina se ve aceptada, a los ojos de los autóctonos parece que fue ayer cuando llegó a la región. Los prefectos, los recaudadores generales, los funcionarios estatales que se han ido sucediendo desde hace cuarenta años, han tratado de civilizar a las viejas familias encaramadas en su peña como cuervos desafiantes: las familias han aceptado sus fiestas y sus cenas, pero en lo que se refiere a recibirlos en sus casas, se han negado a ello de forma permanente. Burlonas, despectivas, envidiosas y avaras, estas casas se casan entre sí, forman en cerrado y prieto batallón para no dejar entrar ni salir a nadie; ignoran las creaciones del lujo moderno; enviar un hijo a París es para ellas querer su perdición. Esta prudencia da una idea de los usos y costumbres retrógrados de estas familias aferradas a un monarquismo obtuso, imbuidas más de devoción que propiamente religiosas, que viven todas inamovibles como su ciudad y su peña. Angulema goza, sin embargo, de gran reputación en las provincias colindantes por la educación que en ella se imparte. Las ciudades vecinas mandan a sus hijas a los pensionados y conventos. Fácil es hacerse una idea de hasta qué punto el espíritu de casta influye en los sentimientos que separan a Angulema del Houmeau. El comercio es rico, la nobleza en general pobre. La una se venga del otro mediante un desprecio igual por ambas partes. Entre la burguesía de Angulema existe el mismo enfrentamiento. Un comerciante de la parte alta dice de otro del barrio bajo, con un acento indefinible: «¡Es uno del Houmeau!». La Restauración, al restablecer la posición de la nobleza en Francia y darle unas esperanzas que no podían cumplirse sin un completo trastorno social, aumentó la distancia moral que separaba, más aún que la distancia social, a Angulema del Houmeau. La nobleza, solidaria entonces con el Gobierno, se hizo allí más exclusivista que en cualquier otro lugar de Francia. El vecino del Houmeau se parecía bastante a un paria. De ahí procedían esos sordos y profundos odios que hicieron tan espantosamente unánime la insurrección de 1830 y acabaron con las bases de un duradero Estado social en Francia. La altivez de la nobleza cortesana hizo que la nobleza provinciana se mostrara desafecta con el trono, tanto como ésta se mostró desafecta con la burguesía al herir todas sus vanidades. Un vecino del Houmeau, hijo de un farmacéutico, introducido en casa de madame de Bargeton era, por tanto, una pequeña revolución. ¿Quiénes eran sus artífices? Lamartine y Victor Hugo, Casimir Delavigne y Canalis, Béranger y Chateaubriand; Villemain y M. Aignan, Soumet y Tissot, Étienne y D'Avrigny, Benjamin Constant y Lamennais, Cousin y Michaud; en fin, tanto las viejas como las jóvenes glorias literarias, tanto los liberales como los monárquicos. Madame de Bargeton era amante de las artes y de las letras, gusto extravagante, manía altamente deplorada en

Angulema, pero que es necesario justificar al esbozar la vida de esta mujer nacida para ser célebre, mantenida en la oscuridad por unas circunstancias fatales y cuya influencia determinó el destino de Lucien.

Monsieur de Bargeton era biznieto de un regidor de Burdeos, llamado Mirault, ennoblecido bajo Luis XIII como consecuencia del largo tiempo en el ejercicio de su cargo. Bajo Luis XIV, su hijo, convertido en Mirault de Bargeton, fue oficial de la Guardia de la Porte e hizo tan excelente matrimonio de conveniencia, que posibilitó que, en tiempos de Luis XV, su hijo fuera llamado pura y simplemente monsieur de Bargeton. El tal monsieur de Bargeton, nieto de monsieur Mirault-le-Jurat, puso tanto celo en comportarse como un perfecto noble de sangre, que se comió el entero caudal de la familia y dilapidó su fortuna. Dos de sus hermanos, tíos abuelos del actual Bargeton, se hicieron negociantes, por lo que se encuentran Mirault en el comercio de Burdeos. Como las tierras de Bargeton, situadas en el Angoumois, en la jurisdicción del feudo de La Rochefoucauld, habían subsistido, así como una casa en Angulema, conocida como el hôtel de Bargeton, el nieto de monsieur de Bargeton el Derrochador heredó estas dos propiedades. En 1789 perdió sus derechos útiles y no pudo contar más que con las rentas de la tierra, que ascendían a unas diez mil libras. De haber seguido su abuelo los gloriosos ejemplos de Bargeton I y de Bargeton II, Bargeton V, a quien puede darse el sobrenombre del Mudo, habría sido marqués de Bargeton; habría entroncado con cualquier gran familia, habría sido duque y par como tantos otros; mientras que en 1805 se sintió muy halagado por su enlace con mademoiselle Marie-Louise-Anaïs de Nègrepelisse, hija de un gentilhomme olvidado desde hacía mucho tiempo en su casa solariega, pese a pertenecer a la rama menor de una de las más rancias familias del Mediodía de Francia. Hubo ya un Nègrepelisse entre los rehenes de San Luis; pero el cabeza de la rama mayor lleva el ilustre nombre de Espard, ganado en tiempos de Enrique IV, por un matrimonio con la heredera de esta familia. Este gentilhomme, segundón de un segundón, vivía en la propiedad de su mujer, una pequeña hacienda sita cerca de Barbezieux, la cual explotaba a las mil maravillas llevando a vender su trigo al mercado, haciéndose él mismo su vino y burlándose de las chanzas ajenas con tal de embolsarse unos escudos y poder engrandecer de vez en cuando sus posesiones. Unas circunstancias que suceden más bien raramente en lo profundo de las provincias habían inspirado a madame de Bargeton el gusto por la música y una inclinación por la literatura. Durante la Revolución, un tal abate Niollant, el mejor discípulo del abate Roze, se refugió en el pequeño castillo del Escarbas, trayendo consigo su bagaje de compositor. Pagó con largueza la hospitalidad del viejo gentilhomme, educando a su hija, Anaïs, a la que para abreviar se llamaba Naïs, y que sin esta aventura habría quedado abandonada a sí misma o, aún peor, en manos de cualquier doncella. El abate no sólo era músico, sino que poseía también unos conocimientos bastante vastos de literatura y sabía italiano y alemán. Enseñó, pues, estas dos lenguas y el contrapunto a mademoiselle de Nègrepelisse; le explicó las grandes obras literarias de Francia, de Italia y de Alemania, descifrando con ella la música de todos los grandes maestros. Por último, para combatir la holganza de la gran soledad a la que les condenaban los acontecimientos políticos, le enseñó griego y latín y le dio cierto barniz de ciencias naturales. La presencia de una madre no modificó en absoluto esta educación masculina en una joven ya de por sí demasiado inclinada a la independencia debido a la vida campestre. El abate Niollant, alma entusiasta y poética, era sobre todo notable por el espíritu peculiar de los artistas que comporta varias cualidades apreciables, pero que se eleva por encima de las ideas burguesas por la libertad de juicio y la amplitud de miras. Si en la vida de mundo este carácter se hace perdonar sus temeridades por su profundidad original, en la vida privada puede parecer perjudicial por los extravíos que inspira. El abate no carecía de corazón, y sus ideas fueron, por tanto, contagiosas para una muchacha en quien la natural exaltación de los jóvenes se veía reafirmada

por la soledad del campo. El abate Niollant infundió a su alumna su audaz espíritu crítico y su seguridad de juicio, sin pensar que estas cualidades tan necesarias en un hombre se convierten en defectos en una mujer destinada a las humildes ocupaciones de una madre de familia. Pese a que el abate recomendaba continuamente a su alumna ser tanto más graciosa y modesta cuanto más iba aumentando su saber, mademoiselle de Nègrepelisse se hizo una excelente opinión de sí misma y concibió un sólido desprecio por la Humanidad. Al no ver a su alrededor sino a inferiores y a gentes dispuestas a obedecerla, adquirió la altanería de las grandes damas, sin poseer las sutiles astucias de su cortesía. Halagada en todas sus vanidades por un pobre abate que se admiraba en ella como un autor en su obra, tuvo la desgracia de no encontrar punto alguno de comparación que le ayudara a juzgarse a sí misma. La falta de vida social es uno de los mayores inconvenientes de la vida rural. Cuando no se está obligado a hacer por el prójimo esos pequeños sacrificios exigidos por la urbanidad y el arreglo personal, se acaba por adquirir la costumbre de no preocuparse por los demás. Entonces todo se vicia en nosotros, tanto las formas como el talento. Al no verse reprimido por el trato de la sociedad, el atrevimiento en las ideas de mademoiselle de Nègrepelisse pasó a sus maneras y a su mirada; tenía ese aire desenvuelto que parece en principio original, pero que solamente sienta bien a las mujeres de rompe y rasga. Así esta educación, cuyas asperezas se habrían ido puliendo en las altas esferas sociales, había de hacerla ridícula en Angulema en cuanto sus adoradores dejaran de divinizar errores, unos errores que sólo hacen gracia en la juventud. En cuanto a monsieur de Nègrepelisse, habría dado todos los libros de su hija con tal de salvar a un buey enfermo; pues era tan avaro que no le habría concedido ni dos ochavos más de la pensión a que tenía derecho, por más que se hubiera tratado de comprarle la bagatela más necesaria para su educación. El sacerdote murió en 1802, antes del casamiento de su querida niña, casamiento que sin duda habría desaconsejado. El viejo gentilhomme se encontró muy incómodo con su hija tras la muerte del abate. Se sentía demasiado débil para sostener la lucha que iba a estallar entre su avaricia y el espíritu independiente de su ociosa hija. Como todas las jóvenes que se han salido del camino trazado por el que deben de transitar las mujeres, Naïs se había hecho su propia idea del matrimonio y éste le interesaba muy poco. Le repugnaba someter su inteligencia y su persona a unos hombres sin valor ni grandeza personal, como los que hasta entonces había podido conocer. Quería mandar y le habría tocado obedecer. Entre obedecer a unos groseros caprichos y a unos espíritus sin indulgencia para con sus gustos o huir con un amante que le gustara, no habría dudado. Monsieur de Nègrepelisse era aún lo bastante noble como para temerse un matrimonio desigual. Lo mismo que muchos otros padres, decidió casar a su hija pensando menos en ella que en su propia tranquilidad. Necesitaba a un noble o a un gentilhomme de pocos alcances, incapaz de discutir sobre las cuentas de la tutela que quería presentar a su hija, lo bastante carente de luces y de voluntad como para que Naïs pudiera actuar a su antojo y lo bastante desinteresado como para casarse con ella sin dote. Pero ¿cómo encontrar un yerno que conviniera por igual al padre y a la hija? Un hombre semejante era el fénix de los yernos. Con este doble interés, monsieur de Nègrepelisse estudió a los hombres de la provincia, y le pareció que monsieur de Bargeton era el único que respondía a sus planes. Monsieur de Bargeton, un cuarentón bastante cascado por la disipada vida amorosa que había llevado en su juventud, revelaba poseer una notable cortedad mental; pero justo le quedaba el suficiente buen juicio como para administrar su fortuna y los suficientes modales como para seguir viviendo en Angulema sin cometer torpezas ni tonterías. Monsieur de Nègrepelisse le explicó muy crudamente a su hija el valor negativo del marido modelo que le proponía y le hizo ver las ventajas que podía sacar de dicha situación para su propia felicidad: se casaba con un escudo de armas con más de doscientos años de antigüedad: escudo cuartelado: 1.º, en campo de oro, tres cabezas descarnadas de ciervo de gules; 2.º y 1.º de sable, cruzados por tres cabezas de buey; 1.º y 2.º fajados de azur y plata de seis piezas; 3.º, 2.º y 1.º cargados

el azul con seis conchas de oro. Con aquel marido protector, tomaría las riendas de su destino, al abrigo de una posición social y con la ayuda de las relaciones que le proporcionarían en París su inteligencia y su belleza. Naïs se sintió seducida ante tal perspectiva de libertad. Monsieur de Bargeton creyó que hacía un brillante matrimonio, considerando que su suegro no tardaría en dejarle unas tierras que con tanto amor agrandaba; pero en aquel momento monsieur de Nègrelisse parecía tener que escribir el epitafio de su yerno.

Madame de Bargeton tenía a la sazón treinta y seis años y su marido cincuenta y ocho. Esta disparidad contrastaba tanto más cuanto que monsieur de Bargeton aparentaba setenta años, mientras que su mujer podía impunemente hacer el papel de jovencita, vestirse de rosa o peinarse como una niña. Pese a que su fortuna no excedía las doce mil libras de renta, figuraba entre las seis más importantes de la vieja ciudad, si exceptuamos a los comerciantes y a los funcionarios estatales. La necesidad de cultivar el trato con su padre, cuya herencia madame de Bargeton esperaba para trasladarse a París, y que le hizo esperar tanto que su yerno murió antes que él, obligó a monsieur y a madame de Bargeton a vivir en Angulema, donde las brillantes cualidades del espíritu y las riquezas en bruto ocultas en el corazón de Naïs habían de perderse sin dar fruto, para irse trocando con el paso del tiempo en ridiculeces. Efectivamente, nuestras ridiculeces son causadas en gran medida por un bello sentimiento, una virtud o unas facultades llevadas al extremo. El orgullo que no se refina con el trato del gran mundo se transforma en rigidez que se apega a simples pequeñeces en vez de crecer en un círculo de sentimientos elevados. La exaltación, esa virtud dentro de la virtud, que engendra a los santos, que inspira los sacrificios secretos y las brillantes poesías, se convierte en exageración al aplicarla a las naderías de provincias. Lejos del centro en el que brillan los grandes espíritus, donde el aire está cargado de pensamientos, donde todo se renueva, la instrucción envejece, el gusto se desnaturaliza como si de agua estancada se tratase. A falta de ejercicio, las pasiones se empequeñecen al agrandarse las nimiedades. Es ahí donde ha de buscarse la razón de la avaricia y de los comadreoos que infestan la vida de provincias. La imitación de las ideas estrechas y de los comportamientos mezquinos no tarda en adueñarse de la persona más distinguida. Y así perecen hombres nacidos para ser grandes, y mujeres que, enmendadas por las enseñanzas del mundo y formadas por unos espíritus superiores, habrían sido encantadoras. Madame de Bargeton tomaba la lira a propósito de cualquier bagatela, sin distinguir las poesías personales de las públicas. Hay, en efecto, ciertas sensaciones incomprendidas que hay que guardarse para sí. Verdad es que una puesta de sol es un gran poema, pero una mujer ¿no es acaso ridícula al describirla con frases enfáticas ante un público de gentes prosaicas? Existe esa clase de goces que solamente pueden saborearse entre dos, de poeta a poeta, de corazón a corazón. Tenía ella el defecto de emplear esas grandes frases recargadas de palabras enfáticas, tan ingeniosamente llamadas «paparruchas» en la jerga del periodismo, de las que todas las mañanas ofrece una buena ración a sus suscriptores, quienes se las tragan a pesar de ser muy poco digeribles. Prodigaba demasiado unos superlativos que volvían pesada su conversación en la que la más mínima cosa adquiría unas proporciones gigantescas. Fue en aquella época cuando comenzó a tipificar, individualizar, sintetizar, dramatizar, superlativizar, analizar, poetizar, prosaizar, colosificar, angelizar, neologizar y tragiquizar, pues es preciso violar por un momento la lengua para describir nuevos defectos que comparten algunas mujeres. Por otra parte, su espíritu se inflamaba tanto como su lenguaje. Tenía el ditirambo en el corazón y en los labios. Palpitaba, desfallecía y se entusiasmaba con cualquier acontecimiento: por la abnegación de una monja, por la ejecución de los hermanos Faucher, tanto por el Ipsiboé de monsieur d'Arincourt como por el Anaconda de Lewis, tanto por la evasión de Lavalette como por una de sus amigas que había logrado poner en fuga a unos ladrones dando gritos. Todo era para ella sublime,

extraordinario, extraño, divino, maravilloso. Se animaba, se enojaba, caía en el abatimiento, se levantaba, volvía a caer, miraba el cielo o la tierra; sus ojos se llenaban de lágrimas. Malgastaba su vida en perpetuas admiraciones y se consumía en medio de extraños desdenes. Se imaginaba al bajá de Janina y habría querido luchar con él en su serrallo, y encontraba algo de grandeza en ser metida en un saco cerrado y arrojada al agua. Envidiaba a lady Esther Stanhope, aquella marisabidilla del desierto. Sentía ganas de hacerse hermana de santa Camila e ir a morir de fiebre amarilla en Barcelona cuidando enfermos: ¡eso sí que era un objetivo grande y noble! En una palabra, se sentía sedienta de todo cuanto no fuera el agua clara de su vida, oculta entre las hierbas. Adoraba a Lord Byron, a Jean-Jacques Rousseau y todas las vidas poéticas y dramáticas. Tenía lágrimas para todas las desgracias y fanfarrias para todas las victorias. Simpatizaba con Napoleón vencido y también con Mehmet Alí mientras masacraba a los tiranos de Egipto. En suma, rodeaba a las personas de genio de una aureola y creía que vivían en medio de perfumes y de luz. A mucha gente le parecía que era una loca cuya locura no era peligrosa; pero sin duda a un observador perspicaz tales cosas habrían parecido las ruinas de un magnífico amor desmoronado no bien construido, los restos de una Jerusalén celestial, en resumidas cuentas, el amor sin el amado. Y era verdad. La historia de los dieciocho primeros años de matrimonio de madame de Bargeton puede escribirse en pocas palabras. Vivió durante algún tiempo de su propia sustancia y de lejanas esperanzas. Luego, tras haber reconocido que la vida de París, a la que aspiraba, le estaba vedada a causa de lo mediocre de su fortuna, se puso a estudiar a las personas que la rodeaban y se estremeció de su soledad. No veía a su alrededor a ningún hombre que pudiera inspirarle una de esas locuras a las que las mujeres se entregan, empujadas por la desesperación que les causa una vida sin escapatoria, acontecimientos ni interés. No podía contar con nada, ni siquiera con el azar, pues hay vidas sin azar. En los tiempos en que el Imperio brillaba en toda su gloria, con ocasión del paso de Napoleón a España, adonde enviaba a la flor y nata de su ejército, las esperanzas de esta mujer, hasta entonces defraudadas, se despertaron. La curiosidad la empujó naturalmente a contemplar a aquellos héroes que conquistaban Europa a una palabra que figuraba en la orden del día, y que reverdecían las fabulosas hazañas de la caballería. Hasta las ciudades más avariciosas y refractarias se veían obligadas a festejar a la Guardia Imperial, a cuyo encuentro salían los alcaldes y los prefectos, con una arenga en los labios, como en tiempos de la Monarquía. Madame de Bargeton, que asistió a un baile ofrecido a la ciudad por uno de los regimientos, se quedó prendada de un gentilhombre, simple teniente a quien el astuto Napoleón había prometido el bastón de mariscal de Francia. Esta pasión contenida, noble y grande, que tanto contrastaba con las pasiones de aquel entonces, tan fáciles de anudar y desanudar, fue castamente consagrada por la mano de la muerte. En Wagram, una bala de cañón estalló en el corazón del marqués de Cante-Croix, destrozando el único retrato que acreditaba la belleza de madame de Bargeton. Lloró durante mucho tiempo a aquel apuesto muchacho, que en sólo dos campañas había alcanzado el grado de coronel, exaltado por la gloria y el amor, y que anteponía una carta de Naïs a las distinciones imperiales. El dolor dejó en el rostro de esta mujer un velo de tristeza. Esta nube no se disipó hasta la edad terrible en que la mujer comienza a añorar sus buenos tiempos pasados sin haberlos disfrutado, cuando ve marchitarse sus rosas y cuando los deseos del amor renacen con el ansia de prolongar las últimas sonrisas de la juventud. Todas sus cualidades superiores ulceraron su alma en el momento en que se apoderó de ella el frío de la provincia. Al igual que el armiño, se habría muerto de pena si, por una casualidad, se hubiera mancillado al contacto de unos hombres que no pensaban más que en jugarse unas monedas por la noche tras haber cenado bien. Su orgullo la preservó de los tristes amoríos de provincias. Entre la nulidad de los hombres que la rodeaban y la nada, una mujer tan superior tuvo que elegir la nada. Así, el matrimonio y la vida de sociedad fueron para ella un monasterio. Vivió para la poesía como la carmelita vive para la religión. Las obras de los ilustres

extranjeros, desconocidos hasta aquel entonces, y que se publicaron entre 1815 y 1821, los grandes tratados de Bonald y de De Maistre, esas dos águilas pensantes, y, por último, las obras menos grandiosas de la literatura francesa, que tan vigorosamente dio sus primeros frutos, hermosearon su soledad, pero no dulcificaron ni su carácter ni su persona. Se mantuvo recta y fuerte como un árbol que ha aguantado un rayo sin haber sido abatido. Su dignidad se hinchó, su realeza la hizo preciosa y quinta-esenciada. Como todos los que se dejan adular por unos cortesanos cualesquiera, dominaba con todos sus defectos. Tal era el pasado de madame de Bargeton, fría historia que era necesario contar para que puedan comprenderse sus relaciones con Lucien, que fue introducido en su casa de modo harto singular. Durante el último invierno había llegado a la ciudad una persona que animó la vida monótona que llevaba madame de Bargeton. El puesto de director de contribuciones indirectas había quedado vacante y monsieur de Barante envió para ocuparlo a un hombre cuyo destino aventurero decía en su favor lo bastante como para que la curiosidad femenina le sirviera de pasaporte para ser recibido en casa de la reina de la región.

Monsieur du Châtelet, venido al mundo bajo el nombre de Sixte Châtelet a secas, pero que desde 1806 había tenido la feliz ocurrencia de atribuirse la partícula ennoblecedora, era uno de esos jóvenes agradables que, bajo Napoleón, escaparon a todas las levadas permaneciendo junto al sol imperial. Había iniciado su carrera como primer secretario de una princesa imperial. Monsieur du Châtelet reunía todas las incapacidades exigidas para su puesto. Bien plantado, apuesto, buen bailarín, sabía jugar al billar, era ágil en todos los ejercicios, mediocre actor de salón, cantante de romanzas, aplaudidor de dichos graciosos, dispuesto a todo, dúctil, envidioso, lo sabía todo y nada. Ignorante en música, acompañaba al piano mal que bien a una mujer que quería cantar por simple amabilidad una romanza aprendida con mil esfuerzos durante un mes. Incapaz de comprender la poesía, pedía audazmente permiso para pasear durante diez minutos a fin de hacer una improvisación, alguna cuarteta insulsa y en la que la rima suplía la falta de ideas. Monsieur du Châtelet estaba también dotado del talento de acabar la tapicería cuyas flores había empezado la princesa; sostenía con infinita gracia la madeja de seda que ella iba devanando, mientras le decía insustancialidades en las que la indecencia se escondía debajo de un velo más o menos agujereado. Ignorante en pintura, sabía copiar un paisaje, esbozar a lápiz un perfil, bosquejar un vestido y colorearlo. En fin, poseía todos esos pequeños talentos que eran tan grandes medios de fortuna en una época en que las mujeres han tenido una influencia mayor de lo que se cree en todos los asuntos. Se preciaba de poseer amplios conocimientos en diplomacia, la ciencia de los que no tienen ninguna y que resultan profundos por su vacuidad; ciencia, por otra parte, muy cómoda en el sentido de que se demuestra por el ejercicio mismo de sus altas funciones; porque necesitando hombres discretos, permite que los ignorantes no digan nada, refugiándose en misteriosas inclinaciones de cabeza; y porque, finalmente, el hombre más experto es el que nada manteniendo su cabeza fuera del río de los acontecimientos, pareciendo así dirigirlos, lo cual se convierte en una simple cuestión de falta de peso específico. Como en las artes, se encuentran en ella mil mediocridades por cada hombre de genio. Sin embargo, a pesar de sus servicios ordinarios y extraordinarios cerca de su Alteza Imperial, el crédito de que gozaba su protectora no había podido encontrarle un puesto en el Consejo de Estado: y no porque no hubiera sido un delicioso maître des requêtes como tantos otros, sino porque la princesa consideraba que estando con ella estaba mejor que en cualquier otra parte. Sin embargo fue nombrado barón y fue a Kassel como enviado extraordinario, y, en efecto, pareció ser muy extraordinario. Dicho en otras palabras, Napoleón, durante una crisis, se sirvió de él como correo diplomático. En el momento en que cayó el Imperio, el barón Du Châtelet contaba con la promesa de ser nombrado ministro plenipotenciario en Westfalia, cerca de Jerónimo. Tras haber perdido lo que él llamaba una embajada de

familia, le entró la desesperación; hizo un viaje a Egipto en compañía del general Armand de Montriveau. Separado de su compañero por una serie de singulares acontecimientos, anduvo errante durante dos años de desierto en desierto, de oasis en oasis, de tribu en tribu, cautivo de los árabes, que se lo vendían unos a otros sin poder sacar el menor provecho de sus aptitudes. Finalmente llegó a los dominios del imán de Mascate, mientras Montriveau se dirigía a Tánger, pero tuvo la suerte de encontrar en Mascate un navío inglés que se hacía a la vela, y pudo regresar a París un año antes que su compañero de viaje. Sus recientes desgracias, algunas relaciones que conservaba de otro tiempo y los favores hechos a algunos personajes que entonces gozaban de favor, le valieron una recomendación para el presidente del Consejo, quien lo colocó junto a monsieur de Barante, en espera de que quedara vacante una dirección general. El papel desempeñado por monsieur du Châtelet cerca de su Alteza Imperial, su reputación de hombre galante, las singulares peripecias de su viaje, sus sufrimientos, todo ello excitó la curiosidad de las damas de Angulema. Informado de las costumbres de la ciudad alta, el señor barón Sixte du Châtelet se comportó en consecuencia. Se hizo el enfermo, interpretó el papel de un hombre a disgusto y hastiado. A la menor oportunidad se cogía la cabeza entre las manos como si sus padecimientos no le dieran un momento de tregua, pequeño ardid que recordaba su viaje y le hacía interesante. Visitó a las mayores autoridades, al general, al prefecto, al recaudador general y al obispo; pero en todas partes se mantuvo frío, educado y ligeramente desdeñoso como esas personas que no están en el lugar que les corresponde y que esperan los favores del poder. Dejó adivinar sus dotes de hombre de mundo, que ganaron al no ser conocidas; y luego, tras haberse hecho desear sin dejar que la curiosidad decayese, tras haber constatado la nulidad de los hombres y haber examinado hábilmente a las mujeres durante varios domingos en la catedral, reconoció en madame de Bargeton a la persona cuya intimidad le convenía. Depositó su confianza en la música para que le fueran abiertas las puertas de aquel palacio, impenetrable a los forasteros. Secretamente se consiguió una misa de Miroir y la estudió al piano; luego, un domingo en el que toda la sociedad de Angulema se encontraba en misa, extasió a los ignorantes tocando el órgano y despertó el interés que ya acompañaba a su persona haciendo circular, discretamente, su nombre por entre los miembros del bajo clero. A la salida de la iglesia, madame de Bargeton le felicitó y lamentó no tener ocasión de interpretar música juntos; durante este encuentro buscado, consiguió, naturalmente, hacerse ofrecer el pasaporte que no hubiera obtenido de haberlo solicitado. El hábil barón fue a casa de la reina de Angulema, a la que prodigó atenciones comprometedoras. Este viejo lechuguino, pues contaba ya cuarenta y cinco años, vio en esta mujer toda una juventud que reanimar, tesoros que revalorizar y tal vez una viuda rica en perspectiva de casarse, en una palabra, una alianza con la familia de los Nègrelisse, que le permitiría abordar en París a la marquesa de Espard, cuya influencia podía abrirle de nuevo las puertas de la carrera política. A pesar del muérdago sombrío y lujuriente que dañaba a este hermoso árbol, decidió dedicarse a él, podarlo y cultivarlo para obtener de él buenos frutos. La Angulema noble puso el grito en el cielo por la intromisión de este infiel en la alcazaba, pues el salón de madame de Bargeton era el cenáculo de una sociedad pura de toda mezcla. Sólo el obispo iba allí habitualmente, el prefecto era recibido solamente dos o tres veces al año; el recaudador general de tributos no ponía los pies en él; madame de Bargeton iba a sus reuniones y conciertos, y no cenaba nunca en su casa. No recibir al recaudador general y aceptar a un simple director de tributos suponía un trastrueque de la jerarquía que pareció inconcebible a las autoridades desdeñadas.

Quienes en alas del pensamiento son capaces de comprender unas pequeñeces que se encuentran por lo demás en cada esfera social, comprenderán hasta qué punto imponía el hôtel de Bargeton a la burguesía de Angulema. En cuanto al Houmeau, las grandezas de este Louvre de poca monta, la gloria

de ese hôtel de Rambouillet angulemino brillaba a una distancia solar. Todos cuantos allí se reunían eran los espíritus más lamentables, las inteligencias más insignificantes, los más pobres señores en veinte leguas a la redonda. La política se explayaba en trivialidades verbosas y apasionadas; La Quotidienne era juzgado allí tibio, Luis XVIII era tachado de jacobino. En cuanto a las mujeres, en su mayoría tontas y sin gracia, vestían mal, todas adolecían de alguna imperfección que las desvirtuaba, nada allí era completo, ni la conversación, ni el arreglo personal, ni el espíritu, ni la carne. Sin sus miras puestas en madame de Bargeton, Châtelet no habría podido aguantarlo. Sin embargo, los modales y el espíritu de casta, el aire noble, el orgullo del noble de castillejo y el conocimiento de las leyes de la cortesía, disimulaban todo este vacío. Allí la nobleza de sentimientos era mucho más real que en la esfera de las grandezas parisienses; irradiaba allí a pesar de todo una respetable adhesión a los Borbones. Esta sociedad podía compararse, si tal imagen fuera admisible, a un servicio de plata de estilo antiguo, ennegrecido, pero macizo. El inmovilismo de sus opiniones políticas guardaba cierto parecido con la fidelidad. La distancia que mediaba entre ella y la burguesía, la dificultad de entrar en ella, simulaban una especie de elevación y le conferían un valor convencional. Cada uno de aquellos nobles tenía su valor para los habitantes, lo mismo que los cauris representan el dinero entre los negros de Bámbara. Varias mujeres, halagadas por monsieur du Châtelet y reconociendo en él una superioridad de la que carecían los hombres de su círculo social, calmaron la insurrección de los amores propios: todas esperaban ocupar el puesto dejado vacante por su Alteza Imperial. Los puristas pensaron que verían al intruso en casa de madame de Bargeton, pero que no sería recibido en ninguna otra. Du Châtelet hubo de aguantar varias impertinencias, pero se mantuvo en su sitio cultivando la amistad del clero. Luego halagó los defectos que el terruño había producido en la reina de Angulema, le trajo todos los libros nuevos y le leía las poesías que se iban publicando. Se extasiaban juntos con las obras de los poetas jóvenes, ella de buena fe, él aburriéndose, pero tomándose con paciencia a los poetas románticos que, como hombre de la escuela imperial, difícilmente comprendía. A madame de Bargeton, entusiasmada por el renacimiento debido a la influencia de los lises, le gustaba Chateaubriand por haber llamado a Victor Hugo un niño sublime. Triste por no conocer al genio más que de lejos, suspiraba por París, donde vivían los grandes hombres. Monsieur du Châtelet creyó entonces maravillarla haciéndole saber que existía en Angulema otro niño sublime, un joven poeta que, sin saberlo, sobrepasaba en brillantez el esplendor sideral de las constelaciones parisienses. ¡Un futuro gran hombre había nacido en el Houmeau! El director del instituto había enseñado unas admirables composiciones poéticas al barón. Pobre y modesto, el chico era un Chatterton sin cobardía política, sin el odio feroz contra la alta sociedad que llevó al poeta inglés a escribir panfletos contra sus benefactores. En medio de las cinco o seis personas que compartían su afición por las artes y las letras, este porque rasgueaba el violín, aquel porque manchaba más o menos el papel blanco con sepia, uno en su calidad de presidente de la Sociedad de Agricultura, el otro en virtud de una voz de bajo que le permitía cantar a manera de toque de acoso el *Se fiato in corpo avete*; entre todos estos tipos estrambóticos, madame de Bargeton se encontraba como un hambriento ante una comida de teatro, donde los manjares son de cartón. Por ello, nada podría describir su alegría cuando se enteró de esta noticia. Quiso conocer a aquel poeta, ¡a aquel ángel!; se excitó, se entusiasmó y habló de ello durante dos horas seguidas. A la mañana siguiente, el antiguo correo diplomático había negociado por mediación del director del instituto la presentación de Lucien en casa de madame de Bargeton.

Sólo vosotros, pobres ilotas de provincias para quienes las distancias sociales son más largas de recorrer que para los parisienses, que las ven acortarse cada día más, sólo vosotros que soportáis todo el peso de las rejas detrás de las cuales cada uno de los diferentes mundos de esta tierra se lanzan uno al

otro anatemas y se llaman Raca, sólo vosotros comprenderéis el trastorno que se produjo en el cerebro y el corazón de Lucien Chardon cuando su imponente director del instituto le dijo que ¡las puertas del hôtel de Bargeton iban a abrirse para él!, ¡la gloria las había hecho girar sobre sus goznes!, sería bien recibido en aquella casa cuyos viejos frontones atraían su mirada cuando por la noche se paseaba por Beaulieu con David, diciéndose que sus nombres tal vez nunca llegarían a esos oídos duros y sordos al saber cuándo éste viene de tan abajo. Sólo su hermana estuvo en el secreto. Como buena ama de casa y divina profetisa que era, Ève sacó algunos luises del tesoro para comprarle unos escarpines finos a Lucien en el mejor zapatero de Angulema y un traje nuevo en el mejor sastre. Le guarneció su mejor camisa con una chorrera que ella misma almidonó y plisó. ¡Qué alegría sintió cuando le vio vestido!, ¡qué orgullosa se sintió de su hermano!, ¡cuántas advertencias le hizo! Se preocupó de mil pequeñas tonterías. La tendencia a la meditación de Lucien le había hecho adquirir la costumbre de acodarse tan pronto como se sentaba, llegando al extremo de acercarse una mesa para poder apoyarse en ella; Ève le prohibió que en el santuario de la aristocracia se abandonara a unos modales desenvueltos. Le acompañó hasta la Porte-Saint-Pierre, llegó casi enfrente de la catedral y le vio tomar por la rue de Beaulieu, para llegar hasta la entrada, donde le esperaba monsieur du Châtelet. Luego la pobre muchacha se quedó emocionada como si hubiera tenido lugar un gran acontecimiento. Lucien en casa de madame de Bargeton era para Ève la aurora de la fortuna. La santa criatura ignoraba que donde empieza la ambición cesan los sentimientos ingenuos. Al llegar a la rue du Minage, el exterior del palacio no sorprendió en absoluto a Lucien. Este Louvre al que su imaginación había atribuido dimensiones gigantescas era una casa construida en piedra blanda particular de la región, y dorada por el tiempo. El aspecto del edificio, muy triste desde la calle, era en su interior muy sencillo: había el típico patio de provincias, frío y limpio; una arquitectura sobria, casi monástica, pero bien conservada. Lucien subió por una vieja escalera con pasamanos de castaño, cuyos escalones dejaban de ser de piedra en el primer piso. Después de atravesar una exigua antecámara y un gran salón escasamente iluminado, encontró a la soberana en un saloncito artesonado con madera tallada al gusto del pasado siglo y pintada de gris. La parte superior de las puertas estaban pintadas en camafeo. Un viejo damasco rojo, no muy a tono, adornaba los entrepaños. Los muebles de viejo estilo estaban piadosamente ocultos debajo de unas fundas a cuadros rojos y blancos. El poeta vio a madame de Bargeton sentada en un canapé con el asiento mullido de piqué, ante una mesa redonda cubierta con un tapete verde, iluminada con un quinqué de estilo antiguo, de dos bujías y con pantalla. La reina no se levantó, se rebulló con mucha gracia en su asiento, sonriéndole al poeta, a quien aquel serpenteo produjo una gran emoción, encontrándolo distinguido. La excesiva belleza de Lucien, la timidez de sus maneras, su voz, todo en él causó una gran impresión en madame de Bargeton. El poeta era la encarnación de la poesía. El joven examinó, con discretas ojeadas, a esta mujer que le pareció estar a la altura de su renombre; no se sentía defraudado en ninguna de sus ideas sobre lo que era una gran dama. Madame de Bargeton lucía, siguiendo una nueva moda, un gorrito acuchillado de terciopelo negro. Este tocado de reminiscencias medievales parecía muy a propósito para seducir a un joven y para agigantar, digámoslo así, a la mujer; y se escapaba de él una loca cabellera rubicunda, dorada a la luz y encendida en torno a los rizos. La noble dama tenía el color de tez resplandeciente con que una mujer compensa los supuestos inconvenientes de este color leonado. Sus ojos grises centelleaban, su frente ya surcada de arrugas los coronaba perfectamente con la blanca masa de su audaz peinado; estaban rodeados de una franja nacarada en la que, a cada lado de la nariz, unas venas azules hacían resaltar la blancura de este delicado marco. La nariz era de una curvatura borbónica, que aumentaba el fuego de una cara alargada, presentándola como un punto brillante que delataba la regia impulsividad de los Condé. Los cabellos no ocultaban por completo el cuello. El vestido, cruzado al descuido, dejaba entrever un pecho níveo, en el

que el ojo adivinaba unos senos intactos y bien formados. Con sus dedos afilados y cuidados, pero un tanto secos, madame de Bargeton hizo al joven poeta un gesto amistoso para indicarle la silla que estaba a su lado. Monsieur du Châtelet ocupó un sillón. Lucien se dio cuenta entonces de que estaban solos. La conversación de madame de Bargeton embriagó al poeta del Houmeau. Las tres horas que pasó junto a ella fueron para Lucien uno de esos sueños que se quisieran eternizar. Encontró a esta mujer más bien enflaquecida que flaca, amante sin amor, enfermiza pese a su vigor; sus defectos, que exageraban sus maneras, fueron de su agrado, porque los jóvenes comienzan gustando de la exageración, esa mentira de las almas bellas. No reparó en sus ajadas mejillas, picadas de pequeñas pústulas rojas, y a las que las penas y algunos sufrimientos habían dado un tono color ladrillo. Su imaginación quedó cautivada al principio por aquellos ojos de fuego, por aquellos elegantes bucles por los que se derramaba la luz, por aquella resplandeciente blancura, puntos luminosos en los que quedó atrapado como una falena en una bujía. Acto seguido, aquella alma habló demasiado a la suya para que pudiera juzgar a la mujer. El brío de esta exaltación femenina, la inspiración de las frases algo anticuadas que desde hacía mucho tiempo repetía madame de Bargeton, pero que a él le parecieron nuevas, le fascinaron tanto más cuanto que él quería encontrarlo todo bien. No había traído ninguna poesía para poder leerla, pero no hubo necesidad de ello: había olvidado sus versos para tener así una excusa para volver; madame de Bargeton no se había referido a ello para comprometerle a hacer una lectura para ella cualquier otro día. ¿No era éste un primer acuerdo? Aquella acogida no le gustó nada a monsieur Sixte du Châtelet. Cayó demasiado tarde en la cuenta de que aquel apuesto joven podía ser un rival, al que acompañó hasta una esquina de la primera cuesta abajo de Beaulieu, para ayudarle con su diplomacia. No fue poco el asombro de Lucien al oír jactarse al director de contribuciones indirectas de haberle introducido y aprovechándose de ello para darle unos consejos.

Dios quiera que fuese tratado mejor que él, decía monsieur du Châtelet. La corte era menos impertinente que aquella sociedad de cernícalos. Se recibían en ella heridas mortales y había que tragarse terribles desprecios. La Revolución de 1789 volvería a repetirse si aquella gente no se corregía. Por lo que se refería a él, si seguía yendo a aquella casa era por madame de Bargeton, la única mujer de alguna calidad que había en Angulema y a la que había cortejado para entretener sus ocios y de la que se había enamorado locamente. No iba a tardar en poseerla, pues era amado y todo dejaba entrever que sería así. La sumisión de aquella reina orgullosa sería la única venganza que obtendría de esa tonta casa de hidalgüelos.

Châtelet hablaba de su pasión con el tono de un hombre capaz de dar muerte a un rival si hubiese encontrado a alguno. El viejo mariposón imperial cayó con todo su peso sobre el pobre poeta, tratando de aplastarle con su importancia y atemorizarle. Se hinchó al contar exagerándolos los peligros de su viaje; pero si bien causó efecto en la imaginación del poeta, no amedrentó en absoluto al enamorado.

Tras esta velada, a despecho del viejo fatuo, y no obstante sus amenazas y sus aires de burgués matasiete, Lucien había vuelto a casa de madame de Bargeton, primeramente con la discreción de un hombre del Houmeau, y seguidamente se familiarizó pronto con lo que de entrada le había parecido un enorme favor, y fue a verla cada vez con más asiduidad. Para las gentes de esta sociedad, el hijo de un farmacéutico era un ser sin importancia. Al comienzo, si algún gentilhombre o algunas mujeres de visita en casa de Naïs se encontraban con Lucien, todos tenían con él la abrumadora cortesía que emplean las personas de rango con los inferiores. Lucien encontró primeramente este mundo muy fascinante, pero más tarde comprendió de qué sentimiento derivaban aquellas falaces atenciones. No tardó en sorprender algunos aires protectores que revolvieron su bilis y que reforzaron en él las rencorosas ideas

republicanas con las que muchos de estos futuros patricios se acercan a la alta sociedad. Pero cuántos sufrimientos no habría soportado por Naïs, a la que oía llamar así, pues entre los íntimos de este clan, lo mismo que entre los Grandes de España o los personajes de la crême de Viena, se llamaban, tanto hombres como mujeres, por sus diminutivos, último matiz inventado para dar un toque de distinción dentro de la aristocracia angulemina.

Lucien amó a Naïs como todo joven ama a la primera mujer que lo adula, pues Naïs pronosticaba un gran porvenir, una inmensa gloria a Lucien. Madame de Bargeton echó mano de toda su habilidad para establecer en su casa a su poeta: no sólo lo ensalzaba más de la cuenta, sino que le presentaba además como un muchacho sin fortuna al que quería encontrar una colocación y le disminuía a fin de poder conservarlo; hacía de él su lector, su secretario; pero le amaba más de lo que creía poder amar después de la espantosa desgracia que le había ocurrido. En su fuero interno se hacía duros reproches, diciéndose que habría sido una locura querer a un joven de veinte años que ya por su posición se encontraba a tanta distancia de ella. Sus familiaridades se veían caprichosamente desmentidas por la altanería que le inspiraban sus escrúpulos. Se mostraba unas veces altanera, otras protectora; unas veces afectuosa, otras adúladora. De entrada, intimidado por el alto rango de esta mujer, a Lucien le dominaron todos los terrores, las esperanzas y desesperanzas que acompañan al primer amor y lo sitúan de forma tan preeminente en el corazón por los golpes que alternativamente asestan el dolor y el placer. Durante dos meses vio en ella a una benefactora que iba a ocuparse de él maternalmente. Pero pronto comenzaron las confidencias. Madame de Bargeton llamó a su poeta querido Lucien; luego, simplemente querido. El poeta, enardecido, llamó a esta gran dama Naïs. Ella, al oírle llamarla así, tuvo uno de esos ataques de ira que tanto seducen a los niños; le reprochó usar un nombre del que todos se servían. La altiva y noble Nègrepelisse ofreció a este bello ángel el nombre que no había sido usado aún y quiso ser Louise para él. Lucien alcanzó el séptimo cielo del amor. Una tarde, Lucien entró en el momento en que Louise estaba mirando un retrato, que rápidamente guardó, y él quiso verlo. Para calmar la desesperación de un primer ataque de celos, Louise le enseñó el retrato del joven Cante-Croix, y le contó, no sin lágrimas, la dolorosa, historia de sus amores, tan puros y ahogados tan cruelmente. ¿Se preparaba a serle infiel a su muerte, o había pensado hacer de Lucien un rival de aquel retrato? Lucien era demasiado joven para analizar a su amada y se desesperó ingenuamente, porque ella abrió la campaña durante la cual las mujeres hacen batirse en la brecha a unos escrúpulos más o menos ingeniosamente fortificados. Sus discusiones acerca de los deberes, las conveniencias, la religión, son como plazas fuertes que ellas gustan de ver tomadas al asalto. El inocente Lucien no tenía necesidad de estas coqueterías, pues habría guerreado del modo más natural.

—Yo no moriré —le dijo un día Lucien audazmente queriendo acabar con el asunto del señor de Cante-Croix—; yo viviré para usted.

Y le dirigió una mirada en la que se leía una pasión que había alcanzado su paroxismo.

Asustada por los progresos que este nuevo amor hacía en ella y en su poeta, ella le pidió los versos prometidos para la primera página de su álbum, buscando un motivo de disputa en el retraso que ponía en escribirlos. ¿Qué experimentó al leer las dos estrofas siguientes, que naturalmente le parecieron más hermosas que las mejores de Canalis, el poeta de la aristocracia?

El mágico pincel, las musas lisonjeras,
no siempre adornarán de estas hojas ligeras
de fiel papel velina;

y el furtivo lápiz de mi bella amada
me confiará a menudo su alegría callada
o su muda melancolía.

¡Ah, pero cuando a mis páginas marchitas
sus torpes dedos finos
pidan razón de los altos destinos
que le tiene reservado el porvenir,
quiera entonces el amor que de este hermoso viaje
el recuerdo que hace revivir
sea agradable como el firmamento sin celaje!

—¿Soy yo quien se las ha inspirado? —preguntó ella.

Esta sospecha, dictada por la coquetería de una mujer que se complacía en jugar con fuego, hizo asomar una lágrima a los ojos de Lucien; ella le calmó besándole por primera vez en la frente. Decididamente, Lucien era un gran hombre al que ella quiso formar; pensó enseñarle italiano y alemán, pulir sus modales; eran excelentes pretextos para tenerle siempre en su casa, ante las mismas barbas de sus aburridos cortesanos. ¡Su vida se llenó de interés! Volvió de nuevo a tocar el piano por su poeta, a quien descubrió el mundo musical, interpretó para él algunos bellos fragmentos de Beethoven y le embelesó; dichosa de su alegría, le decía hipócritamente al verle medio extasiado:

—¿Acaso no es posible contentarse con esta felicidad?

El pobre poeta incurría en la necesidad de responder:

—Sí.

En resumen, las cosas llegaron a tal punto que Louise había hecho cenar a Lucien con ella la semana anterior, teniendo como tercero en la mesa a monsieur de Bargeton. Pese a esta precaución, toda la ciudad tuvo conocimiento del hecho y lo consideró tan increíble que todos se preguntaron si ello podía ser cierto. Fue la comidilla de todo el mundo. A algunos les pareció que la Sociedad estaba al borde de una convulsión. Otros exclamaron: «Este es el fruto de las doctrinas liberales». El celoso Du Châtelet se enteró entonces de que madame Charlotte, que asistía a las parturientas, no era otra que madame Chardon, madre del Chateaubriand del Houmeau, según él decía. Esta expresión fue considerada una buena ocurrencia. Madame de Chandour fue la primera en correr a casa de madame de Bargeton.

—¿Sabe, querida Naïs, de lo que habla toda Angulema? —le dijo—. Parece ser que ese poetastro es hijo de madame Charlotte, que no hace ni un par de meses asistía a mi hermana en el parto.

—Querida —repuso madame de Bargeton adoptando unos aires totalmente regios—, ¿qué tiene ello de extraordinario? ¿Acaso no es la viuda de un boticario? Un triste destino para una demoiselle de Rubempré. Supongamos que no tenemos ni un céntimo... ¿qué haríamos para vivir nosotras?, ¿cómo mantendría usted a sus hijos?

La sangre fría de madame de Bargeton puso fin a las quejas de la nobleza. Las almas grandes están siempre dispuestas a hacer de una desgracia una virtud. Existe además un atractivo irresistible en

obstinarse en hacer un bien en aquello en lo que los demás ven un motivo de reproche: la inocencia tiene el atractivo propio del vicio. Por la tarde, el salón de madame de Bargeton se llenó de sus amigos, que habían venido para amonestarla. Ella desplegó todo su espíritu cáustico; dijo que si los gentileshombres no podían ser ni Molière, ni Racine, ni Rousseau, ni Voltaire, ni Massillon, ni Beaumarchais, ni Diderot, no había más remedio que aceptar a los tapiceros, relojeros o cuchilleros, cuyos hijos se convertían en grandes hombres. Afirmó que el genio era siempre noble. Echó en cara a aquellos señorones sus escasos conocimientos fruto de sus nulas inquietudes. En suma, dijo muchas tonterías que habrían abierto los ojos a otras gentes menos necias, pero que aquéllas atribuyeron a su originalidad. Conjuró, pues, la tormenta a base de cañonazos. Cuando Lucien, a petición suya, entró por primera vez en el viejo y deslucido salón en el que se jugaba al whist en cuatro mesas, le dispensó un recibimiento encantador y lo presentó como una reina que deseaba ser obedecida. Llamó al director de contribuciones «monsieur Châtelet», y le dejó de piedra al darle a entender que conocía la ilegal atribución de su partícula ennoblecedora. A partir de aquella tarde, Lucien fue introducido a la fuerza en las reuniones de madame de Bargeton, pero fue aceptado en ellas como una sustancia tóxica que todos se prometieron expulsar sometiéndola a los reactivos de la impertinencia. Pese a este triunfo, Naïs perdió su dominio: hubo unos disidentes que intentaron emigrar. Por consejo de monsieur Châtelet, Amélie, que era madame de Chandour, decidió contraatacar recibiendo en su casa los miércoles. Madame de Bargeton abría su salón todas las tardes y las personas que acudían a su casa eran tan rutinarias, estaban tan habituadas a encontrarse ante los mismos tapetes, a jugar en los mismos chaqueteros, a ver a la misma gente y los mismos candelabros, a ponerse sus abrigos, sus zapatos de doble suela, sus sombreros en el mismo pasillo, que les tenían tanto cariño a los peldaños de la escalera como la propia señora de la casa. Todos se resignaron a soportar al jilguero del bosque sagrado, como lo llamó Alexandre de Brebion con otra buena ocurrencia. Finalmente, el presidente de la Sociedad de Agricultura apaciguó la sedición con una observación magistral.

—Antes de la Revolución —dijo—, los más grandes señores recibían a Duclos, a Grimm, a Crébillon, a personas todas ellas que, como este poetilla del Houmeau, carecían de importancia, pero no admitían en absoluto a los recaudadores, que es lo que en realidad es Châtelet.

Du Châtelet pagó el pato por madame de Chardon y todos le dieron muestras de su frialdad. Al verse atacado, el director de contribuciones, quien, desde el mismo momento en que ella le había llamado Châtelet a secas, se había jurado poseer a madame de Bargeton, secundó los puntos de vista de la señora de la casa; prestó su apoyo al joven poeta, declarándose amigo suyo. Este gran diplomático, del que tan desconsideradamente había prescindido el Emperador, aduló a Lucien. Para dar a conocer al poeta dio una cena a la que asistieron el prefecto, el recaudador general, el coronel del regimiento de la guarnición, el director de la Escuela de Marina, el presidente del tribunal, en suma, todos los más altos cargos administrativos. El pobre poeta fue festejado tan a lo grande que, cualquier otro que no hubiera sido un joven de veintidós años, habría concebido fuertes sospechas de que todas aquellas alabanzas no eran más que una tomadura de pelo. A los postres, Châtelet hizo recitar a su rival una oda sobre Sardanápalo moribundo, la obra maestra del momento. Al oírle, el director del instituto, hombre flemático, aplaudió al tiempo que decía que ni el mismo Jean-Baptiste Rousseau lo habría hecho mejor. El barón Sixte du Châtelet pensó que el joven versificador tarde o temprano se sofocaría en el invernadero de las alabanzas, o que, en la embriaguez de su anticipada gloria, se permitiría algunas impertinencias que le harían volver a su primitiva oscuridad. Mientras esperaba la defunción de este genio, fingió inmolar sus pretensiones a los pies de madame de Bargeton; pero había trazado su plan con la habilidad de los libertinos y siguió con la atención de un estratega el comportamiento de los dos

amantes, acechando la ocasión para acabar con Lucien. A partir de aquel día, se alzó en Angulema un sordo rumor que proclamaba la existencia de un gran hombre en la región. Madame de Bargeton era generalmente alabada por los desvelos que prodigaba a aquella joven águila. Una vez aceptada su conducta, quiso obtener la sanción general. Hizo proclamar a bombo y platillo por todo el departamento que ofrecería una velada con helados, pastas y té, gran innovación en una ciudad en la que el té se vendía aún en las farmacias como remedio contra las indigestiones. La flor y nata de la aristocracia fue invitada a escuchar una gran obra que tenía que leer Lucien. Louise había ocultado a su amigo las dificultades que había tenido que vencer, pero le dejó entrever algo de la conjura tramada contra él por la buena sociedad, ya que no quería que ignorara los peligros que se presentan en el camino que han de recorrer los hombres de genio y donde se encuentran obstáculos insuperables para los espíritus mediocres. Hizo de esta victoria una lección. Con sus blancas manos le mostró la gloria ganada al precio de continuos suplicios, le habló de la hoguera de los mártires que no quedaba más remedio que atravesar, le atiborró de sus más bellas paparruchas y las trufó de sus más pomposas expresiones. Fue un remedo de las improvisaciones que afean la novela Corinne. Louise se sintió tan grande por su elocuencia que su amor por el benjamín que se la inspiraba no hizo sino aumentar; le aconsejó repudiar con audacia a su padre adoptando el noble nombre de Rubempré, sin preocuparse por los comentarios que pudiera despertar un cambio que, por otra parte, el rey legitimaría. Emparentada como estaba con la marquesa de Espard, una mademoiselle de los Blamont-Chauvry, que gozaba de gran predicamento en la corte, se encargaría ella misma de obtener este favor. Ante tales palabras, el rey, la marquesa de Espard, la corte, Lucien vio como un fuego de artificio y se convenció de la necesidad de aquel bautismo.

—Pequeño mío —le dijo Louise con un tono de voz afectuosamente burlón—, cuanto antes se haga, antes será sancionado.

Le fue enumerando uno tras otro los diferentes estratos sociales y le hizo contar al poeta los escalones que salvaría de golpe mediante esta sabia decisión. En un instante hizo abjurar a Lucien de sus ideas plebeyas sobre la quimérica igualdad de 1793, despertó en él una sed de distinciones que la fría razón de David había calmado, y le presentó la alta sociedad como el único teatro en el que debía exhibirse. El furibundo liberal se convirtió en un monárquico in pectore. Lucien mordió la manzana del lujo aristocrático y de la gloria. Juró traer a los pies de su dama una corona, aunque fuera ensangrentada; la conquistaría al precio que fuese, quibuscumque viis. A fin de demostrar su coraje, contó sus sufrimientos presentes, que le había ocultado a Louise aconsejado por ese inefable pudor que acompaña los primeros sentimientos y que le impide a un joven hacer gala de sus más grandes dotes, pues a tal punto gusta de ver que su alma es apreciada en su incógnito. Describió las penalidades de una miseria sobrellevada con orgullo, sus trabajos en el taller de David, sus noches consagradas al estudio. Aquel entusiasmo juvenil le hizo acordarse a madame de Bargeton de su coronel de veintiséis años, y sus ojos se humedecieron. Al ver que la debilidad ganaba a su imponente amada, Lucien tomó una mano que se le permitió coger, y la besó con la furia del poeta, del joven, del enamorado. Louise llegó hasta permitir que el hijo del farmacéutico se acercara a su frente y dejara impresa en ella la huella de sus palpitantes labios.

—¡Niño, niño! Si alguien nos viera, qué ridícula me sentiría —dijo despertándose de un torpor extático.

Durante esta velada, el espíritu de madame de Bargeton causó grandes estragos en lo que ella llamaba los prejuicios de Lucien. De creerla, los hombres de genio no tenían hermanos ni hermanas, ni

padres ni madres; las grandes obras que habían de crear les imponían un egoísmo aparente al obligarles a sacrificarlo todo a su grandeza. Si bien inicialmente la familia había de pagar voraces tributos a un cerebro titánico, más tarde recibiría centuplicado el precio por los sacrificios de todo género exigidos por las primeras luchas de una realeza discutida, compartiendo los frutos de la victoria. El genio no dependía más que de sí mismo, era el único juez de los medios de que se valía, porque sólo él conocía el fin que se proponía: debía, por tanto, situarse por encima de las leyes, porque estaba llamado a rehacerlas; por otra parte, quien señorea su siglo puede tomarlo todo, arriesgarlo todo, ya que todo le pertenece. Citaba los comienzos de la vida de Bernard de Palissy, de Luis XI, de Fox, de Napoleón, de Cristóbal Colón, de César, de todos los jugadores ilustres, primero acribillados de deudas y en la miseria, incomprendidos, tenidos por locos, malos hijos, malos padres, malos hermanos, pero que más tarde se convertían en el orgullo de la familia, del país y del mundo entero. Estos razonamientos abundaban en los vicios secretos de Lucien y aceleraban la corrupción en su corazón, porque, en el ardor de sus deseos, admitía los medios a priori. Pero no triunfar es un crimen de lesa majestad social. ¿Acaso un vencido no ha asesinado todas las virtudes burguesas sobre las que descansa la sociedad que expulsa horrorizada a los Marios sentados ante sus ruinas? Lucien, que no se sabía entre la infamia de la prisión y la palma del genio, planeaba sobre el Sinaí de los profetas sin ver, allí abajo, el mar Muerto, el horrendo sudario de Gomorra.

Louise desnudó tan bien el corazón y el ánimo de su poeta de los pañales con que los habían envuelto las costumbres de la provincia, que Lucien quiso poner a prueba a madame de Bargeton a fin de saber si podía, sin exponerse a la vergüenza de un rechazo, conquistar esta gran presa. La anunciada velada le brindó la ocasión de intentar esta prueba. La ambición se mezclaba con su amor. Amaba y quería elevarse, un doble deseo muy natural entre los jóvenes que tienen un corazón que satisfacer y la indigencia contra la que luchar. Al invitar hoy a todos sus hijos al mismo festín, la Sociedad despierta sus ambiciones desde la aurora de la vida. Arrebata a la juventud sus encantos y vicia la mayor parte de sus sentimientos generosos al mezclar los cálculos en ellos. Quisieran los poetas que las cosas fueran distintas de como son, pero los hechos desmienten hartamente la ficción en la que querríamos creer para poder permitirnos representar al joven de manera distinta de como es en el siglo XIX. A Lucien le pareció que sus cálculos no eran sino en provecho de un buen sentimiento, de su amistad con David.

Lucien escribió una larga carta a su Louise, pues se sentía más atrevido pluma en mano que con la palabra en los labios. En doce cuartillas, copiadas tres veces, contó la genialidad de su padre, sus esperanzas perdidas y la terrible miseria en que se encontraba. Describió a su querida hermana como un ángel, a David como un futuro Cuvier, que, antes que un gran hombre, era como un padre, un hermano, un amigo para él; se habría creído indigno de ser amado por Louise, su primer timbre de gloria, de no haberle pedido que hiciera por David lo que estaba haciendo por él mismo. Renunciaría a todo antes que traicionar a David Séchard; quería que David fuera testigo de su éxito. Escribió una de esas cartas locas en las que los jóvenes oponen la pistola a una negativa, en las que se trasluce el casuismo de la infancia, en las que habla la insensata lógica de las almas bellas; deliciosa palabrería adornada con esas declaraciones ingenuas escapadas del corazón del escritor y que tanto gustan a las mujeres. Tras haber entregado esta carta a la doncella, Lucien se pasó el día corrigiendo pruebas, dirigiendo algunos trabajos y poniendo orden en los pequeños asuntos de la imprenta, sin decirle nada a David. En la época en que el corazón es aún niño, los jóvenes tienen estas sublimes discreciones. Por otra parte, tal vez Lucien comenzaba a temer el hacha de Foción, que David sabía manejar; tal vez temía la clarividencia de una mirada que llegaba al fondo del alma. Tras la lectura de Chénier, su secreto había pasado de su corazón a sus labios, alcanzado por un reproche que había causado el mismo efecto que el dedo que pone el

médico sobre una herida.

Ahora imaginad los pensamientos que debieron de asaltar a Lucien mientras bajaba de Angulema al Houmeau. ¿Se habría enfadado aquella gran dama?, ¿recibiría a David en su casa?, ¿no sería precipitado el ambicioso a su rincón del Houmeau? Pese a que antes de besar a Louise en la frente Lucien había podido medir la distancia que separa a una reina de su favorito, no pensaba que David no pudiera superar en un abrir y cerrar de ojos la distancia que a él le había costado recorrer cinco meses. Ignorando lo absoluto que es el ostracismo al que se condena a la gente de condición humilde, no era consciente de que una segunda tentativa de este tipo habría sido la perdición de madame de Bargeton. Acusada de haberse encanallado, Louise se habría visto obligada a abandonar la ciudad, en la que su casta la habría evitado como en la Edad Media se evitaba a un leproso. El clan de lo más granado de la aristocracia y el mismo clero habrían defendido a Naïs contra todos y contra todo en el caso de que se hubiera permitido un desliz; pero el crimen de frecuentar malas compañías nunca le habría sido perdonado, porque si bien se excusan las culpas del poder, se las condena tras su abdicación. Ahora bien, recibir a David, ¿no era abdicar? Aunque Lucien no comprendía este aspecto de la cuestión, su instinto aristocrático le hacía presentir muchas otras dificultades que le espantaban. La nobleza de sentimientos no va siempre acompañada de la nobleza de maneras. Si bien Racine tenía el aire del más noble cortesano, Corneille se parecía mucho a un tratante de bueyes. Descartes tenía las trazas de un buen comerciante holandés. A menudo, al encontrarse a Montesquieu con su rastrillo al hombro y tocado con su gorro de dormir, los visitantes de La Brède le tomaban por un vulgar jardinero. La desenvoltura mundana, cuando no es un don de la alta cuna, una ciencia mamada con la leche o transmitida con la sangre, es el fruto de una educación que ha de secundar el azar mediante cierta elegancia de formas, un aspecto distinguido o un bonito timbre de voz. Todas estas importantes pequeñas cosas faltaban a David, mientras que, por el contrario, la naturaleza se las había proporcionado a su amigo. Noble por parte de madre, Lucien tenía incluso el empeine arqueado del franco, mientras que David tenía los pies planos del welche y el ancho cuello de su padre el prensista. Lucien oía ya las burlas que lloverían sobre David y le parecía ver ya la sonrisa que madame de Bargeton intentaría reprimir. En resumen, sin que se avergonzara propiamente de su hermano, se prometió no volver a ceder al primer impulso y pensar mejor las cosas en el futuro. Así, después de la hora de la poesía y de la abnegación, después de una lectura que acababa de mostrar a ambos amigos los campos literarios iluminados por un nuevo sol, sonaba para Lucien la hora de los cálculos y de la política. De vuelta al Houmeau, se arrepentía de su carta, le habría gustado poder recuperarla, porque adivinaba las leyes despiadadas del gran mundo. Intuyendo lo mucho que la fortuna conquistada favorecía la ambición, le costaba retirar el pie del primer peldaño de la escalera por la que había de subir al asalto de la grandeza. Luego las imágenes de su vida sencilla y tranquila, adornada con las más vivas flores del sentimiento; ese David lleno de inteligencia que tan noblemente le había ayudado, que en caso necesario daría incluso su vida por él; su madre, tan gran dama en su desgracia, y que le creía tan bueno como inteligente; su hermana, esa muchacha tan alegre en su resignación, su infancia tan pura y su conciencia aún inmaculada; sus esperanzas, que no habían deshojado aún cierzo alguno, todo ello volvía a florecer en su recuerdo. Entonces se decía que era más hermoso atravesar los compactos batallones de la turba aristocrática o burguesa a golpes de triunfo que alcanzar el éxito mediante la ayuda y los favores de una mujer. Su genio triunfaría tarde o temprano, como el de tantos otros, sus predecesores que se habían impuesto a la sociedad; ¡entonces le amarían las mujeres! El ejemplo de Napoleón, tan fatal para el siglo XIX por las pretensiones que inspira a tanta gente mediocre, se apareció ante Lucien, quien lanzó sus cálculos al viento reprochándose haberlos hecho. Así estaba hecho Lucien, iba del bien

al mal y del mal al bien con la misma facilidad. En lugar del amor que el sabio siente por su retiro, Lucien experimentaba desde hacía un mes una especie de vergüenza al ver la tienda donde se leía en letras amarillas sobre fondo verde:

Farmacia de POSTEL, sucesor de CHARDON

El nombre de su padre, escrito así, en un lugar por el que pasaban todos los coches, hería su vista. La tarde en que había transpuesto el umbral de su puerta adornada con una pequeña cancela de mal gusto, para exhibirse por Beaulieu, entre los más elegantes jóvenes de la ciudad alta, dando el brazo a madame de Bargeton, deploró enormemente la discrepancia que reconocía que existía entre aquella vivienda y su buena fortuna.

«¡Amar a madame de Bargeton, poseerla quizá pronto, y tener que vivir en esta ratonera!», se decía al desembocar por el corredor al pequeño patio en el que había expuestos varios sacos de hierbas preparadas para su uso a lo largo de los muros, donde el mozo limpiaba los calderos del laboratorio, donde monsieur Postel, con un mandil de trabajo y retorta en mano, examinaba un producto químico sin perder de vista la tienda y, aunque miraba muy atentamente su droga, se mantenía pendiente de la campanilla. El olor a camomila, a menta y a otras plantas destiladas, llenaba el patio y el modesto piso al que se subía por una de esas escaleras rectas, llamadas escaleras molineras, sin más pasamanos que dos cuerdas. Arriba se encontraba la única habitación abuhardillada, donde vivía Lucien.

—Buenos días, hijo —le dijo monsieur Postel, verdadero prototipo del comerciante de provincias—. ¿Cómo anda la salud? Acabo de hacer un experimento con melaza, pero habría hecho falta tu padre para encontrar lo que busco: ¡él sí que era un gran hombre! ¡De haber conocido yo su secreto contra la gota, hoy iríamos los dos en carroza!

No pasaba semana sin que el farmacéutico, tan tonto como buena persona, diera una puñalada a Lucien, hablándole de la fatal discreción que su padre había mantenido sobre su descubrimiento.

—Es una gran desgracia —respondió lacónicamente Lucien, a quien comenzaba a parecerle un ser vulgar y corriente el discípulo de su padre, tras haberle bendecido a menudo, pues en más de una ocasión el honrado Postel había socorrido a la viuda y a los hijos de su patrón.

—¿Qué te pasa? —preguntó el señor Postel dejando su probeta sobre la mesa del laboratorio.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—¡Sí, una que huele como un bálsamo!, está al lado de mi pupitre, encima del mostrador.

¡La carta de madame de Bargeton mezclada con los botes de la farmacia! Lucien se lanzó hacia la tienda.

—Date prisa, Lucien, tu comida está lista desde hace más de una hora, debe de estar ya fría —gritó dulcemente una bonita voz a través de una ventana entreabierta y que Lucien no oyó.

—Su hermano está chiflado, señorita —dijo Postel alzando la nariz.

Este solterón, muy parecido a un tonelete de aguardiente sobre el cual la fantasía de un pintor habría puesto una rojiza carota picada de viruelas, adoptó al mirar a Ève un aire ceremonioso y agradable que era la demostración de que pensaba casarse con la hija de su predecesor, sin poder poner fin a la lucha que el amor y el interés libraban en su corazón. Por eso a menudo le decía a Lucien, sonriendo, la frase que le volvió a repetir cuando el joven pasó cerca de él:

—¡Su hermana es increíblemente bonita! ¡Y tampoco usted está nada mal! Su padre lo hacía todo bien.

Ève era una muchacha alta y morena, de cabellos negros y ojos azules. Si bien mostraba todos los síntomas de un carácter viril, era dulce, cariñosa y abnegada. Su candor, su ingenuidad, su serena resignación a una vida de trabajo, su prudencia, que no se veía atacada por ninguna maledicencia, habían seducido a David Séchard. Así, desde su primera charla, había nacido entre ellos una sorda y simple pasión, a la alemana, sin ruidosas manifestaciones ni declaraciones apresuradas. Cada uno de ellos había pensado en el otro secretamente, como si hubieran estado separados por un marido celoso al que este sentimiento hubiera ofendido. Ambos se escondían de Lucien, a quien tal vez creían causar algún daño. Temía David no gustar a Ève, la cual, a su vez, se dejaba llevar por las timideces de la pobreza. Una verdadera obrera habría sido más atrevida, pero una muchacha de buena crianza y venida a menos se conformaba con su triste suerte. Modesta en apariencia, pero en realidad orgullosa, Ève no quería ir detrás del hijo de un hombre que pasaba por tener cierta fortuna. En aquel momento, las personas al tanto del valor creciente de las propiedades estimaban en más de ochenta mil francos la propiedad de Marsac, sin contar las tierras que el viejo Séchard, que tenía muchos ahorros, era afortunado con las cosechas, hábil en la venta, añadiría cada vez que se presentara la ocasión. Tal vez David era la única persona que desconocía todo acerca de la fortuna de su padre. Marsac era para él una bicoca comprada en 1810 por quince o dieciséis mil francos, adonde iba una vez al año, para la vendimia, y donde su padre le paseaba por entre las viñas, presumiendo de unas cosechas que el impresor nunca veía y que le traían sin cuidado. Su amor de sabio habituado a la soledad, que aumenta los sentimientos exagerando sus dificultades, necesitaba de aliento; porque para David Ève era una mujer que le infundía más respeto que una gran dama a un simple servidor suyo. Torpe e inquieto en presencia de su ídolo, tan ansioso por irse como por llegar, el impresor refrenaba su pasión en vez de manifestarla. A menudo, por la tarde, tras haberse inventado un pretexto para consultarle algo a Lucien, bajaba desde la place du Mûrier hasta el Houmeau, por la Porte-Palet; pero al llegar a la cancela de verdes barrotes de hierro volvía sobre sus pasos, temiendo llegar demasiado tarde o parecer importuno a Ève, quien sin duda se habría ya acostado. Aunque ese gran amor sólo se había revelado en pequeños detalles, Ève lo había comprendido todo; se sentía halagada sin orgullo al verse tratada con un profundo respeto que se traslucía en las miradas, las palabras y los modales de David; pero sobre todo estaba fascinada por el fanatismo del impresor por Lucien; aquél había intuido el medio mejor de gustar a Ève. Para expresar en qué se diferenciaban las mudas delicias de este amor de las tumultuosas pasiones, habría que compararlo con las flores del campo opuestas a las soberbias flores de los parterres. Eran miradas dulces y delicadas como los lotos azules que flotan sobre las aguas, expresiones fugitivas como el suave perfume de la gavanza, tiernas melancolías como el terciopelo de los musgos; flores de dos bellas almas que nacen en una tierra rica, feraz e inmutable. Ève había adivinado ya varias veces la fuerza que se escondía tras aquella debilidad; tenía tan en cuenta todo lo que David no se atrevía a hacer o decir, que el más leve incidente podía llevar a una unión más íntima de sus almas.

Lucien encontró la puerta abierta por Ève, y se sentó sin decirle nada ante una pequeña mesa montada sobre un caballete en tijera, sin mantel, y en la que habían puesto sus cubiertos. No tenía el pobre hogar más que tres cubiertos de plata y Ève los utilizaba todos para su querido hermano.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó tras haber dejado sobre la mesa un plato que retiró del fuego y haber apagado el hornillo portátil cubriéndolo con su tapadera.

Lucien no contestó. Ève cogió un pequeño plato, coquetonamente adornado con unos pámpanos de

vid, y lo dejó sobre la mesa con un jarrillo de nata.

—Toma, Lucien, te he preparado unas fresas.

Lucien prestaba tanta atención a su lectura, que ni siquiera la oyó. Entonces Ève se sentó junto a él, sin dejar escapar ni un solo murmullo, porque en los sentimientos de una hermana por su hermano cabe también el placer de ser tratada sin cumplidos.

—Pero ¿qué te pasa? —exclamó al ver brillar unas lágrimas en los ojos de su hermano.

—Nada, nada, Ève —repuso él cogiéndola por el talle y estampándole un beso en la frente y en el pelo, y luego en el cuello con sorprendente agitación.

—Me escondes algo.

—Bueno, ¡ella me ama!

—Ya sabía yo que no era a mí a quien besabas —le dijo poniendo la pobre hermana cara larga y ruborizándose.

—Todos nosotros seremos felices —exclamó Lucien tomándose la sopa a grandes cucharadas.

—¿Nosotros? —repitió Ève. Luego presa del mismo presentimiento que había tenido David, agregó —: ¡Ahora nos querrás menos!

—¿Cómo puedes decir tal cosa conociéndome como me conoces?

Ève le tendió la mano para apretar la suya; luego retiró el plato vacío, la sopera de loza oscura, y trajo el plato que acababa de preparar. En vez de comer, Lucien releyó la carta de madame de Bargeton, que la discreta Ève no pidió ver, pues a tal punto sentía respeto por su hermano; si él quería enseñársela, tenía que esperar; y si él no quería, ¿acaso podía ella exigirlo? Esperó. He aquí la carta:

Amigo mío:

¿Por qué habría de negarle yo a su hermano en saber el apoyo que le ha prestado a usted? Todos los talentos tienen a mis ojos los mismos derechos; pero ignora usted los prejuicios de las personas que forman mi círculo social. No conseguiremos hacer reconocer la nobleza de espíritu a quienes son la aristocracia de la ignorancia. Aunque no tengo el poder suficiente para imponerles a monsieur David Séchard, le sacrificaré con mucho gusto a esa mezquina gente. Será una especie de holocausto a la antigua. Pero, querido amigo, sin duda no deseará usted hacerme aceptar la compañía de una persona cuyo carácter o modales podrían no ser de mi agrado. ¡Sus halagos me han enseñado lo fácilmente que la amistad se ciega!; ¿se molestaría si pongo una restricción a mi consentimiento? Quiero ver a su amigo, juzgarlo y valorar por mí misma, en interés de su futuro, si no yerra. ¿No es acaso uno de esos cuidados maternos que he de tener con usted, mi querido poeta?

Louise de Nègrepelisse

Lucien ignoraba con cuánto arte se emplea el sí en la alta sociedad para llegar al no y el no para llegar al sí. Esta carta fue un triunfo para él. David iría a casa de madame de Bargeton y brillaría allí con la majestad del genio. En la embriaguez que le producía una victoria que le hizo creer en el poder de su ascendiente sobre los hombres, adoptó una actitud tan altiva y se reflejaron tantas esperanzas en su rostro, confiriéndole un aspecto tan radiante, que su hermana no pudo dejar de decirle lo guapo que era.

—Si esta mujer es inteligente no puede dejar de quererte mucho, y entonces esta noche se sentirá

desgraciada, porque todas las mujeres van a hacerte mil coqueterías. ¡Estarás tan guapo leyendo tu «San Juan en Patmos»! Me gustaría ser un ratón para infiltrarme hasta allí. Ven, he preparado tus ropas en el cuarto de nuestra madre.

Esta habitación era de una miseria decorosa. Había una cama de nogal, guarnecida de cortinas blancas y una fina alfombra verde a los pies. Una cómoda con el tablero de madera, un espejo y unas sillas de nogal completaban el mobiliario. Sobre la chimenea, un reloj recordaba los tiempos de la antigua holgura ahora desvanecida. La ventana tenía unos visillos blancos. Recubría las paredes un papel gris rameado de flores grises. El embaldosado, encerado y frotado por Ève, relucía como una patena. En el centro de esta habitación había un velador en el que, sobre una bandeja granate con unos rosetones dorados, se veían tres tazas y un azucarero de porcelana de Limoges. Ève dormía en un cuarto contiguo que contenía una estrecha cama, una vieja bergère y un costurero junto a la ventana. Lo exiguo de esta especie de camarote de marinero exigía que la puerta de cristales estuviera siempre abierta para que entrara el aire. Pese a la impresión general de miseria, se respiraba allí la modestia de una vida laboriosa. Para quienes conocían a la madre y a sus dos hijos, era un espectáculo de conmovedora armonía.

Se estaba Lucien poniendo la corbata, cuando se oyeron en el patiecillo los pasos de David y apareció de improviso el impresor con el aspecto y las maneras de una persona que tenía prisa por llegar.

—Bien, David —exclamó el ambicioso—; ¡hemos triunfado!, ¡ella me ama y tú irás!

—No —replicó el impresor con aire confuso—, vengo a darte las gracias por esta prueba de amistad que me ha hecho reflexionar seriamente. Mi camino, Lucien, está trazado. Soy David Séchard, impresor del rey en Angulema, y cuyo nombre puede leerse en todas las paredes al pie de los carteles. Para las personas de esa casta, soy un artesano, un comerciante, si quieres, pero a fin de cuentas un industrial establecido en una tienda, en la rue de Beaulieu, esquina a la place du Mûrier. No poseo aún ni la fortuna de un Keller ni el renombre de un Desplein, dos tipos de poder que los nobles tratan aún de negar, pero que, y en esto coincido con ellos, no son nada sin el trato social y el refinamiento del caballero. ¿Con qué puedo legitimar yo este súbito encumbramiento? Tanto los burgueses como los nobles se burlarían de mí. Tu situación es distinta. Un regente no está comprometido con nada. Trabajas para adquirir los conocimientos indispensables para triunfar, puedes explicar tu actual ocupación en función de tu porvenir. Por otra parte, puedes emprender mañana otra cosa, estudiar Derecho, Diplomacia, entrar en la Administración. En una palabra, no estás ni marcado ni encasillado. Aprovecha tu virginidad social, sigue sólo tu camino y echa mano a los honores. Saborea alegremente todos los placeres, incluso los que proporciona la vanidad. Sé feliz, yo disfrutaré con tus éxitos, serás una especie de álgter ego para mí. Sí, mi pensamiento me permitirá vivir tu vida. Para ti las fiestas, el brillo mundano y las hábiles maquinaciones de sus intrigas. Para mí la vida austera y laboriosa del comerciante y la paciente ocupación de la ciencia. Serás nuestra aristocracia —dijo mirando a Ève—. Cuando vaciles, siempre encontrarás mi brazo para sostenerte. Si tienes motivos de queja por alguna traición, podrás refugiarte en nuestros corazones, donde encontrarás un amor inalterable. La protección, el favor, la buena voluntad de la gente, al verse dividida en dos, podría debilitarse y ello nos perjudicaría a ambos; ve tú por delante, y si es preciso ya me llevarás a remolque. Lejos de envidiarte, me consagro a ti. Lo que acabas de hacer por mí, arriesgándote a perder a tu benefactora, quizás a tu amada, antes que abandonarme, que renegar de mí, esta simple cosa tan grande, me uniría a ti para siempre, Lucien, si no fuéramos ya como dos hermanos. No te remuerda ni preocupe parecer la parte más fuerte. Este reparto a

la Montgomery me gusta. Por último, aunque vayas a causarme algún tormento, ¿quién sabe si no te seguiré siempre estando agradecido? —Al decir estas palabras lanzó la más tímida de las miradas a Ève, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, porque lo había comprendido todo—. En resumen —dijo a un Lucien asombrado—, tienes buenas trazas, un bonito porte, los trajes te sientan muy bien, tienes todo el aspecto de un señor con tu frac azul de botones amarillos y un simple pantalón de nanquín; yo tendría el aire de un obrero en medio de ese mundo, sería torpe, me sentiría incómodo, diría tonterías o no despegaría los labios; tú puedes, para secundar los prejuicios sobre el apellido, adoptar el de tu madre y hacerte llamar Lucien de Rubempré; yo soy y seré siempre David Séchard. A ti todo te favorece y a mí todo me perjudica en el mundo que frecuentas. Tú estás hecho para triunfar en él. Las mujeres adorarán tu cara de ángel. ¿No es verdad, Ève?

Lucien saltó al cuello de David y lo abrazó. Esta modestia ponía término definitivamente a muchas dudas y problemas. ¿Cómo no iba a redoblar su afecto por un hombre que acababa de hacer por amistad las mismas reflexiones que se había hecho él por ambición? El ambicioso y el enamorado presentían el camino allanado, el corazón del joven y del amigo se henchía. Fue uno de esos raros momentos en la vida en que todas las fuerzas están suavemente en tensión, en el que todas las cuerdas vibran dando la plenitud de su sonido. Pero esta cordura de un alma noble excitaba más aún en Lucien la tendencia inherente al hombre de interpretarlo todo en función de sí mismo. Todos decimos más o menos como Luis XIV: «¡El Estado soy yo!». El cariño exclusivo de su madre y de su hermana, la abnegación de David y la costumbre que tenía de verse objeto de los secretos esfuerzos por parte de estos tres seres, le viciaban como a un hijo de familia, engendrando en él ese egoísmo que devora al noble y que madame de Bargeton alimentaba, incitándole a que olvidase sus obligaciones para con su hermana, su madre y David. Aunque aún no había sucedido, ¿no era lícito temer que, al ampliar la esfera de sus ambiciones, se viera obligado a pensar sólo en sí mismo para mantenerse en ella?

Pasado el momento de emoción, David le hizo observar a Lucien que su poema «San Juan en Patmos» era quizá demasiado bíblico para ser leído ante un círculo de personas poco familiarizadas con la poesía apocalíptica. Lucien, que tenía que exhibirse ante el público más difícil del Charente, pareció inquieto. David le aconsejó llevarse a André de Chénier y sustituir un placer dudoso por uno seguro. Lucien leía a la perfección, gustaría por fuerza y demostraría una modestia que redundaría sin duda en su provecho. Como la mayoría de los jóvenes, atribuía a las personas de mundo su inteligencia y sus virtudes. Si bien la juventud, que no ha cometido aún ningún error, carece de indulgencia para con las faltas ajenas, les presta asimismo sus magníficas creencias. En efecto, hay que tener una gran experiencia de la vida para reconocer que, según un hermoso dicho de Rafael, comprender significa igualar. En general, la sensibilidad necesaria para comprender la poesía es rara en Francia, donde el ingenio no tarda en secar la fuente de las sagradas lágrimas del éxtasis, donde nadie quiere tomarse el trabajo de descifrar lo sublime, de sondearlo para percibir así en él el infinito. ¡Lucien estaba a punto de tener su primera experiencia de la ignorancia y la frialdad mundanas! Pasó por casa de David para recoger el libro de poesía.

Cuando los dos enamorados estuvieron a solas, David se sintió más incómodo que en cualquier otro momento de su vida. Presa de mil terrores, deseaba y temía a la vez un elogio; hubiera querido salir huyendo, ya que ¡el pudor tiene también su coquetería! El pobre enamorado no se atrevía a decir una sola frase que pudiera dar la impresión de mendigar un agradecimiento; encontraba comprometedor cualquier palabra y se callaba mostrando una actitud culpable. Ève, que intuía los tormentos de esta modestia, disfrutaba con este silencio; pero cuando David estrujó su sombrero para indicar que quería marcharse, ella sonrió.

—Monsieur David —le dijo—, si no va a pasar la velada en casa de madame de Bargeton, podemos pasarla juntos. Hace buen tiempo, ¿quiere que demos un paseo por la orilla del Charente? Hablaremos de Lucien.

A David le dieron ganas de prosternarse ante aquella deliciosa muchacha. Ève había puesto en el sonido de su voz inflexiones de inesperadas recompensas; la ternura de su acento había resuelto lo difícil de aquella situación; su propuesta, más que un elogio, era la primera merced del amor.

—Déjeme sólo unos minutos —dijo a un gesto que hizo David— para que me vista.

David, que no había sabido en toda su vida lo que era una tonadilla, salió canturreando, cosa que sorprendió al honesto Postel, inspirándole fuertes sospechas sobre las relaciones entre Ève y el impresor.

Hasta las circunstancias más insignificantes de aquella velada tuvieron una notable repercusión sobre Lucien, inclinado por carácter a fiarse de las primeras impresiones. Como todo enamorado inexperto, llegó tan pronto que Louise no había bajado aún al salón. Monsieur de Bargeton se encontraba allí solo. Lucien ya había comenzado su aprendizaje sobre las pequeñas bajezas mediante las cuales el amante de una mujer casada compra su amor, y que dan la medida a las mujeres de lo que pueden exigir; pero no se había encontrado aún cara a cara con monsieur de Bargeton.

Era este gentilhombre una de esas personas de pocos alcances agradablemente instalados entre la nulidad inofensiva capaz aún de comprender y la orgullosa estupidez que se niega a aceptar y a conceder nada. Consciente de sus deberes sociales, se esforzaba por resultar agradable a todos y había adoptado como único lenguaje la sonrisa del bailarín. Ya estuviera contento o descontento, siempre sonreía. Sonreía lo mismo ante una noticia desastrosa que ante un feliz acontecimiento. Esta sonrisa respondía a todo por medio de las expresiones que le daba monsieur de Bargeton. Si era absolutamente imprescindible una aprobación directa, subrayaba su sonrisa con una risa complaciente, sin soltar una palabra más que en último extremo. Una conversación a solas le hacía sentir la única incomodidad que complicaba su vida vegetativa, porque entonces se veía obligado a buscar algo en la inmensa vacuidad de su vida interior. En la mayoría de las ocasiones salía del paso retomando las ingenuas costumbres de su infancia; pensaba en voz alta, le iniciaba a uno en los más nimios detalles de su vida; le explicaba sus necesidades, sus pequeñas sensaciones que, para él, eran algo parecido a ideas. No hablaba ni de la lluvia ni del buen tiempo; no caía en los tópicos de la conversación que son la salvación de los imbéciles, se refería a los intereses más íntimos de su vida. «Por complacer a madame de Bargeton, he comido ternera esta mañana, que a ella le gusta mucho, y ahora el estómago me lo hace pagar —decía—. Sé que lo lamentaré, y no por ello dejo siempre de picar, explíqueme usted esto.» O bien: «Voy a llamar para que me traigan un vaso de agua con azucarillo. ¿Quiere que pida otro para usted?». O bien: «Mañana montaré a caballo e iré a visitar a mi suegro». Estas frases intrascendentes, que no daban pie a diálogo alguno, arrancaban un no o un sí a su interlocutor, y la conversación decaía de plano. Monsieur de Bargeton imploraba entonces la ayuda de su huésped volviendo hacia el oeste su nariz de viejo doguillo asmático; le miraba a uno con sus ojazos zarcos como queriendo decir: «¿Decía?». A los pesados ansiosos de hablar de sí mismos, los mimaba y los escuchaba con bondadosa y honrosa atención que le hacía tan inapreciable a sus ojos, que los charlatanes de Angulema le atribuían una disimulada inteligencia y pretendían que se le juzgaba mal. De modo que, cuando no tenían ya quien les escuchara, se acercaban a él y terminaban de contar sus historias o expresar sus razonamientos, seguros de encontrar su sonrisa elogiosa. El salón de su esposa siempre estaba lleno y él se encontraba generalmente a sus anchas. Se ocupaba de los más pequeños detalles: miraba quién entraba, saludaba

sonriente y llevaba hasta su mujer al recién llegado; observaba a quienes se iban y los acompañaba hasta la puerta acogiendo sus adioses con su eterna sonrisa. Cuando la velada era animada y veía a cada uno ocupado, el feliz mudo se quedaba plantado sobre sus dos largas piernas igual que una cigüeña sobre sus patas, con aire de estar escuchando una conversación política; o bien se acercaba a estudiar las cartas de un jugador sin comprender nada del juego, porque no conocía ninguno; o se paseaba tomando rapé y soltando resoplidos a causa de su digestión. Anaïs era el lado bueno de su vida, pues le proporcionaba goces infinitos. Cuando ella interpretaba su papel de señora de la casa, él se recostaba en una bergère admirándola, ya que hablaba para él: luego se complacía en desentrañar el sentido de sus frases; y como muchas veces no las entendía hasta mucho después de que hubieran sido dichas, se permitía sonrisas que salían disparadas como proyectiles de efecto retardado. Su respeto hacia ella rayaba en la adoración. ¿Acaso una adoración cualquiera no es suficiente para la felicidad de la vida? Como persona inteligente y generosa que era, Anaïs no había abusado de sus ventajas reconociendo en su marido la naturaleza fácil de un niño que no pide nada mejor que ser mandado. Había cuidado de él como quien cuida de un abrigo; lo mantenía limpio, lo cepillaba, lo tapaba y lo contemplaba, y sintiéndose contemplado, cepillado y cuidado, monsieur de Bargeton había llegado a sentir por su mujer un afecto perruno. ¡Cuesta tan poco hacer feliz a alguien cuando no cuesta nada! Y madame de Bargeton, al no conocer en su marido otro placer que el de la buena mesa, le hacía preparar comidas exquisitas; sentía compasión por él; nunca se había quejado de ello, y algunas personas que no comprendían el silencio de su orgullo atribuían a monsieur de Bargeton virtudes ocultas. Por otra parte, ella le había disciplinado militarmente, y la obediencia de este hombre a la voluntad de su mujer era pasiva. Le decía ella: «Haga una visita a tal señor o a tal señora», y él iba como el soldado a su puesto de guardia. Así, delante de ella se mantenía en situación de presenten armas e inmóvil. Era preciso hablar de ese mudo diputado en estos momentos. Lucien no frecuentaba desde hacía el suficiente tiempo la casa para haber descornado el velo bajo el cual se ocultaba este carácter inimaginable. Monsieur de Bargeton, arrellanado en su bergère, dando la impresión de verlo y comprenderlo todo, dignificando su silencio, le parecía prodigiosamente imponente. En vez de tomarle por un mojón de granito, Lucien hizo de este gentilhomme una temible esfinge, como resultado de la tendencia que tiene un hombre de imaginación a magnificarlo todo o a prestar un alma a todas las formas, y creyó necesario adularlo.

—Veo que soy el primero en llegar —dijo saludándole con un poco más de respeto que el que se solía conceder a aquel buen hombre.

—Es muy natural —respondió monsieur de Bargeton.

Lucien tomó esta frase como la ironía de un marido celoso, se ruborizó y se miró en el espejo en busca de cierto aplomo.

—Vive usted en el Houmeau —dijo monsieur de Bargeton—; todas las personas que viven lejos llegan antes que las que viven cerca.

—¿Y a qué se debe esto? —preguntó Lucien adoptando un aire agradable.

—No lo sé —respondió monsieur de Bargeton, que volvió a su inmovilidad.

—Tal vez no ha querido investigarlo —siguió diciendo Lucien—. Un hombre capaz de hacer la observación puede encontrar la causa.

—¡Ah —exclamó monsieur de Bargeton—, las causas finales! ¡Ya, ya!

Lucien se devanó los sesos para reanimar la conversación, que volvió a decaer.

—Madame de Bargeton debe de estar vistiéndose, ¿no? —dijo, estremeciéndose ante lo tonto de la pregunta.

—Sí, se está vistiendo —respondió el marido con naturalidad.

Lucien alzó los ojos para contemplar las dos vigas a la vista, pintadas de gris y con cielo raso en los espacios intermedios, sin encontrar una frase para reanudar la conversación; pero entonces vio, no sin terror, que la pequeña araña de viejos colgantes de cristal había sido despojada de su gasa y guarnecida de unas bujías. Las fundas de los muebles habían sido retiradas y la china roja mostraba sus flores marchitas. Todos estos preparativos anunciaban una reunión extraordinaria. El poeta tuvo sus dudas sobre lo conveniente de su atuendo, ya que iba calzado con botas. Con asombro mezclado de inquietud fue a contemplar un jarrón japonés que adornaba una consola con guirnaldas de tiempos de Luis XV; acto seguido le entró miedo de no ser del agrado de aquel marido si no le hacía la corte, y se decidió a buscar en aquel hombre alguna afición que halagar.

—¿Deja a menudo la ciudad o rara vez, señor? —preguntó a monsieur de Bargeton mientras se dirigía hacia él.

—Rara vez.

Se hizo de nuevo el silencio. Monsieur de Bargeton espió como una gata suspicaz los menores movimientos de Lucien, quien perturbaba su descanso. Cada uno temía al otro.

«¿Sospechará de mi asiduidad? —pensó Lucien—. Pues noto una marcada hostilidad hacia mí.»

En aquel momento, afortunadamente para Lucien, incomodísimo de sostener las miradas inquietas con las que monsieur de Bargeton le examinaba mientras iba y venía, el viejo criado, que se había endosado una librea, anunció a Du Châtelet. El barón entró con gran desenvoltura, saludó a su amigo Bargeton, e hizo a Lucien una pequeña inclinación de cabeza que estaba entonces de moda, pero que al poeta se le antojó en el fondo impertinente. Sixte du Châtelet llevaba unos pantalones de una blancura deslumbrante, con trabillas interiores que marcaban perfectamente los pliegues. Calzaba unos escarpines y medias de hilo escocés. Sobre su blanco chaleco oscilaba la cinta negra de sus anteojos. Finalmente, su chaqueta negra se distinguía por un corte y una hechura parisienses. Era el perfecto fachendón que sus antecedentes anunciaban; pero la edad le había dotado de una redonda barriguita bastante difícil de contener dentro de los límites de la elegancia. Se teñía el cabello y las patillas encanecidas por los padecimientos de su viaje, lo cual le endurecía los rasgos. Su piel, en otro tiempo muy delicada, había tomado el color cobrizo de las personas que vuelven de las Indias; pero su porte, si bien ridículo para las pretensiones que conservaba, revelaba no obstante al agradable primer secretario de una Alteza Imperial. Tomó sus anteojos y miró el pantalón de nanquín, las botas, el chaleco y la chaqueta azul hecha en Angulema de Lucien, por último a su rival en su conjunto. Luego, volvió a guardar fríamente sus anteojos en el bolsillo de su chaleco, como diciendo: «Me doy por satisfecho».

Apabullado por la elegancia del funcionario, Lucien pensó que ya se tomaría el desquite cuando mostrara a la reunión su rostro animado por la poesía; pero no por eso acusó menos un vivo sufrimiento que acentuó más aún la desazón interior que la supuesta hostilidad de monsieur de Bargeton le había causado. El barón parecía hacer sentir sobre Lucien todo el peso de su riqueza para humillar aún más aquella miseria. Monsieur de Bargeton, que contaba ya con no tener que decir nada más, quedó consternado ante el silencio que guardaban los dos rivales mientras se examinaban; pero, cuando se encontraba ya en el límite de lo soportable, tenía una pregunta que se reservaba como la tabla para el

náufrago, y juzgó necesario soltarla, adoptando un aire preocupado:

—Bien, señor —dijo a Du Châtelet—, ¿qué hay de nuevo?, ¿se cuenta alguna cosa?

—Pero —dijo maliciosamente el director de contribuciones— la novedad es monsieur Chardon. Diríjase a él. ¿Nos trae algún bonito poema? —preguntó el vivaz barón enderezándose el rizo mayor de uno de los lados, que le pareció descompuesto.

—Para saber si está logrado, debería de haberle consultado —respondió Lucien—. Ha cultivado usted la poesía antes que yo.

—¡Bah! Algunos vodeviles bastante agradables que escribí por simple amabilidad, canciones de circunstancias, romanzas de las que sólo valía la música, mi gran epístola a una hermana de Buonaparte (¡el ingrato!), no son títulos para pasar a la posteridad.

En aquel momento apareció madame de Bargeton en todo el esplendor de una estudiada toilette. Llevaba un turbante judío enriquecido con un broche oriental. Una chalina de gasa, debajo de la cual relucían los camafeos de un collar, envolvía graciosamente su cuello. Su vestido de muselina estampada, de mangas cortas, le permitía exhibir varios brazaletes escalonados a lo largo de sus bonitos brazos blancos. Esta vestimenta teatral encantó a Lucien. Monsieur du Châtelet dirigió galantemente a esta reina unos cumplidos nauseabundos que la hicieron sonrojarse de placer, hasta tal punto se sintió dichosa de verse elogiada delante de Lucien. Sólo cruzó una mirada con su querido poeta, y respondió al director de contribuciones mortificándole con una cortesía que le excluía de su intimidad.

En aquel momento comenzaron a llegar los invitados. En primer lugar se presentaron el obispo y su vicario general, dos figuras dignas y solemnes, pero que hacían un violento contraste: monseñor era alto y delgado y su acólito bajo y gordo. Los dos tenían los ojos brillosos, pero el obispo era pálido y su vicario general exhibía un rostro colorado rebosante de salud. Tanto en uno como en el otro los gestos y visajes eran escasos. Ambos parecían prudentes, su reserva y su silencio intimidaban, y pasaban por ser personas de gran inteligencia.

Siguieron a los dos sacerdotes madame de Chandour y su marido, personajes extraordinarios que las personas que no conocen la provincia estarían tentadas de creer que son fruto de la invención. El marido de Amélie, la mujer que se presentaba como rival de madame de Bargeton, monsieur de Chandour, conocido como Stanislas, era un ex joven, delgado todavía a sus cuarenta y cinco años y cuya cara semejaba un cedazo. Llevaba la corbata siempre anudada de forma que presentaba dos puntas amenazadoras, una a la altura del oído derecho y la otra vuelta hacia la cinta carmesí de su cruz. Los faldones de su frac estaban vueltos violentamente del revés. Su chaleco, muy abierto, dejaba ver una camisa hinchada y almidonada, cerrada con unos alfileres sobrecargados de orfebrería. En resumen, toda su indumentaria presentaba un aspecto exagerado que le confería una semejanza tan grande con las caricaturas, que los extraños al verle no podían dejar de sonreír. Stanislas se miraba continuamente con una especie de satisfacción de arriba abajo, comprobando el número de los botones del chaleco, siguiendo las líneas sinuosas que dibujaban sus pantalones ajustados y acariciando sus piernas con una mirada que se detenía amorosamente en las puntas de sus botas. Cuando dejaba de mirarse así, sus ojos buscaban un espejo y observaba si sus cabellos conservaban el rizado; interrogaba a las mujeres con mirada feliz ensartando uno de sus dedos en el bolsillo de su chaleco, balanceándose hacia atrás y colocándose de tres cuartos, coqueterías de gallito que le hacían triunfar en la sociedad aristocrática de la que era el lechuguino. Las más de las veces sus discursos incluían palabras muy libres, como se decía en el siglo XVIII. Este género detestable de conversación le proporcionaba cierto éxito entre las mujeres

al hacerlas reír. A monsieur du Châtelet comenzaba a inquietarle. Efectivamente, intrigadas por el desdén del fatuo de las contribuciones indirectas, incitadas por su afectación al pretender que era imposible hacerlo salir de su marasmo y picadas por su aire de sultán hastiado, las mujeres le buscaban aún con más ahínco que a su llegada desde que madame de Bargeton se había prendado del Byron de Angulema. Amélie era una pequeña mala comedianta, gorda, blanca de tez, de cabellos negros, que lo exageraba todo, que hablaba en voz alta, pavoneándose con su cabeza cargada de plumas en verano y de flores en invierno; buena parlanchina, pero incapaz de acabar una parrafada sin acompañarla con los silbidos de un asma no confesada.

Monsieur de Saintot, llamado Astolphe, el presidente de la Sociedad de Agricultura, hombre de semblante encendido, alto y grueso, apareció, remolcado por su mujer, especie de figura bastante parecida a un helecho seco, a la que llamaban Lili, abreviatura de Éliisa. Este nombre, que sugería en su persona un no sé qué de infantil, se compadecía mal con el carácter y comportamiento de madame de Saintot, mujer solemne, extremadamente piadosa, jugadora difícil y enredadora. Astolphe era considerado un sabio de primer orden. Sin saber el abecé, no por ello había dejado de escribir los artículos «Azúcar» y «Aguardiente» en un diccionario de agricultura, dos obras copiadas al pie de la letra de todos los artículos de prensa y de todos los tratados antiguos que hacían referencia a estos dos productos. Todo el departamento le creía ocupado en un tratado sobre los cultivos modernos. Pese a que se pasaba encerrado toda la mañana en su gabinete, en doce años no había escrito ni dos páginas. Si alguien iba a verle, se dejaba sorprender emborronando unas cuartillas, buscando una nota extraviada o afilando su pluma; pero todo el tiempo que permanecía en su gabinete de trabajo lo empleaba en nimiedades: leía largo rato el periódico, esculpía corchos con su cortaplumas, trazaba dibujos fantásticos en el papel secante, hojeaba a Cicerón para tomar de él al voleo una frase o algunos pasajes cuyo sentido pudiera ser aplicado a los acontecimientos del día; luego, por la noche, procuraba dirigir la conversación hacia un asunto que le permitiera decir: «En Cicerón se encuentra un pasaje que verdaderamente parece escrito para lo que sucede en nuestros días». Recitaba entonces su pasaje ante el asombro del auditorio, que se decía: «Verdaderamente Astolphe es un pozo de ciencia». Este hecho curioso era contado por toda la ciudad y mantenía a ésta en sus halagüeñas opiniones sobre monsieur de Saintot.

Tras esta pareja, apareció monsieur de Bartas, llamado Adrien, el hombre que cantaba tonadillas de bajo y que tenía grandes pretensiones musicales. El amor propio le había orientado hacia el solfeo: había comenzado por admirarse a sí mismo cantando; luego se había puesto a disertar sobre música y por último había acabado por ocuparse exclusivamente de ella. El arte musical se había convertido en él en una especie de monomanía; sólo se animaba si hablaba de música, sufría durante toda la velada hasta que se le rogaba que cantara. Una vez que había berreado una de sus tonadillas, comenzaba a vivir: se pavoneaba, se alzaba sobre sus talones al recibir cumplidos, se hacía el modesto; pero no por ello dejaba de ir de grupo en grupo para recibir los elogios; luego, cuando ya había sido dicho todo, volvía de nuevo al tema de la música, entablando una discusión sobre las dificultades de su tonadilla o bien haciendo la loa del compositor.

Monsieur Alexandre de Brebian, el héroe de la tinta de sepia, el dibujante que infestaba las habitaciones de sus amigos con producciones estrafalarias y estropeaba todos los libros de visita del departamento, acompañaba a monsieur de Bartas. Cada uno de ellos daba el brazo a la mujer del otro. Al decir de la crónica escandalosa, este trueque era completo. Las dos mujeres, Lolotte (madame Charlotte de Brebian) y Fifine (madame Joséphine de Bartas), igual de preocupadas por una pañoleta, una guarnición o la combinación de unos colores heterogéneos, ardían en deseos de parecer parisienses

y desatendían su casa, donde todo iba manga por hombro. Si bien las dos mujeres, embutidas como muñecas en unos vestidos de confección económica, exhibían una colección de colores insultantemente extravagantes, los maridos se permitían, en su calidad de artistas, un descuido provinciano que les hacía curiosos de ver. Sus fracs arrugados les conferían el aspecto de los comparsas que en los pequeños teatros representan a la alta sociedad invitada a una boda.

Entre las personas que se dejaron ver por el salón, una de las más originales fue el señor conde de Sénonches, aristocráticamente llamado Jacques, gran cazador, altanero, seco, de tez tostada, amable como un jabalí, desafiante como un veneciano, celoso como un moro y en muy buenos términos con monsieur du Hautoy, también llamado Francis, el amigo de la casa.

Madame de Sénonches (Zéphirine) era esbelta y bella, pero ya rojiza de cara por cierta inflamación hepática, que la hacía pasar por una mujer exigente. Su fino talle y sus delicadas proporciones le permitían adoptar unas maneras lánguidas, que parecían afectación, pero que revelaban la pasión y los caprichos siempre satisfechos de una persona amada.

Francis era un hombre bastante distinguido, que había abandonado el puesto de cónsul en Valencia y sus esperanzas en la diplomacia para irse a vivir a Angulema con Zéphirine, también conocida como Zizine. El antiguo cónsul se cuidaba de la casa, de la educación de los hijos, a quienes enseñaba idiomas, y administraba la fortuna de monsieur y de madame de Sénonches con absoluta abnegación. La Angulema noble, la Angulema funcionarial, la Angulema burguesa habían glosado largo tiempo la perfecta unidad de este matrimonio a tres, pero a la larga este misterio de trinidad conyugal pareció tan raro y hermoso, que monsieur du Hautoy habría parecido extremadamente inmoral de haber tenido intención de casarse. Por otra parte, se comenzaba a sospechar por el excesivo apego de madame de Sénonches por una ahijada llamada mademoiselle de La Haye, que hacía funciones de señorita de compañía, unos misterios inquietantes; y a pesar de la aparente imposibilidad cronológica, se encontraba un gran parecido entre Françoise de La Haye y Francis du Hautoy. Cuando Jacques cazaba en los alrededores, todos le pedían noticias de Francis, y él contaba las pequeñas indisposiciones de su intendente voluntario, dándole la precedencia a él en vez de a su mujer. Esta ceguera parecía tan curiosa en un hombre celoso, que sus mejores amigos se divertían tirándole de la lengua, y se lo hacían saber a los que no conocían el misterio para que se divirtieran. Monsieur du Hautoy era un estimable dandy cuyos pequeños cuidados personales habían caído en la lindeza y el infantilismo. Se preocupaba de su tos, de su sueño, de su digestión y de su comida. Zéphirine había convertido a su factótum en un hombre de salud delicada: le abrigaba en exceso, le tocaba con un sombrero y le medicaba; le atracaba de manjares escogidos como al perrito de lanas de una marquesa; le prescribía o le prohibía tal o cual alimento; le bordaba chalecos, corbatas y pañuelos; había acabado por acostumbrarlo a llevar cosas tan lindas que le había convertido en una especie de ídolo japonés. Su entendimiento era, sin embargo, total y absoluto: Zizine le consultaba todo con la mirada a Francis y Francis parecía sacar sus ideas de los ojos de Zizine. Censuraban y sonreían a la vez, y hasta parecían consultarse para decir el más sencillo buenos días.

El más rico propietario de los contornos, el hombre envidiado por todos, el señor marqués de Pimentel y su esposa, que reunían entre los dos cuarenta mil libras de renta y pasaban el invierno en París, vinieron del campo en calesa con sus vecinos el señor barón y la señora baronesa de Rastignac, acompañados de la tía de la baronesa y de sus hijas, dos encantadoras jovencitas, bien educadas, pobres pero arregladas con esa sencillez que tanto realza las bellezas naturales. Estas personas, que ciertamente eran lo más selecto de aquella reunión social, fueron recibidas con un frío silencio y un respeto lleno de

envidia, especialmente cuando todos vieron la distinción en la acogida que les dispensó madame de Bargeton. Estas dos familias pertenecían a ese pequeño número de personas que en provincias se mantienen por encima de las habladurías, no se mezclan con ningún círculo social, viven en un silencioso retiro y guardan una imponente dignidad. Monsieur de Pimentel y monsieur de Rastignac eran llamados por sus títulos; ninguna familiaridad mezclaba a sus mujeres y a sus hijas con el alto cogollito de Angulema, se encontraban demasiado próximos a la nobleza cortesana para implicarse en las tonterías de provincias.

El prefecto y el general fueron los últimos en llegar, acompañados del hidalguelo que aquella mañana había llevado su memoria sobre los gusanos de seda a casa de David. Debía de ser sin duda algún alcalde de cantón, recomendado por sus grandes propiedades; pero su porte y su indumentaria delataban su falta absoluta de costumbre a la vida de sociedad: se sentía incómodo dentro de sus ropas, no sabía dónde poner sus manos, daba vueltas alrededor de su interlocutor mientras hablaba, se levantaba y se volvía a sentar para responder cuando le dirigían la palabra, parecía estar dispuesto a echar una mano en algún trabajo doméstico; se mostraba a ratos obsequioso, inquieto y grave, se apresuraba a reír cualquier broma, escuchaba con actitud servil y a veces adoptaba un aire taimado, creyendo que se burlaban de él. Varias veces durante la velada, obsesionado por su memoria, pretendió hablar de gusanos de seda, pero el infortunado monsieur de Séverac fue a tropezar con monsieur de Bartas, que le respondió sobre música, y con monsieur de Saintot, que le citó a Cicerón. Mediada la velada, el pobre alcalde acabó por entenderse con una viuda y su hija, madame y mademoiselle du Brossard, que no eran las figuras menos interesantes de esta reunión. Dicho en pocas palabras: eran tan pobres como nobles. Tenían en su forma de vestir esas pretensiones de elegancia que revelan una secreta miseria. Madame du Brossard no perdía oportunidad de alabar muy torpemente a su alta y gorda hija, de veintisiete años de edad, que pasaba por ser una buena pianista; le hacía compartir oficialmente todos los gustos de los hombres en edad casadera, y, en su deseo de casar a su querida Camille, había sostenido en una misma velada que Camille adoraba la vida errante de las guarniciones y la vida plácida de los terratenientes dedicados al cultivo de su hacienda. Tenían las dos la dignidad ofendida y agridulce de las personas a las que todo el mundo gusta de compadecer, por las que se interesa sólo por egoísmo y que han sondeado el vacío de las frases consoladoras con las que el mundo se complace en aceptar a los desventurados. Monsieur de Séverac tenía cincuenta y nueve años, era viudo y sin hijos; la madre y la hija escucharon, pues, con devota admiración los detalles que les dio sobre sus criaderos de gusanos de seda.

—A mi hija siempre le han gustado los animales —dijo la madre—. Por ello, como la seda que hacen esos bichitos es algo que interesa a las mujeres, le pediría que nos permitiera ir a Séverac para enseñarle a Camille cómo se recoge. Camille es tan inteligente que comprenderá en un instante cuanto usted le diga. ¿Acaso no comprendió un día la razón inversa del cuadrado de las distancias?

Esta frase puso fin gloriosamente a la conversación entre monsieur de Séverac y madame du Brossard, tras la lectura de Lucien.

Algunos asiduos se colaron familiarmente en la reunión, así como dos o tres hijos de familia, tímidos, silenciosos, hechos un brazo de mar, felices por haber sido invitados a aquella solemnidad literaria, y el más atrevido de los cuales habló mucho con mademoiselle de La Haye. Todas las mujeres se colocaron seriamente en círculo, detrás del cual se situaron los hombres de pie. Esta reunión de personajes estrafalarios, con vestidos variopintos y rostros maquillados, causó gran impresión a Lucien, cuyo corazón latió con fuerza al verse objeto de todas las miradas. Por más osado que fuese, superó esta

primera prueba no sin ciertas dificultades, a pesar de los ánimos que le dio su amada, quien desplegó todo el fasto de sus reverencias y sus mejores encantos al recibir a las ilustres personalidades de Angulema. La incomodidad que sentía continuó debido a una circunstancia fácilmente previsible, pero que no podía dejar de espantar a un joven poco hecho aún al trato mundano. Lucien, todo ojos y oídos, se oía llamar monsieur de Rubempré por Louise, monsieur de Bargeton, el obispo y algunos aduladores de la señora de la casa, y monsieur Chardon por la mayor parte de aquel temible público. Intimidado por las miradas inquisitivas de los curiosos, presentía su nombre burgués al sólo movimiento de los labios, así como adivinaba los juicios anticipados que se hacían sobre su persona con esa franqueza provinciana a menudo un poco rayana en la descortesía. Estos continuos alfilerazos inesperados le hicieron sentir aún peor. Esperó con impaciencia el momento de dar comienzo a su lectura, para asumir una actitud que hiciera cesar su suplicio interior; pero Jacques estaba contándole su última cacería a madame de Pimentel; Adrien hablaba del último astro musical, Rossini, con mademoiselle Laure de Rastignac; Astolphe, que se había aprendido de memoria en un periódico la descripción de un nuevo arado, le hablaba de él al barón. No sabía Lucien, el pobre poeta, que ninguna de estas inteligencias, salvo la de madame de Bargeton, era capaz de comprender la poesía. Todas estas personas, incapaces de sentir una emoción, habían acudido engañándose a sí mismas sobre la naturaleza del espectáculo que les esperaba. Existen palabras que, semejantes a las trompetas, a los címbalos o al bombo de los titiriteros, atraen siempre al público. Las palabras belleza, gloria, poesía, poseen un sortilegio que seduce incluso a los espíritus más toscos. Cuando hubo llegado todo el mundo, cuando todas las charlas hubieron cesado, no sin mil advertencias hechas a los importunos por monsieur de Bargeton, a quien su mujer envió como al pertiguero a dar con su vara sobre las losas, Lucien se sentó a la mesa redonda, junto a madame de Bargeton, sintiendo una violenta emoción en el alma. Anunció con voz trémula que, para no defraudar las expectativas de nadie, leería las obras maestras recién descubiertas de un gran poeta desconocido. Aunque las poesías de André de Chénier habían sido publicadas a partir de 1819, nadie en Angulema había oído todavía hablar de él. Todos quisieron ver en aquel anuncio un hábil ardid de madame de Bargeton para proteger el amor propio del poeta y que los oyentes se sintieran cómodos. Lucien leyó en primer lugar «El joven enfermo», que fue acogido con murmullos de agrado; luego «El ciego», poema que a aquellos espíritus mediocres les pareció largo. Durante la lectura, Lucien fue presa de uno de esos sufrimientos infernales que sólo unos artistas eminentes o aquéllos a los que su entusiasmo y una gran inteligencia ponen a su nivel pueden comprender perfectamente. Para ser traducida por la voz, así como para ser comprendida, la poesía exige una religiosa atención. Ha de crearse entre el lector y el auditorio una íntima complicidad, sin la cual no se produce la comunicación eléctrica de los sentimientos. Si falta esta comunión de las almas, el poeta se encuentra en la misma situación que un ángel que tratara de entonar un himno celestial en medio de las risas burlonas del infierno. Ahora bien, en la esfera en que se desarrollan sus facultades, los hombres inteligentes poseen la vista aguda del caracol, el olfato del perro y el oído del topo; ven, sienten y oyen todo a su alrededor. El músico y el poeta se saben así tan inmediatamente admirados o incomprendidos, como una planta se seca o revive en un clima favorable u hostil. Los murmullos de los hombres, que habían acudido allí sólo por sus mujeres y que hablaban de sus asuntos, resonaban en los oídos de Lucien por las leyes de esta acústica particular, lo mismo que veía los bostezos contagiosos de algunas mandíbulas violentamente entreabiertas y cuyos dientes se mofaban de él. Cuando, semejante a la paloma del Diluvio, buscaba un rincón favorable en el que poder posar su mirada, encontraba las miradas impacientes de las personas que pensaban evidentemente aprovechar esta reunión para preguntarse sobre algunos intereses positivos. A excepción de Laure de Rastignac, de dos o tres jóvenes y del obispo, el resto de los asistentes se aburrían. Efectivamente, quienes comprenden la poesía tratan de desarrollar en su alma lo que el autor ha puesto en germen en

sus versos; pero aquel auditorio gélido, en vez de abrirse al alma del poeta, ni siquiera escuchaba sus acentos. Lucien sintió, pues, un desaliento tan profundo que un sudor frío empapó su camisa. Una mirada de fuego lanzada por Louise, hacia la cual se volvió, le dio el valor para terminar; pero su corazón de poeta sangraba por mil heridas.

—¿Encuentra esto verdaderamente divertido, Fifine? —preguntó a su vecina la seca Lili, que sin duda esperaba alguna proeza.

—No me pida mi parecer, querida, mis ojos se cierran en cuanto oigo leer.

—Espero que Naïs no nos ofrezca muy a menudo veladas poéticas por las noches —dijo Francis—. Cuando oigo leer después de cenar, la atención a que me veo obligado perturba mi digestión.

—Cielo mío —dijo Zéphirine en voz baja—, tómese un vaso de agua con azucarillo.

—Ha sido muy bien declamado —dijo Alexandre—, pero yo prefiero el whist.

Al oír esta respuesta, que se consideró ingeniosa debido al significado de la palabra inglesa, algunas jugadoras consideraron que el poeta necesitaba un descanso. Con este pretexto, una o dos parejas se escabulleron al boudoir. Lucien, a ruegos de Louise, de la encantadora Laure de Rastignac y del obispo, despertó la atención, gracias al verbo contrarrevolucionario de los Yambos que varias personas, arrastradas por el entusiasmo de la declamación, aplaudieron sin comprenderlos. Esta clase de personas son influenciables por los gritos, como los paladares no refinados se ven excitados por los licores fuertes. Durante una pausa en que se tomaron helados, Zéphirine mandó a Francis a ver el libro de poesía, y le dijo a su vecina Amélie que los versos leídos por Lucien estaban impresos.

—Pero si es —respondió Amélie con visible contento— algo de lo más natural, pues monsieur de Rubempré trabaja en casa de un impresor. Es —añadió mirando a Lolotte— como si una mujer hermosa se hiciera ella misma sus vestidos.

—Ha impreso sus poesías él mismo —se dijeron las mujeres.

—¿Por qué se hace llamar, entonces, monsieur de Rubempré? —preguntó Jacques—. Un noble que trabaja con sus manos debe dejar de usar su apellido.

—Efectivamente, ha dejado de usar el suyo, que es plebeyo —respondió Zizine—, pero para adoptar el de su madre, que es noble.

—Dado que sus versos (en provincias se pronuncia verse) están impresos, podemos leerlos nosotros mismos —dijo Astolphe.

Esta estupidez complicó la cuestión hasta que Sixte du Châtelet se dignó decir a esta ignorante tertulia que el anuncio no había sido una mera precaución oratoria y que aquellas hermosas poesías pertenecían a un hermano monárquico del revolucionario Marie-Joseph Chénier. La sociedad de Angulema, a excepción del obispo, madame de Rastignac y sus dos hijas, en quienes esta poesía había producido una profunda impresión, se creyó burlada y se ofendió por este engaño. Se alzó un sordo murmullo, pero Lucien no lo oyó. Aislado de aquel mundo odioso por la embriaguez que le producía una melodía interior, se esforzaba por repetirla, y veía los rostros como a través de una nube. Leyó la sombría elegía sobre el suicidio, la escrita al gusto antiguo y en la que se respira una melancolía sublime; luego, aquélla en que se lee este verso:

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Finalmente, terminó con el dulce idilio titulado Néère.

Sumida en dulce ensoñación, con una mano en sus rizos, que había desrizado inadvertidamente, y la otra colgando, la mirada distraída, sola en medio de su salón, madame de Bargeton se sentía por primera vez en su vida transportada a la esfera que le era propia. Juzgad, pues, cuán desagradablemente fue interrumpida por Amélie, encargada de expresarle los deseos del público.

—Naïs, hemos venido para escuchar las poesías de monsieur Chardon, y nos ofrece usted unos versos ya impresos. Por más bellos que sean estos fragmentos, por patriotismo estas damas preferirían vino de la propia cosecha.

—¿No le parece que la lengua francesa se presta muy poco a la poesía? —preguntó Astolphe al director de contribuciones—. La prosa de Cicerón me parece mil veces más poética.

—La verdadera poesía francesa es la poesía ligera, la canción —le replicó Du Châtelet.

—La canción demuestra que nuestro idioma es muy musical —dijo Adrien.

—Mucho me gustaría conocer los versos que han causado la pérdida de Naïs —dijo Zéphirine—; pero después de cómo ha sido acogida la petición de Amélie, no creo que esté dispuesta a ofrecernos ni una pequeña muestra siquiera.

—No puede negárnoslo —respondió Francis—, pues el genio de ese buen muchacho es su justificación.

—Usted que ha estado en la diplomacia, consíganos esto —le rogó Amélie a monsieur du Châtelet.

—Nada más fácil —dijo el barón.

El antiguo primer secretario, habituado a estos pequeños tejemanejes, fue a donde estaba el obispo y supo asegurarse sus buenos oficios. A ruegos de monseñor, Naïs se vio obligada pedirle a Lucien algún fragmento que se supiese de memoria. El rápido éxito del barón en esta gestión le valió una lánguida sonrisa de Amélie.

—No cabe duda de que este barón es muy ingenioso —le dijo a Lolotte.

Lolotte se acordaba de las palabras agridulces de Amélie sobre las mujeres que se hacen ellas mismas sus vestidos.

—¿Desde cuándo da muestras de gratitud a los barones del Imperio? —le respondió sonriendo.

Lucien había tratado de deificar a su amada en una oda que le había dedicado con un título que se les ha ocurrido a todos los jóvenes al dejar el colegio. Esta oda, trabajada con tanta complacencia, embellecida con todo el amor que sentía en su corazón, le pareció la única obra capaz de competir con la poesía de Chénier. Lanzó una mirada un tanto fatua en dirección a madame de Bargeton diciendo: «¡A ELLA!». Acto seguido adoptó una actitud orgullosa para desarrollar este ambicioso poema, pues su amor propio de autor se sentía a sus anchas al amparo de las faldas de madame de Bargeton. En aquel instante Naïs dejó escapar su secreto a los ojos de las mujeres. No obstante estar acostumbrada a dominar aquel mundo desde lo alto de su inteligencia, no pudo dejar de temblar por Lucien. Su aplomo se vio alterado, sus miradas pidieron en cierto modo indulgencia; luego, se vio obligada a permanecer con los ojos bajos, disimulando su contento a medida que se iban desarrollando las siguientes estrofas.

A ELLA

Del seno de aquellos torrentes de gloria y de fulgor,
donde con áureos sistros los ángeles fervorosos
repiten, a los pies de Jehová, el clamor
de nuestros astros quejumbrosos,

A menudo un querubín de cabello rubicundo,
velando el esplendor divino en su frente posado,
en el celeste atrio deja su plumaje plateado
y desciende al mundo.

De Dios ha comprendido la mirada bienhechora:
del genio en apuros alivia toda penalidad;
al viejo mece la muchacha que le adora,
entre las flores de la primera edad;
del malvado anota el tardío arrepentimiento;
a la madre inquieta dice en sueños: ¡Ten paciencia!
Y, con corazón alegre, cuenta el padecimiento
que nos inspira la indigencia.

Uno solo de estos mensajeros vino entre nosotros a habitar,
a quien la amorosa tierra detiene en su carrera eterna;
pero él llora, y busca con dulce y triste mirar
la celeste bóveda paterna.

Ni la deslumbrante blancura de su frente,
ni el brillo de sus ojos, ni el fecundo ardor,
me han revelado el linaje de su gente,
ni su virtud superior.

Pero deslumbrado mi amor por tanto esplendor
unirse pretendió a su santa natura,
pero repelido fue por el ángel con fragor
con la impenetrable armadura.

¡Ah!, guardaos, guardaos de que vuelva a ver
al brillante serafín que hacia los cielos vuela;
muy pronto sabría la mágica pastorela

que se canta al atardecer.

Pues le veríais, de la noche rasgando los negros velos,
como un súbito romper de aurora, alcanzar los cielos
con vuelo fraterno;

y el marino que, aguardando una señal, vela,
de sus pies luminosos mostraría la huella,
como un faro eterno.

—¿Comprende usted algo de este retruécano? —preguntó Amélie a monsieur du Châtelet dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—Son versos como los que hemos hecho más o menos todos al dejar el colegio —respondió el barón con aire aburrido, para atenerse a su papel de juez al que nada sorprende—. En otros tiempos nos entregábamos a las brumas osiánicas. Todo eran Malvinas, Fingales, apariciones nebulosas, guerreros que salían de sus tumbas con estrellas sobre sus cabezas. Hoy, toda esa quincalla poética ha sido sustituida por Jehová, los sistros, los ángeles, las plumas de los serafines y por toda la guardarropía del paraíso remozada con las palabras inmenso, infinito, soledad, inteligencia. Todo son lagos, palabras de Dios, una especie de panteísmo cristianizado, enriquecido con rimas raras y buscadas con gran esfuerzo, como esmeralda y gualda, carmesíes y rubíes, etcétera. En fin, hemos variado de latitud: en vez de encontrarnos en el Norte, estamos en Oriente, pero las tinieblas siguen siendo igual de densas.

—Aunque la oda es oscura —dijo Zéphirine—, la declaración me parece en cambio muy clara.

—Y la armadura del arcángel es un vestido de muselina bastante ligero —dijo Francis.

No obstante la cortesía para con madame de Bargeton exigía que se encontrara la oda ostensiblemente encantadora, las mujeres, furiosas por no contar con un poeta a su servicio para ser tratadas de ángeles, se levantaron con cara de aburrimiento musitando con aire glacial unos «muy bien», «bonito», «perfecto».

—Si me quiere usted, espero que no cumplimente ni al autor ni a su ángel —dijo Lolotte con aire despótico a su querido Adrien, a quien no le quedó más remedio que obedecer.

—A fin de cuentas, no son más que frases —dijo Zéphirine a Francis—, y el amor es poesía en acción.

—Acaba de decir algo en lo que yo mismo estaba pensando, Zizine, pero que no hubiera sabido expresar con tanta finura —terció Stanislas examinándose minuciosamente de arriba abajo con mirada acariciadora.

—No sé qué daría —dijo Amélie a Du Châtelet— con tal de ver humillar el orgullo de Naïs, que se hace tratar de arcángel, como si fuera más que nosotros, y nos encanalla con el hijo de un boticario y de una enfermera, cuya hermana es una modistilla y trabaja en una imprenta.

—Ya que el padre vendía preparados contra las lombrices —dijo Jacques—, bien podría haber hecho tomar uno a su hijo.

—Continúa el oficio de su padre, porque lo que nos acaba de ofrecer no me parece sino una purga

—dijo Stanislas adoptando una de sus poses más irritantes—. Droga por droga, prefiero otra cosa.

En un instante todos se pusieron de acuerdo en humillar a Lucien con alguna frase de aristocrática ironía. Lili, mujer piadosa, consideró que era una acción caritativa decir que ya había llegado el momento de abrirle los ojos a Naïs, que estaba a punto de cometer una locura. Francis, el diplomático, se encargó de llevar a cabo aquella estúpida conspiración, por la que se interesaron todas estas personas de cortas luces como si se tratara del desenlace de un drama, y en la que vieron una aventura que poder contar al día siguiente. El antiguo cónsul, poco preocupado de tener que batirse con un joven poeta que montaría en cólera si era insultado ante su amada, comprendió que había que asesinar a Lucien con un arma sagrada contra la cual resultara imposible la venganza. Siguió el ejemplo del hábil Du Châtelet cuando se trató de convencer a Lucien de que recitase sus versos. Fue a conversar con el obispo, fingiendo compartir el gran entusiasmo que la oda de Lucien había producido a Su Ilustrísima; acto seguido le engañó haciéndole creer que la madre de Lucien era una mujer superior y de excesiva modestia, inspiradora de todas las composiciones de su hijo. El mayor placer de Lucien era ver que se hacía justicia a su madre, a la que adoraba. Una vez inculcada esta idea al obispo, Francis volvió a retomar los azares de la conversación para propiciar la hiriente frase que había pensado hacerle decir a monseñor. Una vez que Francis y el obispo volvieron al corrillo en cuyo centro se encontraba Lucien, se redobló la atención por parte de las personas que le hacían ya beber la cicuta a pequeños sorbos. El pobre poeta, absolutamente desconocedor de las intrigas de los salones, no tenía miradas más que para madame de Bargeton y respondía con torpeza a las necias preguntas que se le hacían. Ignoraba los nombres y la condición social de la mayoría de los presentes, y no sabía qué clase de conversación mantener con las mujeres que le decían sandeces que le producían vergüenza ajena. Por otra parte, se sentía a miles de leguas de aquellas divinidades anguleminas al oírse llamar unas veces monsieur Chardon y otras monsieur de Rubempré, mientras que ellas se hacían llamar Lolotte, Adrien, Astolphe, Lili, Fifine. Su confusión llegó al colmo cuando, tras haber tomado Lili por un apellido de hombre, llamó monsieur Lili al brutal monsieur de Sénonches. El Nemrod interrumpió a Lucien con un «¿Monsieur Lulu?», que hizo que madame de Bargeton se ruborizara hasta las cejas.

—Hace falta estar muy ciega para admitir aquí y presentarnos a este jovenzuelo —dijo él a media voz.

—Señora marquesa —dijo bajito Zéphirine a madame de Pimentel, pero de modo que pudieran oírla—, ¿no encuentra un gran parecido entre monsieur Chardon y monsieur de Cante-Croix?

—El parecido es puramente ideal —respondió sonriendo madame de Pimentel.

—La gloria posee seducciones que pueden confesarse —dijo madame de Bargeton a la marquesa—. Hay mujeres a las que cautiva la grandeza como a otras la pequeñez —añadió mirando a Francis.

Zéphirine no comprendió, pues encontraba a su cónsul muy grande, pero la marquesa se pasó al bando de Naïs, echándose a reír.

—Es usted muy afortunado, señor —dijo a Lucien monsieur de Pimentel, quien se corrigió para llamarle monsieur de Rubempré tras haberle llamado Chardon—, no debe de aburrirse usted nunca.

—¿Trabaja muy rápido? —le preguntó Lolotte en el mismo tono con que le hubiera dicho a un ebanista: «¿Le lleva mucho tiempo hacer una caja?».

Lucien quedó anonadado ante este golpe de matarife, pero levantó la cabeza al oírle decir a madame de Bargeton sonriendo:

—Querida, la poesía no brota en la cabeza de monsieur de Rubempré como la hierba en nuestros patios.

—Señora —le dijo el obispo a Lolotte—, nunca tendremos el respeto suficiente por los nobles espíritus a quienes Dios dota de sus rayos. Sí, la poesía es algo santo. Quien dice poesía, dice sufrimiento. ¡Cuántas noches silenciosas han hecho falta para componer las estrofas que usted admira! Salude con amor al poeta que casi siempre lleva una vida desgraciada y a quien sin duda Dios reserva un lugar en el cielo entre sus profetas. Este joven es un poeta —añadió colocando una mano sobre la cabeza de Lucien—. ¿Acaso no ve impreso el signo del destino en esta bella frente?

Feliz de verse tan noblemente defendido, Lucien dirigió al obispo una dulce mirada, sin saber que el digno prelado iba a ser su verdugo. Madame de Bargeton lanzó sobre el círculo enemigo unas miradas llenas de triunfo que se hundieron como otros tantos dardos en el corazón de sus rivales, cuya rabia se redobló.

—¡Ah!, monseñor —respondió el poeta, esperando golpear esas cabezas estúpidas con su cetro de oro—, el vulgo no tiene ni su inteligencia ni su caridad. Nuestras pesadumbres son ignoradas; nadie sabe de nuestros esfuerzos. El minero tiene menos dificultad en extraer el oro de la mina que lo que a nosotros nos cuesta arrancar nuestras imágenes de las entrañas de la lengua más ingrata que exista. Si el fin que persigue la poesía es poner las ideas en el punto concreto en el que todo el mundo pueda verlas y sentir las, el poeta debe recorrer sin cesar la escala de las inteligencias humanas a fin de satisfacerlas a todas; debe disimular bajo las más vivas tonalidades la lógica y el sentimiento, dos potencias enemigas; tiene que reunir todo un mundo de pensamientos en una palabra, resumir sistemas filosóficos enteros por medio de una descripción; y, por último, sus versos son semillas cuyas flores han de germinar en los corazones procurando encontrar en ellos los surcos abiertos por los sentimientos personales. ¿No hay que haberlo experimentado todo para poder expresarlo todo? Y sentir vivamente, ¿no es sufrir? Por consiguiente, las poesías no se crean sino tras penosos viajes que se emprenden a las vastas regiones del pensamiento y de la sociedad. ¿No son trabajos inmortales aquéllos a los que debemos criaturas cuya vida se torna más auténtica que la de los seres que han existido de verdad, como la Clarisse de Richardson, la Camille de Chénier, la Delia de Tibulo, la Angelica de Ariosto, la Francesca de Dante, el Alceste de Molière, el Fígaro de Beaumarchais, la Rebecca de Walter Scott o el Don Quijote de Cervantes?

—¿Y qué nos creará usted? —preguntó Du Châtelet.

—Anunciar semejantes concepciones —respondió Lucien—, ¿no es atribuirse un título de hombre de genio? Por otra parte, esas sublimes creaciones requieren una larga experiencia del mundo, un estudio de las pasiones e intereses humanos que yo no puedo tener; pero estoy empezando —dijo con amargura lanzando una mirada vengativa sobre aquel círculo—. El cerebro necesita mucho tiempo para gestar...

—Su alumbramiento será trabajoso —dijo monsieur du Hautoy interrumpiéndole.

—Sin duda su excelente madre podrá serle de ayuda —dijo el obispo.

Esta frase tan hábilmente preparada, esta esperada venganza, encendió en todas las miradas un destello de alegría. En todas las bocas asomó una sonrisa de aristocrática satisfacción, aumentada por la imbecilidad de monsieur de Bargeton, que se echó a reír con efecto retardado.

—Monseñor, es usted demasiado ingenioso para nosotros en estos momentos, estas señoras no le

entienden —dijo madame de Bargeton, que refrenó con esta sola frase las sonrisas y atrajo hacia ella todas las miradas asombradas—. Un poeta que busca inspiración solamente en la Biblia tiene en la Iglesia a su verdadera madre. Monsieur de Rubempré, recítenos «San Juan en Patmos» o el «Festín de Baltasar» para demostrarle a monseñor que Roma sigue siendo la Magna parens de Virgilio.

Las mujeres intercambiaron una sonrisa al oír a Naïs pronunciar las dos palabras latinas.

Al comienzo de la vida, hasta los ánimos más intrépidos no están libres de abatimiento. Este golpe había mandado de entrada a Lucien al fondo del agua; pero a impulsos de un talonazo volvió a la superficie, jurándose a sí mismo que dominaría aquel mundo. Como el toro acribillado por mil banderillas, se levantó furioso y obediente a la voz de Louise y se dispuso a declamar el «San Juan en Patmos»; pero la mayor parte de las mesas de juego habían atraído a sus jugadores, que volvían a su inveterada costumbre, encontrando en ella un placer que la poesía no les había proporcionado. Además, la venganza de tantos amores propios irritados no habría sido completa sin el negativo desdén demostrado a la poesía autóctona, dejando solos a Lucien y a madame de Bargeton. Todos parecieron preocupados: uno se dirigió al prefecto para hablarle de un camino cantonal; el otro propuso introducir una variación en las diversiones de la velada interpretando un poco de música. La alta sociedad de Angulema, sintiéndose mal juez en materia de poesía, sentía curiosidad sobre todo por conocer la opinión de los Rastignac y de los Pimentel acerca de Lucien, y fueron varias las personas que se acercaron a ellos. La gran influencia que estas dos familias ejercían en el departamento no dejaba de ser nunca reconocida en las grandes circunstancias; todos las envidiaban y las cortejaban, pues todos preveían necesitar de su protección.

—¿Qué opina de nuestro poeta y de su poesía? —preguntó Jacques a la marquesa, en cuyas propiedades solía cazar.

—Pues para ser unos versos de provincias —dijo ella sonriendo— no están mal; además, un poeta tan apuesto difícilmente puede hacer algo que no esté bien.

Todos encontraron la sentencia admirable, y fueron a repetirla a los demás, poniendo en ella más maldad de la que había puesto la marquesa. Entonces se requirió a Du Châtelet para que acompañara a monsieur de Bargas, que destrozó la obertura de Fígaro. Una vez abierta la puerta a la música, hubo que escuchar la romanza caballeresca, compuesta bajo el Imperio por Chateaubriand, cantada por Châtelet. Vinieron después los fragmentos a cuatro manos ejecutados por las jovencitas y reclamados por madame du Brossard, quien quería hacer brillar el talento de su querida Camille a los ojos de monsieur de Séverac.

Madame de Bargeton, herida por el desprecio demostrado por todos hacia su poeta, devolvió desdén por desdén encerrándose en su boudoir durante todo el tiempo que duró la sesión musical. La siguió el obispo, a quien su vicario general explicó la profunda ironía de su involuntario juego de palabras y que quería excusarse. Mademoiselle de Rastignac, a quien la poesía había seducido, se coló en el boudoir a espaldas de su madre. Sentándose en su canapé revestido de piqué, al que arrastró a Lucien, Louise pudo, sin ser vista ni oída, decirle al oído:

—Ángel querido, no le han entendido, pero...

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Lucien, consolado por este halago, olvidó por un momento sus pesares.

—No hay gloria que no se pague —le dijo madame de Bargeton tomándole la mano y apretándosela—. Sufra, sufra, amigo mío, será famoso, sus penas son el precio de su inmortalidad. Mucho me gustaría a mí tener que soportar las penalidades de una lucha. Dios le guarde de una vida sin conflicto ni luchas, en la que las alas del águila no encuentran espacio bastante. ¡Envidia sus sufrimientos, pues al menos usted está vivo! ¡Desplegará sus fuerzas, esperará una victoria! Su lucha será gloriosa. Cuando haya llegado a la esfera imperial donde dominan las grandes inteligencias, acuérdesese de los pobres desheredados de la fortuna, cuya inteligencia se ve anulada por la acción de un ázoe moral y que perecen después de haber sabido constantemente lo que era la vida sin poder vivirla, que han tenido unos ojos penetrantes pero que nada han visto, cuyo olfato era delicado y que no han olido más que unas flores corruptas. ¡Cante, entonces, a la planta que se marchita en el fondo de un bosque, sofocada por las lianas, por la vegetación devoradora, tupida, sin haber sido vivificada por el sol y que muere sin haber florecido! ¿No sería ése un poema de horrible melancolía, un tema de los más fantásticos? ¡Qué sublime composición pintar a una muchacha nacida bajo los cielos de Asia, o a una muchacha del desierto, trasladada a un país frío de Occidente, y que invoca a su querido sol, muere de dolores desconocidos, e igualmente fulminada por el frío y el amor! Ese sería el arquetipo de muchas existencias.

—Describiría así el alma que se acuerda del cielo —dijo el obispo—, un poema que debió de escribirse hace mucho tiempo y del que me alegra encontrar un fragmento en El Cantar de los Cantares.

—Emprenda esa obra —exclamó Laure de Rastignac expresando una fe ingenua en el genio de Lucien.

—Le falta a Francia un gran poema sacro —dijo el obispo—. Créame, la gloria y la fortuna corresponderán al hombre de talento que trabaje en pro de la religión.

—Lo emprenderá, monseñor —aseguró madame de Bargeton enfáticamente—. ¿No ve ya la idea del poema, despuntando como un arbol de la aurora, en sus ojos?

—Naïs nos trata muy mal a nosotros —decía Fifine—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Pero ¿es que no la oye? —respondió Stanislas—. Suelta sus grandes frases que no tienen ni pies ni cabeza.

Amélie, Fifine, Adrien y Francis aparecieron en el vano de la puerta del boudoir, acompañando a madame de Rastignac, que venía en busca de su hija para irse.

—Naïs —dijeron las dos mujeres encantadas de interrumpir la reunión en el boudoir—, sería usted muy amable si quisiera interpretar para nosotros algún fragmento.

—Amigas mías —respondió madame de Bargeton—, monsieur de Rubempré va a recitarnos su «San Juan en Patmos», un magnífico poema bíblico.

—¡Bíblico! —repitió Fifine, asombrada.

Amélie y Fifine regresaron al salón llevando allí esa palabra para dar pasto a las burlas. Lucien se excusó de recitar el poema alegando falta de memoria. Cuando reapareció, no despertó ya el menor interés. Todos charlaban o jugaban. El poeta había sido despojado de todos sus rayos, los terratenientes no veían en él nada que pudiera ser útil, la gente con pretensiones le temía como un poder hostil a su ignorancia; las mujeres celosas de madame de Bargeton, la Beatriz de este nuevo Dante, en palabras del vicario general, le lanzaban miradas fríamente desdeñosas.

«¡Así que esto es el gran mundo!», se dijo Lucien mientras bajaba hacia el Houmeau por las cuestas de Beaulieu, pues hay momentos en la vida en que se desea tomar el camino más largo a fin de mantener vivo caminando el hervidero de ideas en el que nos encontramos inmersos y a cuyo fluir desea uno abandonarse. Lejos de desanimarle, la rabia del ambicioso rechazado daba a Lucien renovadas fuerzas. Como todas las personas que se dejan llevar por su instinto a una elevada esfera adonde llegan antes de poder mantenerse en ella, se prometía sacrificarlo todo para permanecer en la alta sociedad. De camino, se iba arrancando uno a uno los dardos envenenados que había recibido, hablaba en voz alta consigo mismo, replicaba a todos los necios a los que había tenido que enfrentarse, encontraba agudas respuestas a las tontas preguntas que le habían hecho y se desesperaba de ver que su genio se despertaba demasiado tarde. Al llegar al camino de Burdeos, que serpentea al pie de la montaña y bordea las orillas del Charente, creyó ver, al claro de luna, a Ève y a David sentados sobre una viga al borde del río, cerca de una fábrica, y descendió hacia ellos por un sendero.

Mientras Lucien corría hacia su tortura en casa de madame de Bargeton, su hermana se había puesto un vestido de percalina rosa listada, su sombrero de paja y una chalina de seda, sencillo atuendo que hacía creer que iba engalanada, tal como les sucede a todas las personas en quienes una nobleza natural realza los menores aderezos. Así, cuando se despojaba de su ropa de obrera, intimidaba a David de manera asombrosa. Por más que el impresor estuviera decidido a hablar de sí mismo, no encontró ya nada que decir en cuanto dio el brazo a la bella Ève para atravesar el Houmeau. El amor se complace en esos terrores respetuosos, parecidos a los que la gloria de Dios causa a sus fieles. Los dos enamorados se dirigieron en silencio hacia el puente de Sainte Anne a fin de pasar a la margen izquierda del Charente. Ève, que encontró embarazoso este silencio, se detuvo en mitad del puente para contemplar el río que, desde allí hasta el lugar donde se construía la fábrica de pólvora, forma un amplio remanso de agua sobre el que el sol en aquel momento proyectaba un alegre reguero de luz.

—¡Qué bonita tarde! —dijo buscando un tema de conversación—. El aire es, a la vez, tibio y fresco, las flores lo embalsaman y el cielo está magnífico.

—Todo le habla al corazón —repuso David tratando de llegar a su amor con una analogía—. Para los enamorados es un placer infinito encontrar en los accidentes de un paisaje, en la transparencia del aire y en los aromas de la tierra la poesía que anida en su alma. La naturaleza habla por ellos.

—Y les desata también la lengua —dijo Ève entre risas—. Estaba usted muy callado al atravesar el Houmeau. ¿Sabe que me sentía incómoda?...

—Me parecía tan hermosa que me sentía embargado —repuso ingenuamente David.

—¿Así que estoy menos bonita en este momento? —le preguntó ella.

—No, pero me siento tan feliz de poder pasear solo con usted que...

Se interrumpió, confuso, y miró hacia las colinas por donde baja el camino de Saintes.

—Si encuentra algún placer en este paseo, estoy encantada, porque me creo obligada a proporcionarle una velada a cambio de la que ha sacrificado usted por mí. Al rehusar ir a casa de madame de Bargeton ha sido tan generoso como Lucien arriesgándose a enojarla con su petición.

—Generoso no, prudente —respondió David—. Ya que nos encontramos solos bajo el cielo, sin más testigos que los cañaverales y los arbustos que bordean el Charente, permítame, mi querida Ève, que le exprese algunas de las inquietudes que me produce la actual marcha de Lucien. Después de lo que

acabo de decirle, mis temores le parecerán, eso espero, un gesto de amistad. Usted y su madre han hecho todo lo posible para que se elevara por encima de su posición; pero al acicatear su ambición, ¿no le han abocado imprudentemente a grandes sufrimientos? ¿Cómo va a poder mantenerse en el mundo al que le llevan sus gustos? ¡Le conozco!, tiene una forma de ser que gusta de las cosechas sin trabajo; los compromisos sociales le robarán su tiempo, y el tiempo es el único capital de las personas que poseen como única fortuna su inteligencia; le gusta brillar, el mundo exacerbará sus deseos que ninguna suma podrá satisfacer; gastará dinero y no lo ganará; en fin, le han acostumbrado ustedes a creerse grande, pero el mundo antes de reconocer la superioridad de quien sea exige éxitos brillantes. Ahora bien, los éxitos literarios sólo se consiguen mediante la soledad y un trabajo obstinado. ¿Qué es lo que le dará a su hermano madame de Bargeton a cambio de tantas horas pasadas a sus pies? Lucien es demasiado orgulloso para aceptar su ayuda, y sabemos que es todavía demasiado pobre para seguir frecuentando su círculo social, que es doblemente ruinoso. Tarde o temprano esta mujer abandonará a nuestro querido hermano después de haberle hecho perder el gusto por el trabajo y haber fomentado en él la afición al lujo, el desprecio por nuestra vida austera, el amor a los placeres, su inclinación a la ociosidad, ese vicio de las almas poéticas. Sí, tiemblo sólo de pensar que esta gran dama vaya a divertirse con Lucien como con un juguete: o le ama sinceramente y le hará olvidarse de todo, o no le quiere y en ese caso le hará muy desgraciado, pues él está loco por ella.

—Me hiela el corazón —dijo Ève deteniéndose en la presa del Charente—. Pero mientras mi madre tenga fuerzas para ejercer su penoso oficio y yo viva, el fruto de nuestro trabajo quizá baste para los gastos de Lucien y le permitan esperar el momento en que comience a sonreírle la fortuna. A mí nunca me faltará el valor, porque la idea de trabajar para una persona querida —dijo Ève animándose— le quita al trabajo toda su amarga pesadez. Soy feliz de pensar por quién hago tantos esfuerzos, si es que es un esfuerzo. Sí, no tema nada, ganaremos dinero suficiente para que Lucien pueda entrar en el gran mundo. Allí está su fortuna.

—Y también su perdición —apostilló David—. Escúcheme, querida Ève. La lenta ejecución de las obras del genio exige una considerable fortuna de entrada o el cinismo sublime de una vida pobre. ¡Créame! Lucien tiene tanto pavor a las privaciones de la miseria, ha saboreado con tanta complacencia el aroma de los festines, el incienso del éxito, y su amor propio se ha desarrollado de tal modo en el boudoir de madame de Bargeton, que intentará cualquier cosa antes que fracasar, y las ganancias de su trabajo siempre estarán por debajo de sus necesidades.

—¡Pero entonces es sólo un falso amigo! —exclamó Ève, desesperada—. Si no, no nos desanimaría así.

—¡Ève, Ève! —respondió David—. Yo quisiera ser el hermano de Lucien. Sólo usted puede concederme ese título que le permitiría aceptarlo todo de mí, que me daría el derecho a consagrarme a él con el religioso amor que pone usted en sus sacrificios, pero aportándole el discernimiento de la persona que piensa. Ève, querida niña adorada, haga que Lucien tenga un tesoro al que pueda recurrir sin avergonzarse. La bolsa de un hermano, ¿no será como la suya? ¡Si supiera todas las reflexiones que me ha sugerido la nueva posición de Lucien! Si quiere ir a casa de madame de Bargeton, el pobre chico no debe seguir siendo mi regente, no debe seguir viviendo en el Houmeau, usted no debe continuar trabajando como operaria, ni su madre desempeñando su oficio. Si consintiera en ser mi mujer, todo se allanaría: Lucien podría vivir en el segundo piso de mi casa, mientras hago construir para él otro sobre el cobertizo en el fondo del patio, a menos que mi padre no quiera levantar una segunda planta. Así le prepararíamos una vida libre de preocupaciones, una vida independiente. Mi deseo de mantener a

Lucien me infundirá para hacer fortuna un valor que no tendría de tratarse sólo de mí; pero de usted depende autorizar mi abnegación. Tal vez un día él vaya a París, el único teatro donde puede exhibirse y en el que su talento será apreciado y reconocido. La vida en París es cara y tres no seremos demasiados para ayudarle. Por otra parte, tanto usted como su madre, ¿no necesitarán de un apoyo? Querida Ève, cásese conmigo por amor a Lucien. Más tarde quizá me ame al ver los esfuerzos que pienso hacer por ayudarle y hacerla a usted dichosa. Somos los dos igual de modestos en nuestros gustos, y necesitaremos poco para vivir; la felicidad de Lucien será nuestro gran objetivo, y su corazón será el tesoro en el que pondremos fortuna, sentimientos, sensaciones, ¡todo!

—Las conveniencias nos separan —dijo Ève, emocionada al ver cómo se hacía de menos aquel gran amor—. Usted es rico y yo pobre. Mucho hay que amar para salvar semejante obstáculo.

—Entonces, ¿no me ama aún lo suficiente? —exclamó David, aterrado.

—Pero quizá su padre se oponga...

—Bueno —respondió David—, si no hay más que consultar a mi padre, será mi mujer. ¡Ève, mi querida Ève!, acaba de hacerme la vida muy llevadera en cosa de un momento. Tenía, ¡ay!, el corazón lleno de sentimientos que no podía ni sabía cómo expresar. Dígame solamente que me quiere un poco, y me sentiré con el valor suficiente para hablarle de todo lo demás.

—La verdad —dijo ella—, me hace sentir avergonzada; pero ya que nos confiamos nuestros sentimientos, le diré que nunca en mi vida he pensado en otro que no fuera usted. He visto en usted a uno de esos hombres a los que una mujer tiene a orgullo ser suya, y yo no me atrevía a esperar para mí, pobre obrera sin porvenir, un tan gran destino.

—Basta, basta —dijo él sentándose sobre el parapeto de la presa, junto a la cual habían vuelto, pues iban y venían como unos locos haciendo el mismo recorrido.

—¿Qué le pasa? —le dijo ella expresando por primera vez esa inquietud tan graciosa que demuestran las mujeres por el hombre que les pertenece.

—Sólo cosas buenas —dijo él—. Al vislumbrar toda una vida feliz, el espíritu queda como deslumbrado, el alma está como abrumada. ¿Por qué soy el más feliz? —dijo con una expresión de melancolía—. Pero sé el motivo.

Ève miró a David con el aire coqueto e incrédulo de quien pide una explicación.

—Querida Ève, recibo mucho más de lo que doy. Así yo la amaré mucho más de lo que me ama usted, porque tengo muchas más razones para amarla; es usted un ángel y yo soy un hombre.

—Yo no soy tan sabia —respondió Ève sonriendo—. Le quiero...

—¿Tanto como quiere a Lucien? —preguntó él interrumpiéndola.

—Lo suficiente para ser su mujer, para consagrarme a usted y tratar de no darle ni un solo disgusto en la vida, algo dura al principio, que llevaremos.

—¿Se da cuenta, querida Ève, de que la amo desde el primer día que la vi?

—¿Qué mujer no se siente amada? —preguntó ella.

—Déjeme, pues, disipar los escrúpulos que le causa mi supuesta fortuna. Soy pobre, mi querida Ève. Sí, mi padre se ha complacido en arruinarme, ha especulado con mi trabajo, ha hecho como muchos

pretendidos benefactores con sus beneficiados. Si me hago rico, el mérito será de usted. No es ésta una frase de enamorado, sino una reflexión de pensador. Debo hacerle saber mis defectos, que son enormes en un hombre obligado a hacer fortuna. Mi carácter, mis hábitos y las ocupaciones que me gustan me hacen poco apto para todo cuanto es comercio y especulación, y sin embargo no podemos convertirnos en personas ricas sin dedicarnos a alguna industria. Si bien soy capaz de descubrir una mina de oro, soy absolutamente incapaz de explotarla. Pero usted, que, por amor a su hermano, ha descendido hasta los más pequeños detalles, que tiene la virtud del ahorro, la atención paciente del verdadero comerciante, recogerá la cosecha que yo haya sembrado. Nuestra situación, pues hace tiempo que me siento de su familia, me oprime tanto el corazón que he pasado mis días y mis noches buscando una oportunidad de hacer fortuna. Mis conocimientos en química y en la observación de las necesidades del comercio me han puesto en el camino de un descubrimiento lucrativo. No le puedo decir aún nada sobre ello, pues preveo que habrá que ir despacio. Sufriremos todavía durante unos años, pero acabaré por dar con los procedimientos industriales tras cuya pista no ando yo solo, y si soy el primero en lograrlo nos proporcionarán una gran fortuna. No le he dicho nada a Lucien, porque su carácter apasionado lo echaría todo a perder, transformaría mis esperanzas en realidades, viviría como un señor y quizá contraería deudas. Por tanto, guárdeme el secreto. Su dulce y querida compañía será lo único que podrá consolarme durante estas largas pruebas, así como el deseo de enriquecerla a usted y a Lucien me dará la constancia y el tesón...

—También yo había adivinado —le dijo Ève interrumpiéndole— que es uno de esos inventores que, como mi pobre padre, necesitan de una mujer que cuide de ellos.

—Así pues, ¿me ama? ¡Ah!, dígamelo sin temor, a mí que ha visto en su nombre un símbolo de mi amor. Eva era la única mujer que había en el mundo; y lo que era materialmente verdadero para Adán, lo es moralmente para mí. ¡Dios mío!, ¿me ama?

—Sí —dijo ella alargando esta simple sílaba como si quisiera expresar lo grande que era su sentimiento.

—Pues bien, vayamos a sentarnos allí —le dijo él llevando a Ève de la mano hacia una larga viga que había bajo las ruedas de una papelera—. Déjeme respirar el aire del anochecer, oír el croar de las ranas, admirar los rayos de la luna que cabrillean en las aguas; déjeme que me detenga en esta naturaleza, donde creo ver mi felicidad escrita en cada cosa y que se me aparece por vez primera en todo su esplendor, iluminada por el amor, embellecida por usted. Ève, ¡amor mío!, ¡éste es el primer instante de pura felicidad que me ha deparado la suerte! ¡Dudo que Lucien sea tan dichoso como lo soy yo!

Al sentir la mano de Ève húmeda y temblorosa en la suya, David dejó caer una lágrima sobre ella.

—¿No puedo saber el secreto? —dijo Ève con voz mimosa.

—Tiene todo el derecho, puesto que su padre se ocupó de esta cuestión, que se volverá importante. He aquí por qué. La caída del Imperio va a hacer que el uso de la ropa de algodón se generalice, debido al buen precio de esta materia con respecto al tejido de hilo. En la actualidad el papel se sigue haciendo con trapos de cáñamo y de lino, pero este componente es caro y su precio retrasa el gran impulso que ha de adquirir necesariamente la prensa francesa.

»Ahora bien, la producción de trapos no puede acelerarse. Los trapos son el resultado del uso del tejido, y la población de una nación no da más que una cantidad determinada de ellos. Esta cantidad

sólo puede verse aumentada con una mayor tasa de natalidad. Para producir un cambio sensible en su población, un país necesita un cuarto de siglo y grandes revoluciones en las costumbres, en el comercio y en la agricultura. Si las necesidades de la industria papelera son, pues, superiores a lo que produce Francia en trapos, ya sea el doble o triple, es preciso, para mantener el papel a bajo precio, introducir en la fabricación de papel un elemento distinto de los trapos. Este razonamiento descansa sobre un hecho que se produce aquí. Las papeleras de Angulema, las últimas en las que se fabricarán papeles a base de trapos de hilo, ven cómo el algodón va invadiendo la pasta en una progresión tremenda.

Ante una pregunta de la joven operaria, que no sabía qué significaba la palabra pot, David le dio sobre la fabricación del papel una información que no estará de más en una obra cuya existencia material se debe tanto al papel como a la prensa; pero este largo paréntesis entre los dos enamorados ganará sin duda si es resumido previamente.

El papel, producto no menos maravilloso que la imprenta, a la que sirve de base, existía desde hacía mucho tiempo en China, cuando a través de las redes misteriosas del comercio llegó hasta Asia Menor, donde hacia el año 750, según algunas tradiciones, se usaba un papel de algodón triturado y reducido a pasta. La necesidad de sustituir el pergamino, cuyo precio era excesivo, hizo que se encontrara mediante una imitación de papel bómbrice (tal fue el nombre del papel de algodón en Oriente) el papel de trapos; unos dicen que en Basilea, en 1170, por unos griegos refugiados; otros que en Padua, en 1301, por un italiano llamado Pax. Así el papel se fue perfeccionando lenta y oscuramente, pero lo cierto es que durante el reinado de Carlos VI se fabricaba ya en París la pasta de los naipes. Cuando los inmortales Faust, Coster y Gutenberg inventaron EL LIBRO, artesanos desconocidos, como tantos grandes artistas de aquella época, adaptaron la fabricación del papel a las necesidades de la tipografía. En este siglo XV, tan vigoroso e ingenuo, los nombres de los diferentes formatos de papel, lo mismo que los nombres dados a los caracteres, llevan el sello de la ingenuidad de la época. Así el raisin, el Jésum, el colombier, el papel pot, el écu, la coquille y la couronne son papeles cuyos nombres derivan de la imagen del racimo de Nuestro Señor, de su corona, del escudo, del cáliz, en fin, de la filigrana impresa en medio de la hoja, como más tarde, bajo Napoleón, se puso un águila: de ahí el papel llamado gran águila. De igual modo, a los caracteres se les llamó Cícero, San Agustín, Gran Canon, según los libros litúrgicos, las obras teológicas o los tratados de Cicerón en que fueron utilizados por primera vez. El itálico fue ideado por los Aldo, en Venecia; de ahí su nombre. Antes de la invención del papel continuo, de longitud ilimitada, los mayores formatos eran el gran Jesús o el gran palomar, y aun este último no se empleaba más que para los atlas o los grabados. Efectivamente, los tamaños del papel de impresión debían corresponderse con las platinas de las prensas. En el momento en que David hablaba, la existencia del papel continuo parecía una quimera en Francia, a pesar de que ya Denis Robert d'Essonnes hubiera inventado, hacia 1799, una máquina para fabricarlo, que luego Didot-Saint-Léger trató de perfeccionar. El papel vitela, inventado por Ambroise Didot, no data más que de 1780. Este rápido resumen demuestra irrefutablemente que todas las grandes conquistas de la industria y de la inteligencia se han hecho con excesiva lentitud y mediante aportaciones inesperadas; exactamente del mismo modo que trabaja la Naturaleza. Para llegar a su perfeccionamiento, la escritura, ¡y tal vez el lenguaje!..., han conocido los mismos tanteos que la tipografía y la fabricación del papel.

—Los traperos recogen por toda Europa los trapos, la ropa vieja, y compran los restos de todo tipo de tejidos —dijo, a modo de conclusión, el impresor—. Estos restos, posteriormente seleccionados, se almacenan en los depósitos de los traperos al por mayor, que se encargan del suministro a las fábricas de papel. Para que pueda hacerse una idea de este comercio, sepa, señorita, que en mil ochocientos catorce el banquero Cardon, propietario de las fábricas de Buges y de Langlée, donde Léorier de l'Isle trató a

partir de mil setecientos setenta y seis de solucionar el problema que tuvo ocupado a su padre, tenía entablado un proceso contra un tal monsieur Proust por un error de dos millones de diferencia en una cuenta de diez millones de libras, o sea, en torno a unos cuatro millones de francos. El fabricante lava sus trapos y los reduce a una pasta clara que, igual que una cocinera pasa una salsa por su colador, se tamiza sobre un armazón de hierro llamado «forma», y cuyo interior se halla cubierto por una tela metálica que tiene en medio la filigrana que da su nombre al papel. Del tamaño de la forma depende el tamaño del papel. En los tiempos en que estaba yo en la tipografía de los señores Didot, se ocupaban ya de esta cuestión, y se siguen ocupando de ello en la actualidad, porque el perfeccionamiento perseguido por su padre es una de las necesidades más imperiosas de estos tiempos. Y la razón es la siguiente. Aunque la duración del hilo, si la comparamos con la del algodón, hace en definitiva el hilo menos caro que el algodón, como se trata siempre de sacarles algún dinero a los pobres, prefieren dar menos que más y sufren, en virtud del *vae victis!*, unas pérdidas enormes. La clase burguesa se comporta igual que el pobre. Por eso la ropa de hilo escasea. En Inglaterra, donde el algodón ha reemplazado al hilo en las cuatro quintas partes de la población, no se fabrica más que papel de algodón. Este papel, que en principio tiene el inconveniente de rasgarse y romperse, se disuelve en agua con tanta facilidad que un libro de papel de algodón, si se pusiera en remojo durante un cuarto de hora, quedaría convertido en una papilla, mientras que un libro viejo tardaría al menos dos horas en hacerlo, de forma que secando el libro antiguo, aunque amarillento, descolorido, el texto podría aún leerse, la obra no se vería destruida. Hemos llegado a unos tiempos en que, al disminuir las fortunas a causa de su igualación, todo se empobrece; querremos ropa y libros baratos, igual que empiezan a pedirse cuadros pequeños por falta de espacio para poner los grandes. Las camisas y los libros no durarán, éstas son las consecuencias. La solidez de los productos desaparece en todas partes. Por eso el problema que hay que resolver es de la mayor importancia para la literatura, las ciencias y la política. Hubo por ello un día en mi oficina una animada discusión sobre los ingredientes que utilizan en China para la fabricación del papel. Allí, gracias a las materias primas, la fabricación del papel alcanzó desde sus orígenes una perfección de la que carece la nuestra. Había entonces mucho interés por el papel de China, cuya ligereza y finura lo hacen muy superior al nuestro, pues estas preciosas cualidades no le impiden ser consistente, y, por más fino que sea, no presenta ninguna transparencia. Un corrector muy instruido (en París es fácil encontrar sabios entre los correctores: Fourier y Pierre Leroux son en la actualidad correctores en la imprenta de Lachevardière...), el conde de Saint-Simon, corrector por aquel entonces, se presentó en plena discusión. Nos dijo entonces que, según Kempfer y Du Halde, la broussonetia proporcionaba a los chinos la materia de su papel, completamente vegetal, como el nuestro por otra parte. Otro corrector sostuvo que el papel de China se fabricaba principalmente con una materia animal, con la seda, tan abundante en China. Se hizo delante de mí una apuesta. Como los señores Didot son los impresores del Institut, se sometió naturalmente el debate a algunos miembros de esta asamblea de sabios. Monsieur Marcel, antiguo director de la Imprenta Imperial, designado como árbitro, remitió a los dos correctores al señor abate Grosier, bibliotecario del Arsenal. Según el dictamen de éste, los dos perdieron la apuesta. El papel de China no se fabrica ni con seda ni con broussonetia; su pasta proviene de las fibras vegetales de la caña de bambú trituradas. Tenía el abate Grosier un libro chino, obra iconográfica y técnica a un tiempo, que incluía numerosas ilustraciones que representaban la fabricación del papel en cada una de sus fases, y nos enseñó una pila de cañas de bambú pintadas en montones en un rincón de un taller para hacer papel magníficamente dibujado. Cuando Lucien me dijo que su padre, gracias a una especie de intuición propia de los hombres de talento, había previsto sustituir los restos de tela por una materia vegetal muy común y asequible para la industria del lugar, como hacen los chinos al utilizar las fibras vegetales, clasifiqué todas las tentativas hechas por mis predecesores, y me puse a estudiar

finalmente la cuestión. El bambú es una caña: naturalmente pensé en las cañas de nuestra región. La mano de obra no cuesta nada en China; un jornal se paga a tres sueldos: por eso los chinos pueden poner su papel, al salir de la forma, hoja por hoja entre unas planchas de porcelana blanca recalentadas, mediante las cuales lo comprimen y le dan ese lustre, esa consistencia, esa ligereza y esa suavidad satinada que hacen de él el primer papel del mundo. Pues bien, es preciso reemplazar los procedimientos de los chinos por medio de alguna máquina. Con maquinaria es posible llegar a resolver el problema del bajo coste que consiguen los chinos gracias a lo barato de su mano de obra. Si lográramos fabricar a bajo precio un papel de calidad parecido al de China, disminuiríamos en más de la mitad el peso y el grosor de los libros. Un Voltaire encuadernado, que en nuestro papel vitela pesa unas doscientas cincuenta libras, no pesaría más de cincuenta en papel de China. Y éste, qué duda cabe, es un avance. El lugar necesario para una biblioteca será un problema cada vez más difícil de resolver en una época en que el empequeñecimiento general de las cosas y de los hombres afecta a todo, incluso a sus viviendas. En París, los grandes palacios y los grandes pisos serán tarde o temprano demolidos; pronto ya no habrá fortunas en consonancia con las construcciones de nuestros padres. ¡Qué vergüenza para nuestra época fabricar libros condenados a no durar! Diez años más y el papel de Holanda, es decir, el papel hecho con trapos de hilo, será completamente imposible. Pero su generoso hermano me ha transmitido la idea que tuvo su padre de emplear determinadas plantas fibrosas en la fabricación del papel, y ya ve que si tengo éxito tendrá usted derecho a...

En aquel momento, Lucien se acercó a su hermana e interrumpió la generosa propuesta de David.

—No sé —les dijo— si habéis encontrado esta velada agradable, pero para mí ha sido cruel.

—Mi pobre Lucien, ¿qué te ha pasado? —preguntó Ève advirtiendo la expresión encendida del rostro de su hermano.

El poeta, irritado, contó sus angustias, derramando en esos corazones amigos los raudales de pensamientos que le asaltaban. Ève y David escucharon a Lucien en silencio, afligidos al ver brotar ese torrente de dolores que revelaba tanta grandeza como mezquindad.

—Monsieur de Bargeton —dijo Lucien al terminar— es un anciano que sin duda pronto dejará este mundo por alguna indigestión; pues bien, ¡yo dominaré ese mundo orgulloso y me casaré con madame de Bargeton! Esta noche he leído en sus ojos un amor igual al mío. Sí, ha acusado mis heridas, ha calmado mis sufrimientos, es tan grande y noble como bella y graciosa. No, ¡ella jamás me traicionará!

—¿No sería ya hora de darle una vida tranquila? —dijo en voz baja David a Ève.

Ève apretó silenciosamente el brazo de David, quien, comprendiendo lo que pensaba, se apresuró a contarle a Lucien los proyectos que tenía en mente. Estaban los dos enamorados tan preocupados de sí mismos como Lucien lo estaba de él, de modo que Ève y David, ansiosos por que les diera su aprobación a su felicidad, no advirtieron el gesto de sorpresa que dejó escapar el amante de madame de Bargeton al saber la noticia de la próxima boda de su hermana y de David. Lucien, que soñaba con que su hermana hiciera un matrimonio ventajoso cuando él hubiera alcanzado una alta posición, a fin de apuntalar su ambición con los beneficios que le reportaría una familia poderosa, se quedó desolado al ver en esta unión un obstáculo más para sus éxitos en el gran mundo.

«Aunque madame de Bargeton acepte convertirse en madame de Rubempré, ¡nunca querrá ser la cuñada de David Séchard! —Esta frase era la fórmula clara y precisa de las ideas que atenazaban el corazón de Lucien—. ¡Louise tiene razón!, las personas con futuro no son nunca comprendidas por sus

familias», pensó con amargura.

De haberle hecho saber esta unión en un momento en que no hubiera estado dando muerte en su imaginación a monsieur de Bargeton, habría estallado sin duda en una gran alegría. Reflexionando sobre su situación actual, examinando el destino de una bonita muchacha, sin fortuna, de Ève Chardon, habría considerado este matrimonio una felicidad inesperada. Pero vivía uno de esos sueños dorados en los que los jóvenes, agarrándose a hipotéticos síes, vencen todos los obstáculos. Acababa de verse dominando a la sociedad, y el poeta sufría al ver que se estrellaba tan pronto contra la realidad. Ève y David pensaron que su hermano, abrumado por tanta generosidad, se callaba. Para estas dos bellas almas, un asentimiento silencioso era la demostración de una verdadera amistad. El impresor se puso a describir con dulce y cordial elocuencia la felicidad que esperaba a los cuatro. Pese a las protestas de Ève, amuebló el primer piso con un lujo de enamorado; levantó con ingenua buena fe el segundo para Lucien y la parte superior del cobertizo para madame Chardon, a la que quería dedicar todas las atenciones de una solicitud filial. Por último, hizo tan dichosa a la familia y tan independiente a su hermano, que Lucien, encandilado por la voz de David y por las caricias de Ève, olvidó bajo las enramadas del camino, a lo largo del Charente tranquilo y centelleante, bajo la bóveda estrellada y en la tibia atmósfera de la noche, la hiriente corona de espinas que la sociedad le había hundido en la cabeza. Monsieur de Rubempré dio al final la razón a David. La volubilidad de su carácter no tardó en devolverle a la vida pura, laboriosa y burguesa que siempre había llevado; la encontró embellecida y carente de preocupaciones. El mundanal ruido aristocrático se fue alejando cada vez más. Finalmente, cuando llegó al empedrado del Houmeau, el ambicioso estrechó la mano de su hermano y se puso al unísono con los dos enamorados.

—Eso si tu padre no desapruueba este matrimonio —le dijo a David.

—¡Ya ves lo que se preocupa por mí! El buen hombre sólo vive para él, pero mañana le iré a ver a Marsac, aunque no sea más que para conseguir que haga las obras que necesitamos.

David acompañó a los hermanos hasta la casa de madame Chardon, a quien pidió la mano de Ève, con las prisas de un hombre que no quiere ningún retraso. La madre tomó la mano de su hija, la colocó sobre la de David con alegría, y el enamorado, enardecido, besó en la frente a su bella prometida, quien le sonrió ruborizándose.

—Estos son los esponsales de los pobres —dijo la madre alzando los ojos como si quisiera implorar la bendición de Dios—. Tienes mucho valor, hijo mío —le dijo a David—, pues estamos en la desgracia y temo que sea contagioso.

—Seremos ricos y felices —dijo seriamente David—. Para empezar, usted no seguirá cuidando enfermos y vendrá a vivir con su hija y su hijo Lucien a Angulema.

Los tres jóvenes se apresuraron entonces a contarle a la sorprendida madre su atractivo proyecto, abandonándose a una de esas locas charlas de familia en las que la gente se divierte haciendo castillos en el aire y disfrutando por adelantado de todo tipo de alegrías. Hubo que llevar a David hasta la puerta; hubiera deseado que aquella velada fuese eterna. Dio la una de la noche cuando Lucien acompañaba a su futuro cuñado hasta la Porte-Palet. El honrado Postel, inquieto por aquel trajín fuera de lo normal, estaba de pie detrás de la persiana; había abierto la celosía y se decía al ver luz en casa de Ève a aquella hora: «¿Qué pasa en casa de los Chardon?».

—Hijo —dijo viendo volver a Lucien—, ¿qué os pasa? ¿Me necesitáis para algo?

—No, señor —repuso el poeta—; pero como es usted nuestro amigo, puedo confiarle de qué se trata; mi madre acaba de conceder la mano de mi hermana a David Séchard.

Por toda respuesta, Postel cerró bruscamente su ventana, desesperado por no haber pedido la mano de mademoiselle Chardon.

En vez de volver a Angulema, David tomó el camino de Marsac. Se fue paseando hasta la casa de su padre y llegó a lo largo del cercado colindante con la casa cuando salía ya el sol. El enamorado divisó bajo un almendro la cabeza del viejo oso que asomaba por encima de un seto.

—Buenos días, padre —le dijo David.

—¡Ah!, eres tú, hijo mío. ¿Qué te trae por aquí a estas horas? Entra por aquí —dijo el viñador indicándole a su hijo una puertecilla—. Todas mis viñas están en flor, ni una cepa se ha helado. ¡Este año saldrán más de veinte cubas por fanega, pero también cuánto abono ha habido que echar!

—Padre, vengo a hablarle de un asunto importante.

—¡Bien! ¿Cómo van nuestras prensas? Debes de ganar tus buenos dineros.

—Los ganaré, padre, pero por el momento no soy rico.

—Aquí todos me critican por abonar de firme —respondió el padre—. Los burgueses, es decir, el señor marqués, el señor conde, señores esto y aquello, pretenden que quito calidad al vino. ¿Para qué sirve ser instruido? Para confundir el entendimiento. ¡Escucha! Estos señores recogen siete y algunas veces ocho cubas por fanega, y las venden a sesenta francos la cuba, lo cual les reporta como máximo unos cuatrocientos francos por fanega las buenas añadas. Yo recojo veinte cubas y las vendo a treinta francos, seiscientos francos en total. ¿Quién es el tonto? ¡La calidad, la calidad! ¿Qué me importa a mí la calidad? ¡Que se la queden para ellos su calidad, los señores marqueses! Para mí la calidad son los escudos. ¿Qué decías...?

—Padre, voy a casarme y venía a pedirle...

—¿Pedirme? ¿El qué? Nada de nada, muchacho. Cásate, te doy mi consentimiento, pero no puedo darte nada, estoy sin un céntimo. ¡Los jornales me han arruinado! ¡Desde hace dos años, no hago más que pagar jornales, impuestos y gastos de todo tipo; el Gobierno se queda con todo, la parte sustancial va a parar al Gobierno! Hace ya dos años que los pobres viñadores no sacan nada. Este año la cosecha no se presenta mal; pues bien, ¡sólo mis condenadas cubas valen ya once francos! Cosecharemos para el tonelero. Pero, dime, ¿por qué quieres casarte antes de la vendimia...?

—Padre, no vengo más que a pedirle su consentimiento.

—¡Ah!, eso es otra cosa. ¿Y con quién te casas, si puede saberse?

—Me caso con mademoiselle Ève Chardon.

—¿Y quién es ésa? ¿De dónde ha salido?

—Es la hija del difunto monsieur Chardon, el farmacéutico del Houmeau.

—¡Te casas con una moza del Houmeau, tú, un burgués, tú, el impresor del rey en Angulema! ¡Estos son los frutos de la instrucción! ¡Poned a vuestros hijos en un colegio! Pero será muy rica, ¿no, hijo mío? —preguntó el viejo viñador acercándose a su hijo con aire zalamero—. Pues, si te casas con una muchacha del Houmeau, debe de nadar en dinero. ¡Bien, si es así podrás pagarme mis alquileres! Ya

sabes, chico, que me debes dos años y tres meses de alquileres, lo que asciende a dos mil setecientos francos que me vendrían de perillas para pagarle al tonelero. A cualquier otro que no fuera mi hijo estaría en mi derecho de exigirle intereses, porque, al fin y al cabo, los negocios son los negocios, pero te los perdono. Bien, ¿cuánto tiene?

—Tiene lo que tenía mi madre.

El viejo viñador iba a decir: «¡No tiene más que diez mil francos!». Pero se acordó de haberse negado a pasar cuentas con su hijo, y vociferó:

—¿No tiene nada?

—La fortuna de mi madre era su inteligencia y su belleza.

—¡Ve con ello al mercado y ya verás lo que te dan! ¡Vaya desgracia tienen los padres con sus hijos! David, cuando yo me casé, no tenía más fortuna que un gorro de papel sobre la cabeza y estos dos brazos. Era un pobre oso; pero con la buena imprenta que te he dado, tu trabajo y tu inteligencia, debes casarte con una burguesa de la ciudad, una mujer rica, que tenga de treinta a cuarenta mil francos. ¡Renuncia a tu pasión y te casaré yo! A una legua de aquí vive una viuda de treinta y dos años, molinera, que posee cien mil francos en bienes inmuebles; ése es tu partido. Podrías reunir sus propiedades con las de Marsac, pues se tocan. ¡Qué buenas tierras tendríamos y qué bien las administraría yo! Dicen que se va a casar con Courtois, su primer mozo; ¡tú vales más que él! Yo llevaría el molino mientras ella haría vida de señora en Angulema.

—Padre, ya estoy comprometido...

—David, tú no entiendes nada de negocios; ya te veo arruinado. Sí, si te casas con esa moza del Houmeau, te exigiré cuentas como es debido y te requeriré para que me pagues mis alquileres, porque no preveo nada bueno. ¡Ah, mis pobres prensas!, ¡mis prensas!, necesitabais dinero para engrasaros, manteneros y haceros funcionar. Sólo una buena añada puede consolarme de todo esto.

—Padre, no creo haberle dado hasta ahora ningún disgusto...

—Ni tampoco haberme pagado los alquileres —replicó el viñador.

—Venía a pedirle, aparte de su consentimiento para contraer matrimonio, que levante un segundo piso en su casa y construya una segunda vivienda encima del cobertizo.

—¡Naranjas de la China! No tengo un céntimo, y tú lo sabes muy bien. Además, sería dinero tirado, porque ¿qué provecho iba a sacar yo de ello? ¡Ah!, te levantas temprano para venir a pedirme unas obras que arruinarían a un rey. Pese a llamarte David, no poseo yo los tesoros de Salomón. ¿Es que estás loco? Deben de haberme cambiado al hijo cuando estaba con la nodriza. ¡Mira, aquí tienes una que dará uva! —dijo interrumpiéndose para enseñar una cepa a David—. Estos sí que son hijos que no defraudan las esperanzas de sus padres: los abonas, y te rinden. Yo te puse en el instituto; tuve que pagar cuantiosas sumas para hacer de ti un sabio, estudiaste con los Didot, ¡y el único fruto de todos estos sacrificios es que me des por nuera a una muchacha del Houmeau sin un céntimo de dote! Si no hubieras estudiado y no te hubiera perdido de vista, hoy harías mi real gana, y te casarías con una molinera que tiene cien mil francos, sin contar el molino. ¡Ah!, ¿para lo único que te sirve tu talento es para creer que voy a recompensarte por tu gratitud, construyéndote palacios?... Cualquiera diría que, desde hace doscientos años, la casa en que estás no ha servido más que de chiquero, y que una moza del Houmeau no puede vivir en ella... ¿Acaso es la reina de Francia?

—Bien, padre, ya levantaré yo el segundo piso a mis expensas; será el hijo quien enriquezca al padre. Aunque sea el mundo al revés, son cosas que se ven a veces.

—¡Cómo, muchacho! ¿Tienes dinero para construir y no lo tienes para pagar mis alquileres? ¡Ladino, así que trampeas con tu padre!

Así planteada, la cuestión se ponía difícil, porque el buen hombre estaba encantado de poner a su hijo en una situación que le permitía no darle nada, sin dejar por ello de parecer paternal. Así pues, David no pudo obtener de su padre más que el simple consentimiento a su matrimonio y el permiso de hacer a su costa, en la casa paterna, todas las obras de que pudiera tener necesidad. El viejo oso, modelo de padre a la antigua, hizo a su hijo el favor de no exigirle los alquileres, ni de apropiarse de los ahorros que había tenido la imprudencia de revelar. David volvió a casa triste: comprendió que en la desgracia no podría contar con la ayuda de su padre.

En toda Angulema no se hablaba de otra cosa que de la frase del obispo y de la respuesta de madame de Bargeton. Los menores incidentes fueron tan desvirtuados, exagerados y adornados, que el poeta se convirtió en el héroe del día. Desde las altas esferas en las que rugió, esta tormenta de maledicencias salpicó algo a la burguesía. Al pasar Lucien por Beaulieu para ir a casa de madame de Bargeton, notó la envidiosa atención con que varios jóvenes le miraban y cogió al vuelo algunas frases que le enorgullecieron.

—Ahí tenéis a un joven feliz —decía un pasante de abogado llamado Petit-Claud, compañero de colegio de Lucien, con quien éste se daba ciertos aires de protector y que era poco agraciado.

—Sí, cierto que es un buen mozo, tiene talento y madame de Bargeton está loca por él —respondió un hijo de familia que había asistido a la lectura.

Había esperado con impaciencia la hora en que sabía encontraría sola a Louise, pues necesitaba que el matrimonio de su hermana fuese aceptado por esta mujer que se había convertido en el árbitro de su destino. Tal vez Louise, tras la velada de la víspera, se mostrara más tierna, y esta ternura podía depararle un momento de felicidad. No andaba equivocado: madame de Bargeton le recibió con un énfasis sentimental que a aquel bisoño en amores le pareció un conmovedor progreso de la pasión. ¡Ella abandonó sus bellos cabellos de oro, sus manos y su cabeza a los besos inflamados del poeta que tanto había sufrido la víspera!

—Si hubieras visto la expresión de tu rostro mientras leías —le dijo ella, pues la víspera habían llegado a tutearse, a esta caricia del lenguaje, mientras que en el canapé Louise con su blanca mano había secado las gotas de sudor que perlaban por adelantado la frente en la que ella colocaba una corona—. ¡Tus bonitos ojos centelleaban! Veía salir de tus labios las cadenas de oro que suspenden los corazones a la boca de los poetas. Me leerás todo Chénier, es el poeta de los enamorados. ¡No sufrirás más, no quiero que lo hagas! Sí, ángel mío, te crearé un oasis en el que vivirás toda tu vida de poeta, activa, cómoda, indolente, laboriosa o pensativa según los momentos; pero nunca olvides que me debes tus laureles y que ésta será para mí la noble recompensa por los sufrimientos por los que habré de pasar. Pobre querido mío, este mundo no me los ahorrará a mí más de lo que te los ahorra a ti, se venga de todas las dichas que no puede compartir. Sí, seré siempre envidiada, ¿no te diste cuenta ayer? Esas moscas sedientas de sangre vinieron rápidamente a abrevar en las picaduras que infligieron. Pero yo estaba feliz, ¡estaba viva! ¡Hacía tanto tiempo que no vibraban todas las cuerdas de mi corazón!

Unas lágrimas rodaron por las mejillas de Louise. Lucien le cogió la mano, y por toda respuesta la

besó largamente. La vanidad de este poeta se vio, pues, halagada por esta mujer como lo había sido por su madre, por su hermana y por David. Todos a su alrededor seguían levantando el pedestal imaginario en el que él se ponía. Mantenido en sus ambiciosas creencias por todo el mundo, tanto por sus amigos como por la rabia de sus enemigos, se movía en medio de una atmósfera llena de espejismos. Las jóvenes imaginaciones son cómplices tan naturales de estas alabanzas e ideas, todo contribuye de tal modo a servir a un apuesto joven con futuro, que se hace necesaria más de una amarga y fría lección para disipar tales quimeras.

—¿Quieres, pues, mi bella Louise, ser mi Beatriz, pero una Beatriz que se deje amar?

Ella alzó sus bellos ojos que había mantenido bajos, y dijo, desmintiendo sus palabras con una sonrisa angelical:

—Si te lo mereces... ¡más tarde! ¿Acaso no eres feliz? ¡Tener un corazón para uno!, poder decirlo todo con la certeza de saberse comprendido, ¿acaso no es ésta la verdadera felicidad?

—Sí —repuso él haciendo una mueca de enamorado contrariado.

—Niño —dijo ella en son de burla—. Vamos, ¿no tienes nada que decirme? Has entrado muy preocupado, Lucien mío.

Lucien confió tímidamente a su amada el amor de David por su hermana, el de su hermana por David y el proyectado casamiento.

—¡Pobre Lucien! —le contestó ella—. ¡Tiene miedo de que le peguen o le riñan como si fuera él quien va a casarse! Pero ¿qué hay de malo en ello? —prosiguió pasando sus dedos por entre los cabellos de Lucien—. ¿Qué me importa tu familia, en la que tú eres una excepción? Si mi padre se casara con su criada, ¿te preocuparías mucho por ello? Querido niño, los amantes no tienen más familia que ellos mismos. ¿Qué otro interés tengo yo en el mundo que no sea mi Lucien? Sé grande, aprende a conquistar la gloria; ¡es lo único que nos interesa!

Con esta egoísta respuesta Lucien fue el hombre más feliz del mundo. Justo en el momento en que escuchaba los locos razonamientos con los que Louise le argumentó que estaban solos en el mundo, entró monsieur de Bargeton. Lucien frunció el ceño, y pareció cohibido; Louise le hizo una seña y le rogó que se quedara a cenar con ellos, pidiéndole que le leyera a André Chénier hasta que llegaran los jugadores y los asiduos.

—No sólo le dará un gusto a ella —dijo monsieur de Bargeton—, sino también a mí. No hay nada que me guste tanto como oír leer después de cenar.

Mimado por monsieur de Bargeton, mimado por Louise, servido por los criados con el respeto que sienten por los favoritos de sus amos, Lucien se quedó en casa de los Bargeton, identificándose con todos los disfrutes de una fortuna cuyo usufructo se le ofrecía. Cuando el salón estuvo lleno de gente, se sintió tan reafirmado por la bobaliconería de monsieur de Bargeton y el amor de Louise que adoptó unos aires dominantes que su bella enamorada no hizo sino alentar. Saboreó el placer del despotismo conquistado por Naïs y que ella quería que compartiera. En suma, durante esa velada trató de interpretar el papel de un héroe de ciudad pequeña. Al ver la nueva actitud de Lucien, algunas personas pensaron, en expresión de tiempos antiguos, que era el bien máspreciado de madame de Bargeton. Amélie, que había acudido con monsieur du Châtelet, confirmaba esta gran desgracia en un extremo del salón, donde se habían reunido los celosos y los envidiosos.

—No hagan responsable a Naïs de la vanidad de un hombrecillo tan orgulloso por encontrarse en un mundo en el que nunca hubiese soñado entrar —dijo Châtelet—. ¿No ven que este Chardon confunde las frases amables de una mujer de mundo con insinuaciones y no sabe distinguir todavía el silencio que guarda la verdadera pasión del lenguaje protector que le merecen su belleza, su juventud y su talento? Serían muy dignas de lástima las mujeres si las hiciéramos responsables de todos los deseos que nos inspiran. Él está sin duda enamorado, pero en cuanto a Naïs...

—¡Oh!, Naïs —repitió la pérfida Amélie—, Naïs se siente felicísima por esta pasión. ¡A su edad, el amor de un joven ofrece tantas seducciones! A su lado se siente una rejuvenecer, se vuelve una muchachita, con su pudibundez y actitudes y no se piensa en el ridículo... ¿Es que no lo ven? El hijo de un farmacéutico se da aires de amo en casa de madame de Bargeton.

—El amor no sabe de jerarquías —arguyó Adrien.

Al día siguiente no hubo una sola casa en Angulema en la que no se discutiera acerca del grado de intimidad que existía entre monsieur Chardon, alias De Rubempré, y madame de Bargeton: apenas culpables de unos pocos besos, la opinión pública les acusaba ya de la más criminal de las felicidades. Madame de Bargeton sobrellevaba la carga de su realeza. Entre las extravagancias de la sociedad, ¿no habéis observado lo caprichoso de sus opiniones y lo desatinado de sus exigencias? Hay personas a las que todo les está permitido: pueden hacer las cosas más insensatas; todo cuanto hagan será decoroso; todos justificarán sus actos. Pero hay otras para las que el mundo es de una severidad inaudita; éstas deben hacerlo todo bien, no equivocarse nunca, no errar, ni siquiera dejar escapar una tontería; se dirían estatuas admiradas a las que se baja de su pedestal desde el preciso momento en que el invierno les ha hecho caer un dedo o les ha roto la nariz; nada de humano se les permite y se les exige ser siempre divinas y perfectas. Una sola mirada de madame de Bargeton a Lucien equivalía a doce años de dicha de Zizine y de Francis. Un apretón de manos de los dos enamorados iba a atraer sobre ellos todos los rayos del Charente.

David se había traído de París un secreto peculio que destinaba a los gastos necesarios para su casamiento y para la construcción del segundo piso de la casa paterna. Ampliar esta casa, ¿no era trabajar para él? Tarde o temprano sería suya, pues su padre tenía setenta y ocho años. El impresor hizo, pues, construir en entramado el piso de Lucien, a fin de no sobrecargar las viejas paredes de aquella agrietada casa. Se complació en decorar y amueblar coquetonamente el primer piso, donde la bella Ève habría de pasar el resto de su vida. Fue un tiempo de alegría y de felicidad sin nubes para ambos. Aunque cansado de las estrecheces de la vida de provincias, y harto de aquel sórdido ahorro que hacía de una moneda de cien sueldos una suma enorme, Lucien soportó sin quejarse los cálculos de la miseria y sus privaciones. Su sombría melancolía había dado paso a la radiante expresión de la esperanza. Veía brillar una estrella por encima de su cabeza; soñaba con una hermosa vida asentando su felicidad sobre la tumba de monsieur de Bargeton, quien tenía, de vez en cuando, difíciles digestiones y la feliz manía de considerar la indigestión de su comida como una enfermedad que debía curarse con la digestión de la cena.

A comienzos del mes de septiembre Lucien no era ya regente, sino que era monsieur de Rubempré, magníficamente alojado en comparación con la miserable buhardilla con tragaluz en la que el desconocido Chardon vivía en el Houmeau; ya no era un hombre del Houmeau, vivía en la alta Angulema, y cenaba más de cuatro veces por semana en casa de madame de Bargeton. Había estrechado amistad con monseñor y era recibido en el Obispado. Sus ocupaciones le situaban entre las personas más eminentes. En suma, era alguien que un día llegaría a ocupar un lugar entre las grandes glorias de

Francia. Sin duda que al recorrer un bello salón, una alcoba encantadora o un gabinete que revelaba buen gusto, podía consolarse de tomar treinta francos mensuales del salario ganado con tantos sudores por su madre y su hermana, pues vislumbraba el día en que la novela histórica en la que trabajaba desde hacía dos años, El arquero de Carlos IX, y un libro de poesías titulado Las margaritas, darían a conocer su nombre en el mundo literario, proporcionándole dinero suficiente para resarcir a su madre, a su hermana y a David. Así, sintiéndose engrandecido, prestando oídos a la resonancia de su nombre en el futuro, aceptaba ahora tales sacrificios con noble seguridad: se sonreía de su pobreza y disfrutaba de sus últimas miserias. Ève y David habían antepuesto la felicidad de su hermano a la suya propia. La boda había sido pospuesta a causa del tiempo que necesitaban todavía los obreros para acabar los muebles, pintar y poner el empapelado del primer piso, pues los asuntos de Lucien habían tenido prioridad. Nadie que conociera a Lucien se habría sorprendido de esta abnegación: ¡era tan seductor!, ¡sus maneras eran tan cautivadoras!, ¡sabía expresar con tanta gracia su impaciencia y sus deseos! Antes de abrir la boca tenía ganada ya su causa. Privilegio fatal que pierde a más jóvenes que salva. Acostumbrados a las deferencias que inspira una hermosa juventud, feliz con esa egoísta protección que la gente concede a todo el que le gusta, como da limosna a un mendigo que despierta un sentimiento y una emoción, muchos de esos niños grandes gozan de ese favor en vez de aprovecharlo. Equivocados sobre el sentido y lo que mueve las relaciones sociales, creen encontrar siempre sonrisas decepcionantes; pero llegan desnudos, calvos, despojados, sin valor ni fortuna en el momento en que, como una vieja cómoda o un viejo guñapo, el mundo los deja a la puerta de un salón y tirados en un rincón. Ève, por otra parte, estaba contenta de posponer la boda porque, para ahorrar, quería preparar por sí misma todo el ajuar necesario para una joven pareja. Qué podían negar dos enamorados a un hermano que, viendo trabajar a su hermana, decía con un acento salido del corazón: «¡Lo que daría por saber coser!». Y también el serio y observador David había sido cómplice de aquella abnegación. No obstante, tras el triunfo de Lucien en casa de madame de Bargeton, sintió miedo de la transformación que se operaba en él, temió verle despreciar las costumbres burguesas. En su deseo de poner a prueba a su hermano, David le puso algunas veces en la tesitura de elegir entre las alegrías patriarcales de la familia y los placeres del gran mundo, y al ver que Lucien sacrificaba aquéllos a los placeres de su vanidad, había exclamado: «¡No nos lo corromperán!». Varias veces, los tres amigos y madame Chardon realizaron algunas salidas al campo tal como se acostumbra hacer en provincias: iban a pasear por los bosques cercanos a Angulema que se extienden a lo largo del Charente; comían sentados en la hierba las provisiones que el aprendiz de David les llevaba a un lugar determinado y a una hora fijada; luego regresaban al atardecer, algo cansados y sin haber gastado ni tres francos. En las ocasiones especiales, cuando comían en lo que se llama un restaurat, especie de hosterías campestres a caballo entre las tabernas de provincias y los merenderos de París, gastaban hasta cien sueldos, pagados a medias entre David y los Chardon. David agradecía infinitamente a Lucien que olvidara en aquellos días de vida campestre las satisfacciones que encontraba en casa de madame de Bargeton y los suntuosos banquetes del gran mundo. Todos querían entonces festejar al gran hombre de Angulema.

Así las cosas, cuando ya no faltaba casi nada en el futuro hogar, durante un viaje que hizo David a Marsac para conseguir de su padre que asistiera a su boda, esperando que el anciano, seducido por su nuera, contribuyera a los enormes gastos ocasionados por el arreglo de la casa, ocurrió uno de esos acontecimientos que cambian por completo en una ciudad pequeña el cariz de las cosas.

Lucien y Louise tenían en Du Châtelet a un espía íntimo que acechaba, con la tenacidad de un odio mezcla de pasión y de avaricia, la ocasión de armar un escándalo. Sixte quería obligar a madame de Bargeton a decidirse tan sin equívocos por Lucien que quedara, como se suele decir, perdida. Se

presentaba como un humilde confidente de madame de Bargeton, pero si bien admiraba a Lucien en la rue du Minage, le ponía por los suelos en todos los demás lugares. Insensiblemente había conseguido tener la puerta abierta en casa de Naïs, que ya no desconfiaba en absoluto de su viejo adorador; pero sus suposiciones acerca de los dos enamorados habían ido demasiado lejos, porque aquel amor seguía siendo platónico, para gran desesperación de Louise y de Lucien. Hay, efectivamente, pasiones que se encauzan mal o bien, según se quiera. Dos personas se confían a la táctica del sentimiento, hablan en vez de actuar y se baten en campo abierto en lugar de poner un cerco. Así se cansan a menudo de sí mismas al extenuar sus deseos en el vacío. Dos enamorados se dan entonces tiempo para reflexionar y juzgarse. Frecuentemente pasiones que habían entrado en campaña con las banderas desplegadas, pimpantes, con un ardor que lo arrollaba todo a su paso, acaban por volver a sus puestos sin haber logrado la victoria, avergonzadas, desarmadas y atontadas por su vano estruendo. Tales fatalidades resultan explicables en ocasiones por la timidez de la juventud y por las dilaciones de que gustan las mujeres que se inician, pues esta especie de mutuo engaño no se da ni en los fatuos duchos en la práctica, ni en las coquetas habituadas a los ardides de la pasión.

La vida en provincias es, por otra parte, especialmente contraria a las satisfacciones del amor, y favorece los debates intelectuales de la pasión; así como también los obstáculos que opone al agradable trato que tanto une a los enamorados hace caer a las almas ardientes en el extremo contrario. Esta vida se basa en un espionaje tan meticuloso, en una transparencia tan grande del propio ámbito doméstico, admite tan raras veces la intimidad que consuela sin ofender a la virtud, las relaciones más puras se ven objeto de recriminaciones tan injustificadas, que muchas mujeres quedan mancilladas pese a su inocencia. Algunas, entonces, se desesperan por no haber disfrutado de todas las delicias de una culpa cuyas desgracias padecen. La sociedad que censura o critica sin ningún tipo de examen serio los hechos patentes en que acaban largas luchas secretas, es, por ello mismo, la primera cómplice de estos estallidos; pero la mayoría de las personas que despotrican contra los supuestos escándalos armados por algunas mujeres calumniadas sin motivo no se han parado nunca a pensar en las causas que determinan en ellas una decisión de trascendencia pública. Madame de Bargeton iba a encontrarse en esa extraña tesitura en la que se han encontrado multitud de mujeres que se han perdido sólo después de haber sido injustamente acusadas.

Al principio de la pasión, los obstáculos asustan a las personas sin experiencia, y los que encontraban los dos amantes se parecían mucho a las ataduras con que los liliputienses habían atado a Gulliver. Eran cosas sin importancia que al multiplicarse hacían imposible todo impulso y anulaban los más violentos deseos. Por ello, madame de Bargeton debía de permanecer siempre visible. De haber hecho cerrar su puerta a las horas en que venía Lucien, todo habría quedado dicho y lo mismo habría dado huir con él. Le recibía, a decir verdad, en aquel boudoir al que él estaba tan acostumbrado que creía le pertenecía; pero las puertas permanecían abiertas de par en par. Todo se desarrollaba de la manera más virtuosa del mundo. Monsieur de Bargeton se paseaba por su casa como un abejorro, sin creer que su mujer quisiera estar a solas con Lucien. De no haber habido más obstáculo que él, Naïs habría podido perfectamente despedirle o tenerle ocupado, pero estaba abrumada por las visitas y la curiosidad era más viva cuantos más visitantes había. Los provincianos son guasones por naturaleza y les gusta contrariar las pasiones nacientes. Los criados iban y venían por la casa sin ser llamados ni avisar de su aparición, como consecuencia de viejas costumbres adquiridas, y que una mujer que nada tenía que ocultar les había permitido. Cambiar las costumbres interiores de su casa, ¿no era confesar un amor del que aún dudaba toda Angulema? Madame de Bargeton no podía poner los pies fuera de casa sin que la ciudad supiera adónde iba. Pasear con Lucien a solas fuera de la ciudad era un paso decisivo:

habría sido menos peligroso encerrarse en su casa a solas con él. Si Lucien se hubiera quedado pasada la medianoche en casa de madame de Bargeton sin estar en compañía, habría dado pie a la maledicencia al día siguiente. Así, tanto en el interior como en el exterior, madame de Bargeton vivía siempre en público. Estos detalles sirven por sí solos para ilustrar lo que es una provincia; los deslices en ella o son confesados o son imposibles.

Louise, como todas las mujeres arrastradas por una pasión, sin tener experiencia en ella, reconocía una a una todas las dificultades de su posición; y se asustaba por ello. Su espanto reaccionaba entonces en esas amorosas discusiones que llenan las más hermosas horas en las que dos enamorados se encuentran juntos. Madame de Bargeton no tenía tierras a las que poder llevar a su querido poeta, como hacen algunas mujeres que, valiéndose de un hábil pretexto, van en busca de soledad al campo. Cansada de vivir en público, exasperada por aquella tiranía cuyo yugo era más duro que dulces eran sus distracciones, pensaba en el Escarbas, y meditaba sobre si ir o no a visitar a su anciano padre, pues a tal punto le irritaban aquellos miserables obstáculos.

Châtelet no creía en tanta inocencia. Acechaba las horas en que Lucien acudía a casa de madame de Bargeton y se dirigía allí unos minutos después, haciéndose acompañar siempre por monsieur de Chandour, el hombre más indiscreto de toda la región y a quien cedía el paso para entrar, siempre en espera de una sorpresa y buscando tenazmente un azar. Su papel y el éxito de su plan eran tanto más difíciles porque tenía que permanecer neutral a fin de dirigir a todos los actores del drama que quería que interpretaran. Así, para tener distraído a Lucien, a quien adulaba, y a madame de Bargeton, que no carecía de perspicacia, cortejaba, para cubrir las apariencias, a la celosa Amélie. Para poder espiar mejor a Louise y a Lucien, había logrado, desde hacía algunos días, establecer entre monsieur de Chandour y él mismo una controversia sobre los dos enamorados. Du Châtelet pretendía que madame de Bargeton se burlaba de Lucien, que era demasiado orgullosa, de demasiada alta cuna para rebajarse hasta el hijo de un farmacéutico. Este papel de incrédulo casaba perfectamente con el plan que se había trazado, pues deseaba pasar por el defensor de madame de Bargeton. Stanislas sostenía que Lucien no era un amante desgraciado. Amélie atizaba la discusión, deseando saber la verdad. Todos exponían sus razones. Tal como acostumbra a pasar en algunas ciudades pequeñas, a menudo algunos íntimos de casa de los Chandour llegaban en medio de una conversación en la que Du Châtelet y Stanislas justificaban a cuál mejor su opinión con excelentes observaciones. Era muy difícil que cada adversario no buscara partidarios, preguntándole a su vecino: «Y a usted, ¿qué le parece?, ¿cuál es su opinión?». Esta controversia mantenía siempre a madame de Bargeton y a Lucien en el punto de mira. Finalmente, un día Du Châtelet hizo observar que, cuantas veces monsieur de Chandour y él se presentaban en casa de madame de Bargeton y Lucien se encontraba allí, ningún indicio dejaba entrever unas relaciones sospechosas: la puerta del boudoir estaba abierta y las personas iban y venían; nada misterioso anunciaba los hermosos delitos del amor, etcétera. Stanislas, quien no estaba falto de una buena dosis de estupidez, se prometió aparecer al día siguiente de puntillas, a lo que le animó con todas sus fuerzas la pérfida Amélie.

El día siguiente de esta reunión fue para Lucien uno de esos días en que los jóvenes se mesan los cabellos jurándose no seguir haciendo el tonto papel del aspirante. Se había acostumbrado a su situación. El poeta que tan tímidamente había ocupado una silla en el boudoir sagrado de la reina de Angulema se había metamorfoseado en un enamorado exigente. Habían bastado seis meses para que se creyera el igual de Louise y ahora quería convertirse en su amo. Salió de su casa prometiéndose ser muy poco razonable, jugarse la vida y emplear todos los recursos de una elocuencia inflamada, decir que había perdido la cabeza y que era incapaz de tener un solo pensamiento ni de escribir una línea. Existen

algunas mujeres que sienten una especie de horror por los lugares comunes que honra su delicadeza, y que gustan de ceder a la incitación y no a unas convenciones. Por lo general a nadie agrada un placer impuesto. Madame de Bargeton observó en la frente de Lucien, en sus ojos, en su fisonomía y en sus modales ese aire agitado que delata una resolución ya tomada; se propuso desbaratarla, un poco por espíritu de contradicción, pero también por una noble alianza del amor. Como mujer exagerada que era, tenía también una opinión exagerada de sí misma. A sus ojos, madame de Bargeton era una soberana, una Beatriz, una Laura. Se sentaba, como en la Edad Media, bajo el dosel del torneo literario, y Lucien debía merecerla al cabo de varias victorias, tenía que eclipsar al niño sublime a Lamartine, a Walter Scott, a Byron. La noble criatura consideraba su amor como un principio generoso: los deseos que inspiraba a Lucien debían ser un motivo de gloria para él. Este donquijotismo femenino es un sentimiento que confiere al amor una consagración respetable, lo utiliza, lo engrandece y lo honra. Obstinada en interpretar el papel de Dulcinea en la vida de Lucien durante siete u ocho años, madame de Bargeton quería, como muchas mujeres de provincias, hacer ganarse su persona mediante una especie de servidumbre durante un tiempo de constancia que le permitiera juzgar a su amigo.

Cuando Lucien hubo entablado la lucha con uno de esos grandes malhumores de los que se ríen las mujeres dueñas todavía de sí, y que no entristecen más que a las mujeres amadas, Louise adoptó un aire digno y comenzó uno de esos largos discursos suyos salpicados de palabras pomposas.

—¿Es esto lo que me prometió, Lucien? —le dijo para terminar—. No mezcle en un presente tan dulce remordimientos que más tarde envenenarían mi vida. ¡No estropee el porvenir! Y lo digo con orgullo, ¡no estropee el presente! ¿Acaso no es suyo todo mi corazón? ¿Qué más necesita, pues? ¿Acaso su amor se dejaría influir por los sentidos, mientras que el más hermoso privilegio de una mujer amada es imponerles silencio? ¿Por quién me toma? ¿No soy ya su Beatriz? Si no soy para usted algo más que una mujer, soy menos que una mujer.

—No le hablaría de otro modo a un hombre al que no amara —exclamó Lucien, furioso.

—Si no ve todo lo que hay de verdadero amor en mis ideas, nunca será digno de mí.

—Pone en duda mi amor para no tener que corresponderlo —dijo Lucien arrojándose a sus pies y llorando.

El pobre muchacho lloró seriamente al verse por tanto tiempo a las puertas del paraíso. Fueron lágrimas de poeta que se creía humillado en su poder, lágrimas de niño desesperado de ver que le niegan el juguete que pide.

—¡Nunca me ha amado! —exclamó él.

—No cree lo que dice —replicó ella, halagada por tanta vehemencia.

—Demuéstreme entonces que es mía —dijo Lucien, desenfrenado.

En aquel preciso instante llegó Stanislas sin ser oído, vio a Lucien medio trastornado, con lágrimas en los ojos y la cabeza apoyada sobre las rodillas de Louise. Satisfecho ante este cuadro suficientemente sospechoso, Stanislas retrocedió bruscamente hacia Du Châtelet, quien se encontraba en la puerta del salón. Madame de Bargeton se incorporó rápidamente, pero no alcanzó a los dos espías, que se habían retirado precipitadamente como personas que resultaban importunas.

—¿Quién ha venido? —preguntó a su servidumbre.

—Los señores de Chandour y Du Châtelet —respondió Gentil, su viejo mayordomo.

Volvió a su boudoir, pálida y temblorosa.

—Si le han visto así, estoy perdida —dijo a Lucien.

—¡Tanto mejor! —exclamó el poeta.

Ella sonrió ante ese grito de egoísmo lleno de amor. En provincias una aventura semejante se vuelve aún más grave por el modo como se cuenta. En un instante todo el mundo supo que Lucien había sido sorprendido a los pies de Naïs. Monsieur de Chandour, feliz por la importancia que le daba este asunto, fue primero a contarlo al Círculo, y luego de casa en casa. Du Châtelet se apresuró a decir por todas partes que él no había visto nada, pero al ponerse así al margen del hecho excitaba aún más a Chandour a que hablase, le hacía extenderse en detalles; y Stanislas, sintiéndose inspirado, añadía algunos nuevos cada vez que lo contaba. Por la tarde la buena sociedad afluyó a casa de Amélie, porque por la tarde corrían por la Angulema noble las más exageradas versiones, en las que cada narrador había imitado a Stanislas. Mujeres y hombres se sentían impacientes por conocer la verdad. Las mujeres que más se rasgaban las vestiduras poniendo el grito en el cielo por el escándalo y la perversidad eran precisamente Amélie, Zéphirine, Fifine y Lolotte, que tenían en mayor o menor medida devaneos ilícitos. El cruel tema sufría variaciones en todos los tonos.

—Pues bien —decía una—, la pobre Naïs, ¿no saben? ¿Ya se han enterado? Yo no acabo de creérmelo, tiene tras de sí toda una vida sin tacha; es demasiado orgullosa para ser otra cosa que la protectora de monsieur Chardon. Pero si eso que dicen es cierto, la compadezco de todo corazón.

—Es tanto más digna de lástima cuanto que ha caído en un ridículo espantoso, pues podría ser la madre de monsieur Lulu, como le llamaba Jacques. Este poetastro tiene a lo sumo veintidós años, y Naïs, dicho sea entre nosotras, ya tiene los cuarenta.

—Yo —decía Châtelet— opino que la situación misma en la que se encuentra monsieur de Rubempré prueba la inocencia de Naïs. Nadie se pone de rodillas para pedir lo que ya se ha obtenido.

—¡Depende! —dijo Francis en tono picante, lo que le valió una desaprobadora mirada de Zéphirine.

—Pero díganos de una vez por todas lo que ha pasado —le pidieron a Stanislas formando un comité secreto en un rincón del salón.

Stanislas había terminado por componer un pequeño relato plagado de salacidades y lo acompañaba de gestos y poses que agravaban asombrosamente la cosa.

—Es increíble —repetían.

—A mediodía —decía una.

—Naïs es la última persona de quien habría sospechado.

—¿Qué va a hacer ahora?

¡Y seguían comentarios e infinitas suposiciones!... Du Châtelet defendía a madame de Bargeton, pero lo hacía con tal torpeza que lo único que conseguía era atizar aún más el fuego del comadreo en vez de apagarlo. Lili, desolada por la caída del más bello ángel del olimpo angulemino, se fue toda llorosa a llevar la noticia al Obispado. Cuando la ciudad entera estuvo perfectamente enterada del rumor, el feliz Du Châtelet se fue a casa de madame de Bargeton, donde no había, ¡ay!, más que una sola mesa de whist; le pidió diplomáticamente a Naïs que fuera a hablar con ella en su boudoir. Ambos se sentaron en el pequeño canapé.

—Ya sabrá sin duda —dijo Du Châtelet en voz baja— de lo que habla toda Angulema...

—No —repuso ella.

—¡Pues bien! —prosiguió—. Soy demasiado amigo suyo para dejar que lo ignore. Debo informarle de ello para que así pueda hacer cesar las calumnias sin duda inventadas por Amélie, que tiene la presunción de creerse su rival. Esta mañana venía a verla con ese bobalicón de Stanislas, que me precedía en algunos pasos, cuando al llegar aquí —dijo señalando la puerta del boudoir— pretende haberla visto con monsieur de Rubempré en una situación que no le permitía entrar; volvió hacia donde yo estaba, estupefacto, haciéndome marchar con él sin darme tiempo a presentarme; y nos encontrábamos ya en Beaulieu cuando me explicó la razón de su retirada. De haberlo sabido, no me habría movido de su casa, a fin de aclarar este asunto para bien suyo; pero volver a su casa después de haber salido no era ya ninguna solución. Ahora, tanto si Stanislas ha visto visiones como si está en lo cierto, debe estar equivocado. Querida Naïs, no permita que su vida, su honor, su porvenir sean puestos en entredicho por culpa de un imbécil; impóngale silencio en el acto. Ya conoce usted mi situación aquí. Aunque tengo necesidad de todo el mundo, soy todo suyo. Disponga de una vida que le pertenece. Por más que haya rechazado mis pretensiones, mi corazón siempre será suyo y en cualquier circunstancia le demostraré que la amo. Sí, velaré por usted como un fiel servidor, sin ninguna esperanza de recompensa, sólo por el placer que encuentro en servirla, incluso aunque usted lo ignore. Esta mañana he dicho por todas partes que estaba en la puerta del salón y que no había visto nada. Si alguien le pregunta quién le ha informado de lo que se dice sobre usted, cite mi nombre. Me sentiré muy honrado de poder ser su abogado defensor; pero, dicho sea entre nosotros, monsieur de Bargeton es el único que puede pedirle una satisfacción a Stanislas... Aunque ese joven Rubempré hubiera cometido alguna locura, el honor de una dama no debe estar a merced del primer atolondrado que se postre a sus pies. Esto es cuanto tenía que decir.

Naïs dio las gracias a Du Châtelet con una inclinación de cabeza y se quedó pensativa. Estaba harta, hasta llegar a sentir asco, de la vida provinciana. A las primeras palabras de Du Châtelet había puesto sus miras en París. El silencio de madame de Bargeton ponía a su astuto adorador en una situación embarazosa.

—Disponga de mí —dijo—, se lo repito.

—Gracias —contestó ella.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya veré.

Se hizo un largo silencio.

—¿Tanto quiere a ese joven Rubempré?

Ella dejó escapar una soberbia sonrisa y se cruzó de brazos, mirando las cortinas de su boudoir. Du Châtelet salió sin haber podido descifrar aquel corazón de mujer altiva. Cuando Lucien y los cuatro fieles ancianos que habían acudido a echar su partida sin inmutarse por aquellos cotilleos problemáticos se hubieron ido, madame de Bargeton detuvo a su marido, que se disponía a acostarse abriendo la boca para desear las buenas noches a su mujer.

—Venga aquí, querido, tengo que hablarle —le dijo con cierta solemnidad.

Monsieur de Bargeton siguió a su mujer hasta el boudoir.

—Señor —le dijo—, tal vez he cometido el error de poner en mis atenciones protectoras para con monsieur de Rubempré un calor tan mal comprendido por las necias gentes de esta ciudad como por él mismo. Esta mañana Lucien se ha echado a mis pies, aquí, mientras me hacía una declaración de amor. Stanislas ha entrado justo en el momento en que yo hacía levantarse a ese muchacho. Con desprecio de los deberes que impone la cortesía a un caballero para con una dama en cualquier circunstancia, pretende haberme sorprendido en una situación equívoca con ese muchacho, a quien en aquel momento trataba como se merece. Si ese joven descerebrado supiera las calumnias a las que ha dado pie su locura, estoy convencida de que iría a insultar a Stanislas y le forzaría a batirse. Esta acción sería como una confesión pública de su amor. No tengo necesidad de decirle que su esposa es pura, pero comprenda que hay algo de deshonroso para usted y para mí en que sea monsieur de Rubempré quien la defienda. Vaya ahora mismo a casa de Stanislas y exíjale seriamente satisfacción por las ofensivas palabras que ha dicho de mí; no olvide que no debe aceptar un arreglo del asunto a menos que se retracte en presencia de numerosos e importantes testigos. Así se ganará la estima de todas las personas honradas; se comportará como una persona de carácter, como un hombre galante, y tendrá derecho a mi aprecio. Voy a hacer que Gentil vaya a caballo al Escarbas, mi padre ha de ser su testigo; a pesar de su edad, sé que es capaz de pisotear a ese muñeco que mancilla la reputación de una Nègrelisse. Tiene derecho a escoger las armas; bátanse a pistola, dispara usted a las mil maravillas.

—Voy para allá —respondió monsieur de Bargeton cogiendo su bastón y su sombrero.

—Bien, amigo mío —dijo su mujer, emocionada—; así es como me gustan los hombres. Es usted un caballero.

Le presentó su frente para que se la besara, y el viejo la besó muy feliz y orgulloso. Esta mujer, que sentía una especie de sentimiento maternal por este niño mayor, no pudo reprimir una lágrima al oír cómo la puerta cochera se cerraba tras él.

«¡Cómo me quiere! —se dijo—. El pobre hombre aprecia mucho su vida, pero la perdería por mí sin lamentarlo.»

Monsieur de Bargeton no se inquietaba lo más mínimo por tener que enfrentarse a la mañana siguiente con un hombre, por tener que mirar fríamente la boca de una pistola dirigida contra él; no, sólo se sentía incómodo por una cosa, y al pensar en ella no hacía más que temblar mientras se dirigía a casa de monsieur de Chandour. «¿Qué voy a decir? —pensaba—. Naïs hubiera tenido que prepararme un pequeño discurso.» Y se devanaba los sesos a fin de poder encontrar algunas frases que no resultaran ridículas.

Pero las personas que viven como vivía monsieur de Bargeton, en un silencio impuesto por su cortedad mental y sus pocos alcances, adquieren en los grandes momentos de la vida una grandeza natural. Al hablar poco, se les escapan naturalmente muy pocas tonterías; luego, al reflexionar mucho sobre lo que deben decir, la extrema desconfianza hacia sí mismos les lleva a estudiar tan bien lo que han de decir que se expresan a las mil maravillas debido a un fenómeno parecido al que desató la lengua de la burra de Balaam. Por tanto, monsieur de Bargeton se comportó como un hombre superior. Justificó la opinión de quienes le consideraban como un filósofo de la escuela pitagórica. Entró en casa de Stanislas a las once de la noche y encontró allí gran concurrencia. Fue a saludar en silencio a Amélie y ofreció a todos su candorosa sonrisa, que, en las actuales circunstancias, se les antojó profundamente irónica. Se hizo entonces un gran silencio, tal como sucede en la naturaleza cuando se aproxima una tormenta. Châtelet, que había vuelto, miraba alternativamente y de forma muy significativa a monsieur

de Bargeton y a Stanislas, a quien el ofendido marido abordó cortésmente.

Du Châtelet enseguida comprendió el motivo de la visita hecha a una hora en que el anciano ya estaba siempre en la cama: era evidente que Naïs agitaba este débil brazo, y como sus relaciones con Amélie le daban derecho a mezclarse en los asuntos de la casa, se levantó, tomó a monsieur de Bargeton por el brazo y, haciendo un aparte con él, le dijo:

—¿Quiere hablar con Stanislas?

—Sí —repuso el pobre hombre feliz de tener un mediador que, tal vez, tomara la palabra por él.

—Pues bien, vaya a la habitación de Amélie —le respondió el director de contribuciones, feliz por aquel duelo que podía convertir a madame de Bargeton en viuda, impidiéndole así casarse con Lucien, causa del mismo—. Stanislas —dijo Du Châtelet a monsieur de Chandour—, Bargeton viene sin duda a pedirle explicaciones por los comentarios que ha hecho usted sobre Naïs. Venga a la alcoba de su esposa y compórtense los dos como unos caballeros. No haga ruido, afecte mucha cortesía, mantenga, en una palabra, toda la frialdad de la dignidad británica.

En un instante, Stanislas y Du Châtelet fueron a reunirse con Bargeton.

—Señor —dijo el ofendido marido—, ¿afirma usted haber encontrado a madame de Bargeton en una situación equívoca con monsieur de Rubempré?

—Con monsieur Chardon —repuso irónicamente Stanislas, que no creía que Bargeton fuera un hombre con agallas.

—Como quiera —prosiguió diciendo el marido—. Si no desmiente lo dicho en presencia de las personas reunidas aquí en este momento, le ruego designe un testigo. Mi suegro, monsieur de Nègrepelisse, pasará a recogerle a las cuatro de la noche. Tomemos cada uno nuestras disposiciones, ya que el asunto no puede arreglarse de otra manera que la que acabo de indicarle. Yo escojo la pistola, como ofendido que soy.

Por el camino, monsieur de Bargeton había rumiado este discurso, el más largo que había dicho en toda su vida, y lo dijo sin apasionamiento y con el aire más sencillo del mundo. Stanislas palideció y se dijo: «Después de todo, ¿qué vi?». Pero, entre la vergüenza de tener que desmentir una afirmación delante de toda la ciudad, en presencia de aquel mudo que parecía no querer aguantar la broma, y el miedo, el horroroso miedo que le estrangulaba con sus manos ardientes, optó por el peligro más lejano.

—Está bien. Hasta mañana —dijo a monsieur de Bargeton pensando que el asunto podría tener arreglo.

Los tres hombres volvieron al salón, y todos estudiaron sus fisonomías: Du Châtelet sonreía, monsieur de Bargeton se sentía como en su casa, pero Stanislas aparecía palidísimo. Ante su aspecto, algunas mujeres adivinaron el objeto de la conversación. Las palabras «¡Van a batirse!» circularon de boca a oído. La mitad de la reunión pensó que Stanislas no tenía razón, su palidez y su aspecto delataban una falsedad; la otra mitad admiró la dignidad de monsieur de Bargeton. Du Châtelet se hizo el serio y misterioso. Tras permanecer unos instantes examinando los semblantes, monsieur de Bargeton se retiró.

—¿Tiene usted pistolas? —dijo Châtelet al oído de Stanislas, a quien un estremecimiento recorrió el espinazo.

Amélie, que finalmente lo había comprendido todo, se sintió indispuesta y las damas se apresuraron a llevarla a su alcoba. Se produjo un murmullo tremendo, todos hablaban a la vez. Los hombres se quedaron en el salón y declararon unánimemente que monsieur de Bargeton estaba en su derecho.

—¿Hubieran creído que ese pobre hombre iba a comportarse así? —preguntó monsieur de Saintot.

—Pero si en su juventud —respondió el implacable Jacques— era uno de los más diestros en el uso de las armas. Mi padre me ha hablado muchas veces de las proezas de Bargeton.

—¡Bah!, si los ponen a veinte pasos y les dan unas pistolas de caballería, fallarán —dijo Francis a Châtelet.

Cuando todos se hubieron ido, Châtelet tranquilizó a Stanislas y a su mujer asegurándoles que todo iría bien y que en un duelo entre un hombre de sesenta años y un joven de treinta y seis, éste tenía todas las de ganar.

A la mañana siguiente, en el momento en que Lucien desayunaba con David, que había vuelto ya de Marsac sin su padre, madame Chardon entró espantada.

—Lucien, ¿sabes ya la noticia de la que se habla hasta en el mercado? Monsieur de Bargeton casi ha matado a monsieur de Chandour, esta noche a las cinco, en el prado de monsieur Tulloye, un nombre que se presta a juegos de palabras. Parece ser que monsieur de Chandour dijo ayer que te había sorprendido con madame de Bargeton.

—¡Eso es falso!, madame de Bargeton es inocente —vociferó Lucien.

—Un hombre de campo, a quien le he oído contar los detalles, lo ha presenciado todo desde su carro. Monsieur de Nègrepelisse había llegado ya a las tres de la noche para asistir a monsieur de Bargeton; le ha dicho a monsieur de Chandour que si le sucedía algo malo a su yerno, él se encargaría de vengarlo. Un oficial del regimiento de caballería ha prestado sus pistolas, que han sido probadas varias veces por monsieur de Nègrepelisse. Monsieur du Châtelet quería oponerse a que se probaran las pistolas, pero el oficial que había sido designado como juez de campo dijo que, a menos que quisieran comportarse como unos niños, debían usar armas en buen estado. Los padrinos han colocado a los dos adversarios a veinticinco pasos uno del otro. Monsieur de Bargeton, que estaba allí como quien está de paseo, ha sido el primero en disparar y ha alojado una bala en el cuello de monsieur de Chandour, que ha caído sin poder responder. El cirujano del hospital ha declarado hace un rato que monsieur de Chandour quedará con el cuello torcido para el resto de su vida. He venido a contarte el desenlace de este duelo para que no vayas a casa de madame de Bargeton o no te dejes ver por Angulema, pues algunos amigos de monsieur de Chandour podrían provocarte.

En aquel preciso momento, Gentil, el ayuda de cámara de monsieur de Bargeton, entró conducido por el aprendiz de la imprenta, y entregó a Lucien una carta de Louise.

Seguramente se habrá enterado ya, mi querido amigo, del desenlace del duelo entre Chandour y mi marido. Hoy no recibiremos a nadie; sea prudente, no salga, se lo pido en nombre del afecto que me tiene. ¿No le parece que la mejor manera de pasar esta triste jornada es ir a escuchar a su Beatriz, cuya vida ha cambiado radicalmente debido a este episodio, y que tiene mil cosas que decirle?

—Afortunadamente pospusimos nuestra boda —dijo David— para pasado mañana; así tendrás una excusa para frecuentar menos la casa de madame de Bargeton.

—Querido David —repuso Lucien—, me pide que vaya a ver-la hoy... Y creo que debo obedecerla,

porque ella sabrá mejor que nosotros cómo he de comportarme en las presentes circunstancias.

—¿Está todo listo aquí? —preguntó madame Chardon.

—Venga a verlo —exclamó David, feliz de poder enseñar la transformación que había experimentado el primer piso, en el que todo era nuevo flamante.

Se respiraba allí esa agradable atmósfera que reina en los hogares jóvenes donde las flores de azahar y el velo de la desposada coronan aún la vida doméstica, donde la primavera del amor se refleja en las cosas, donde todo es blanco, limpio y floreciente.

—Ève se sentirá como una princesa —dijo la madre—, pero has gastado demasiado dinero. ¡Has hecho locuras!

David sonrió sin responder nada, ya que madame Chardon había puesto el dedo en la llaga secreta que hacía sufrir cruelmente al pobre enamorado: sus previsiones se habían visto tan superadas por la realización de las obras que le era imposible ya construir encima del cobertizo. Su suegra no podría disponer por mucho tiempo del piso que quería darle. Los espíritus generosos sienten los dolores más intensos al tener que faltar a esta clase de promesas que son, en cierto modo, las pequeñas vanidades del cariño. David disimulaba con gran cuidado su incomodidad para no herir el corazón de Lucien, quien habría podido sentirse abrumado por los sacrificios hechos por él.

—Ève y sus amigas han hecho también un buen trabajo —decía madame Chardon—. El ajuar y la ropa blanca de la casa ya están listos. Estas señoritas la quieren tanto que, sin que ella supiera nada, le han revestido los colchones de fustán blanco, bordados con ribetes de color rosa. ¡Ha quedado tan bonito que dan ganas de casarse!

Madre e hija habían empleado todos sus ahorros en proveer a la casa de David de cosas en las que los jóvenes no piensan nunca. Conociendo la esplendidez con que él solía hacerlo todo, pues hasta había encargado un servicio de porcelana de Limoges, habían tratado de hacer armonizar las cosas que ellas aportaban con las que había comprado David. Esta pequeña rivalidad de amor y de generosidad había de llevar a los recién casados a sentirse incómodos desde el comienzo de su matrimonio, en medio de todos aquellos signos de una comodidad burguesa que podía confundirse con el lujo en una ciudad tan atrasada como era entonces Angulema. En el momento en que Lucien vio que su madre y David pasaban al dormitorio, cuyas tonalidades azules y blancas y el bonito mobiliario ya conocía, se escabulló yéndose a casa de madame de Bargeton. Encontró a Naïs almorzando con su marido, a quien su paseo matinal había abierto el apetito, y que comía sin la menor preocupación por lo sucedido. El viejo hidalguelo, monsieur de Nègrepelisse, esa imponente figura, residuo de la vieja nobleza francesa, se encontraba junto a su hija. Cuando Gentil hubo anunciado a monsieur de Rubempré, el anciano de canos cabellos le lanzó una mirada escrutadora de padre ansioso de juzgar al hombre que su hija ha distinguido. La extrema postura de Lucien le impresionó tan vivamente que no pudo evitar una mirada de aprobación; pero le parecía ver en la relación de su hija un amorío más que una pasión, un capricho más que una pasión duradera. El almuerzo estaba terminando, Louise pudo levantarse y dejar a su padre y a monsieur de Bargeton, mientras hacía una seña a Lucien para que la siguiese.

—Amigo mío —le dijo con un tono de voz triste y alegre a un tiempo—, me voy a París y mi padre se lleva a Bargeton al Escarbas, donde se quedará durante mi ausencia. Madame d'Espard, de soltera una Blamont-Chauvry, con quien estamos emparentados por los D'Espard, los primogénitos de la familia de los Nègrepelisse, es en estos momentos una persona muy influyente por sí misma y también

por sus familiares. Si se digna reconocernos, quiero cultivar su amistad: gracias a su crédito, puede conseguirnos un cargo para Bargeton. Mis solicitudes podrían hacer que la corte le quisiera como diputado por el Charente, lo que favorecerá su nombramiento aquí. Su condición de diputado podrá favorecer más adelante mis gestiones en París. Eres tú, mi niño adorado, quien me has inspirado este cambio de vida. El duelo de esta mañana me obliga a cerrar mi casa por un tiempo, porque habrá personas que tomarán partido por los Chandour en contra de nosotros. En la situación en que nos hallamos, y más aún en una ciudad pequeña, siempre se hace necesaria una ausencia para dar tiempo a que los odios se aplaquen. Pero, o tengo éxito y no vuelvo nunca más a Angulema, o si fracaso, quiero esperar en París el momento en que pueda pasar todos los veranos en el Escarbas y los inviernos en París. Es la única vida posible para una mujer que se precie, y demasiado que he tardado en decidirme. Bastará con el día de hoy para hacer los preparativos; partiré mañana por la noche y usted me acompañará, ¿no? Irá por delante. Entre Mansle y Ruffec, subiré a mi coche y pronto llegaremos a París. Allí, querido, puede uno llevar la vida de las personas superiores. Uno sólo se encuentra cómodo entre sus iguales, en todas las demás partes no se hace más que sufrir. ¡Además, París, la capital del mundo intelectual, será el teatro de sus éxitos!, ¡supere cuanto antes la distancia que le separa de ella! No deje que sus ideas se anquilosen en la provincia, entre pronto en contacto con los grandes hombres que representarán al siglo diecinueve. Aproxímese a la corte y al poder. Ni las distinciones ni las dignidades van al encuentro del talento que se marchita en una ciudad pequeña. Dígame, si no, las grandes obras que se hayan hecho en provincias. Piense, por el contrario, en el sublime y pobre Jean-Jacques, irresistiblemente atraído por ese sol moral, que crea las glorias encendiendo en los ánimos el espíritu de emulación en contacto con los rivales. ¿No debe darse prisa por ocupar su lugar entre la pléyade que surge en cada época? Nunca podría creer lo útil que es para un joven talento ser dado a conocer en la alta sociedad. Haré que le reciban en casa de madame d'Espard; no es fácil tener entrada en su salón, donde encontrará a todos los grandes personajes, los ministros, los embajadores, los oradores de la Cámara, los pares más influyentes, la gente más rica o célebre. Muy torpe habría que ser para no despertar su interés cuando se es apuesto, joven y se posee genio. Los grandes talentos no son mezquinos y le prestarán su apoyo. Cuando le sepan bien situado, sus obras adquirirán un inmenso valor. El gran problema para los artistas es decidirse a salir a la luz. Encontrará allí mil ocasiones de hacer fortuna, sinecuras, una pensión del tesoro real. ¡Es tanto del agrado de los Borbones favorecer las artes y las letras! Sea, por tanto, poeta religioso y poeta monárquico a un tiempo. No sólo quedará bien, sino que además hará fortuna. ¿Acaso son la Oposición, el Liberalismo, los que otorgan los puestos, las recompensas y hacen la fortuna de los escritores? Tome por ello el buen camino y siga los pasos de todos los hombres de genio. Ya sabe mi secreto, guarde el más profundo silencio y dispóngase a seguirme. ¿No quiere? —añadió, extrañada por la silenciosa actitud de su enamorado.

Lucien, embobado por la fulminante visión de París evocada por aquellas seductoras palabras, creyó no haber disfrutado hasta entonces más que de la mitad de su cerebro, y que la otra mitad se despertaba, revelándole posibilidades insospechadas: se vio en Angulema como una rana debajo de una piedra, en el fondo de una charca. París y sus esplendores, París, que a todas las mentes provincianas parece un Eldorado, se le apareció con su ropaje dorado, la frente ceñida de regia pedrería y los brazos abiertos al talento. Las personas ilustres iban a darle el respaldo fraterno. Allí todo le sonreía al genio. Allí no había ni nobiluchos envidiosos que lanzaran pullas para humillar al escritor, ni la estúpida indiferencia hacia la poesía. Allí nacían las obras de los poetas, allí eran reconocidas y sacadas a la luz pública. Después de haber leído las primeras páginas de El arquero de Carlos IX, los libreros abrirían sus cajas y le dirían: «¿Cuánto quiere?». Comprendía también que, después de un viaje en el que las circunstancias

les desposarían, madame de Bargeton sería única y exclusivamente para él y vivirían juntos.

A las palabras: «¿No quiere?», respondió con una lágrima, cogió a Louise por el talle, la apretó contra su corazón y le llenó el cuello de moretones con unos violentos besos. Luego se detuvo de golpe, como impresionado por un recuerdo, y exclamó:

—¡Dios mío, mi hermana se casa pasado mañana!

Este grito fue el último suspiro del niño noble y puro. Los lazos tan poderosos que unen a los jóvenes corazones a su familia, a su primer amigo, a todos los sentimientos primitivos, iban a recibir un terrible hachazo.

—¡Y bien! —exclamó la altiva Nègrelisse—, ¿qué tiene que ver la boda de su hermana con el futuro de nuestro amor? ¿Tanto empeño tiene en ser el corifeo de esta boda de burgueses y obreros, que no pueda siquiera sacrificarme esas nobles alegrías? ¡Qué hermoso sacrificio! —continuó con desprecio—. Esta mañana he enviado a mi marido a batirse por su culpa. Bien, señor, ¡váyase! Me he equivocado.

Cayó desfallecida sobre su canapé y Lucien se acercó a ella, pidiéndole perdón y maldiciendo a su familia, a David y a su hermana.

—¡Creía tanto en usted! —le dijo ella—. Monsieur de Cante-Croix tenía una madre a la que idolatraba, pero para conseguir una carta en la que le decía: «¡Estoy contenta!», murió en plena batalla. ¡Y usted, cuando se trata de viajar conmigo, ni siquiera es capaz de renunciar a un banquete de bodas!

Lucien quiso matarse, y su desesperación fue tan real y verdadera, tan profunda, que Louise le perdonó, pero haciéndole ver que tendría que ganarse el perdón por aquel error.

—Vaya, pues —le dijo ella finalmente—, sea discreto, y mañana no deje de estar a medianoche a un centenar de pasos una vez pasado Mansle.

Lucien sintió que la tierra se hacía pequeña bajo sus pies, regresó a casa de David seguido por sus esperanzas igual que Orestes lo era por sus Furias, pues entreveía mil dificultades que se resumían en esta frase terrible: «¿Y el dinero?». Le asustaba de tal modo la perspicacia de David, que se refugió en su bonito gabinete para recuperarse del aturdimiento que le causaba su nueva situación. Era necesario, pues, dejar aquel piso acondicionado con tanto cariño, convertir en inútiles tantos sacrificios. Lucien pensó que su madre podría alojarse allí y que David se ahorraría así la costosa obra que había proyectado hacer en el fondo del patio. Su marcha no podía sino convenir a su familia, encontró mil razones perentorias para su huida, porque nada hay más jesuítico que un deseo. Al punto se fue corriendo hacia el Houmeau, a casa de su hermana, para comunicarle su nuevo destino y ponerse de acuerdo con ella. Al llegar ante la tienda de Postel, pensó que, si no había más remedio, le pediría prestado al sucesor de su padre la suma necesaria para su estancia en París durante un año.

«Si vivo con Louise, un escudo al día será para mí toda una fortuna, y ya sólo esto representa mil francos anuales —se dijo—. Ahora bien, ¡en seis meses seré rico!»

Ève y su madre escucharon, después de prometer guardar el secreto, las confidencias de Lucien. Ambas lloraron al oír al ambicioso; y cuando quiso saber la causa de tanta aflicción, le dijeron que todo cuanto poseían había sido gastado en las mantelerías, la ropa de cama, el ajuar de Ève y una multitud de compras en las que David no había pensado, y que ellas se alegraban de haber hecho, porque el impresor reconocía a Ève una dote de diez mil francos. Entonces Lucien les hizo saber su idea de pedir un préstamo, y madame Chardon se encargó de ir a pedirle a monsieur Postel mil francos por un año.

—Pero, Lucien —dijo Ève con el corazón en un puño—, ¿no asistirás, pues, a mi boda? ¡Oh, vuelve! ¡Esperaré unos días! Te dejará volver aquí dentro de quince días, una vez que la hayas acompañado. ¡No puede dejar de concedernos ocho días para nosotros, que te hemos educado para ella! Nuestra unión tomará un mal sesgo si tú no asistes... Pero ¿tendrás suficiente con mil francos? —dijo interrumpiéndose de repente—. Aunque tu frac te siente divinamente, no tienes más que uno. Y sólo dos camisas finas y las seis restantes son de una tela basta. Sólo tienes tres corbatas de batista, las otras tres son de chaconada corriente, y tus pañuelos no son nada bonitos. ¿Encontrarás en París una hermana que te lave y planche la ropa cuando te haga falta? Necesitas mucha más. No tienes más que unos pantalones de nanquín hechos este año, los del año pasado te vienen estrechos; tendrás, pues, que hacerte vestir en París, y los precios allí no son los de Angulema. No tienes más que un par de chalecos blancos que puedas llevar, los otros los he tenido que remendar. Mira, te aconsejo que te lleves dos mil francos.

En aquel preciso instante entró David, y por la manera en que miró al hermano y a la hermana sin decir nada, dio la impresión de haber oído estas dos últimas palabras.

—No me ocultéis nada —dijo.

—Pues bien —exclamó Ève—, se va con ella.

—Postel —dijo madame Chardon entrando sin ver a David— acepta prestar los mil francos, pero sólo por seis meses, y quiere una letra de cambio tuya aceptada por tu cuñado, ya que dice que no ofreces ninguna garantía.

La madre se volvió, vio a su yerno y aquellas cuatro personas guardaron un profundo silencio. La familia Chardon era consciente de lo mucho que habían abusado de David. Todos estaban avergonzados. Una lágrima rodó de los ojos del impresor.

—¿Así que no asistirás a mi boda —preguntó—, no te quedarás con nosotros? ¡Y yo que me he gastado todo lo que tenía! ¡Ah!, Lucien, yo, que venía a traerle a Ève sus modestas alhajas de boda, no sabía —dijo enjugándose los ojos y sacando unos estuches de sus bolsillos— que tendría que arrepentirme de haberlas comprado.

Dejó en la mesa, ante su suegra, varias cajitas forradas de piel.

—¿Por qué piensas tanto en mí? —preguntó Ève con una sonrisa de ángel que desmentía sus palabras.

—Querida mamá —dijo el impresor—, vaya a decirle al señor Postel que acepto firmar, porque veo en tu rostro, Lucien, la firme resolución de marcharte.

Lucien inclinó lenta y tristemente la cabeza, añadiendo al cabo de unos instantes:

—No me juzguéis mal, mis queridos ángeles. —Tomó a Ève y a David entre sus brazos, les estrechó contra su pecho y les dijo—: Esperad los resultados y os daréis cuenta de cuánto os quiero. David, ¿de qué sirven nuestras altas miras si no nos permiten pasar por alto las pequeñas ceremonias con las que las leyes aherrojan los sentimientos? A pesar de la distancia, ¿dejará mi alma de estar aquí?, ¿no nos unirá el pensamiento? ¿No tengo acaso un destino que cumplir? ¿Vendrán a buscar aquí los libreros mi Arquero de Carlos IX y Las margaritas? Tarde o temprano habría que hacer inevitablemente lo que hago hoy, ¿y cuándo tendré unas circunstancias más favorables? ¿No es ya la mayor de las suertes para mí poder entrar desde el principio de mi carrera en París en el salón de la marquesa de Espard?

—Tienes razón —dijo Ève—. ¿No me decíais vosotros mismos que tendría que irse cuanto antes a París?

David tomó a Ève de la mano y se la llevó a aquel estrecho gabinete donde dormía desde hacía siete años, y le dijo al oído:

—¿No decías que necesita dos mil francos, amor mío? Postel sólo le presta mil.

Ève miró a su prometido con una mirada terrible que hablaba de todas sus penalidades.

—Escucha, Ève adorada, mal vamos a empezar nuestra vida. Sí, mis gastos han hecho que volara todo lo que tenía. Sólo me quedan dos mil francos, y la mitad me es indispensable para sacar adelante la imprenta. Darle mil francos a tu hermano es darle nuestro pan y comprometer nuestra tranquilidad. Si estuviera solo, sé lo que haría, pero somos dos. Decide tú.

Ève, desconsolada, se arrojó en los brazos de su amado, le besó cariñosamente y le dijo al oído, entre lloros:

—Haz como si estuvieras solo, trabajaré para recuperar esta suma.

A pesar del más ardiente beso que jamás se hayan dado dos prometidos, David dejó abatida a Ève y volvió junto a Lucien.

—No te preocupes —le dijo—, tendrás tus dos mil francos.

—Id a ver a Postel —dijo madame Chardon—, pues tenéis que firmar los dos el documento.

Cuando los dos amigos volvieron, sorprendieron a Ève y a su madre de rodillas, rezando. Si bien sabían cuántas esperanzas debía hacer realidad el retorno de Lucien, en aquel momento sentían todo cuanto perdían con aquella despedida, ya que les parecía que pagaban demasiado cara la felicidad futura con una ausencia que les destrozaría el corazón y les sumiría en mil temores sobre el destino de Lucien.

—Si alguna vez olvidaras esta escena —le dijo David al oído de Lucien—, serías el más despreciable de los hombres.

El impresor juzgó sin duda necesarias aquellas serias palabras, no porque le asustara la influencia de madame de Bargeton, sino porque pensaba que la funesta volubilidad de carácter podía llevar a Lucien tanto por el buen como por el mal camino. Ève tuvo pronto listo el equipaje de Lucien. Este Hernán Cortés literario se llevaba pocas cosas. Se dejó puestos su mejor levita, su mejor chaleco y una de sus dos camisas finas. Toda su ropa, su famoso frac, sus efectos personales y sus manuscritos formaron un equipaje tan pequeño que, para ocultarlo a las miradas de madame de Bargeton, David propuso enviarlo por la diligencia a su corresponsal, un fabricante de papel al que escribiría para que lo tuviera a disposición de Lucien.

No obstante las precauciones tomadas por madame de Bargeton para ocultar su marcha, monsieur du Châtelet se enteró de ella y quiso saber si haría el viaje sola o acompañada por Lucien; mandó a su criado a Ruffec con la misión de examinar todos los carruajes que pararan en la posta.

«Si se lleva a su poeta —pensó—, ya es mía.»

Partió Lucien al día siguiente al alba, acompañado de David, que se había conseguido un cabriolé y un caballo, anunciando que se iba a tratar unos negocios con su padre, pequeña mentira que en aquellas circunstancias resultaba verosímil. Los dos amigos se dirigieron a Marsac, donde pasaron parte de la

jornada en casa del viejo oso; luego, por la tarde, fueron más allá de Mansle, a esperar a madame de Bargeton, que llegó por la mañana. Al ver la vieja calesa sexagenaria que tantas veces había observado en la cochera, Lucien experimentó una de las emociones más fuertes de su vida y se arrojó entre los brazos de David, quien le dijo:

—¡Dios quiera que sea por tu bien!

El impresor montó de nuevo en su modesto cabriolé, y desapareció con el corazón encogido, pues tenía terribles presentimientos sobre el futuro de Lucien en París.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es